MAR ÁLVAREZ



No te enamores en la granja





No TE ENARMORES EN LA GRANJA

Mar Álvarez



Copyright © 2025 Mar Álvarez

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personajes reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de su autora.

Contents

No TE ENARMORES EN LA GRANJA
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
NO TE ENAMORES EN OTOÑO
Books By This Author
About The Author



Capítulo 1

El cactus rural



CARMEN

Día 1

Estoy convencida de que he perdido el juicio.

Y no lo digo con ligereza, ni como esas veces en las que compro un vestido en rebajas dos tallas más pequeño convencida de que *esta vez sí* conseguiré hacer una de las veintiocho dietas que tengo guardadas en el cajón de mi escritorio. No. Esta vez es real. He reservado tres noches —o lo que es lo mismo, cinco días— en una granja escuela. De forma voluntaria. Sin niños. Sin clases. Como si fuera una especie de mini vacaciones, ya que este verano no me he podido escapar a ninguna parte por culpa de que todos mis ahorros se los ha llevado la entrada del piso que me acabo de comprar.

Solo yo, mi maleta y una absurda necesidad de desconexión que claramente está desvariando.

MARILUZ: *¿Estás segura de lo que estás haciendo*? —me pregunta mi amiga por el grupo de WhatsApp que compartimos las cuatro integrantes de lo que denominamos *Terapia de Grupo.*

Me rio. Bueno, en realidad, suelto un resoplido nasal que apenas suena, pero que en mi cabeza es pura carcajada. ¿Estoy segura? Ja. Ni siquiera estoy segura de que todo lo que he empacado sea lo más adecuado para el destino al que voy.

CARMEN: *Solo me voy unos pocos días al campo. Ni que me fuera al Himalaya…*

Joe contesta con un *sticker* de una cabra que grita como una histérica.

A estas alturas, todas mis amigas creen que he enloquecido.

MARILUZ: *Eso no responde a la pregunta* —me insiste—. *¿Tú? ¿En una granja? ¿Con gallinas? ¿Y estiércol? ¿Y sin alisador de pelo? ¿De verdad sabes dónde te vas a meter?*

CARMEN: *¿Quién te ha dicho que no llevo el alisador? Por supuesto que lo llevo, por si acaso*.

El chat explota con gifs, risas digitales y una imagen que sospecho que Mara ha sacado desde su banco de memes personales. Es una mujer pija con cara de asco mientras pisa algo que claramente no es barro.

MARA: *¿No tenías otra forma de relajarte que no incluyera animales con más pelo que tú?*

CARMEN: *Sabéis que no me ha quedado ni un euro para irme de vacaciones este año, y me niego a pasar otro fin de semana limpiando la casa y recolocando los tiestos que aún tengo guardados en las cajas. Como esto me lo paga el colegio, no podía dejarlo pasar. Será una escapada corta, rural, pero escapada, al fin y al cabo.*

JOE: *Y con olor a gallina, que no se te olvide.*

Se produce el silencio. Unos segundos largos de esos en los que los puntitos de «*escribiendo*…» aparecen y desaparecen sin que ninguna diga nada. Las conozco. Están preparando algo.

De repente llega una foto mía de hace mil años. Llevaba tacones de aguja, una blusa blanca impoluta y un recogido más propio de una boda de alto postín que de un conjunto de salir cualquier fin de semana.

JOE: *Ya no volveremos a ver a esta Carmen sofisticada. Cuando vuelva, el olor a naturaleza se le habrá impregnado en la piel*.

CARMEN: *Vete al cuerno, Joe.*

Todas acaban riéndose, pero también deseándome suerte. Suerte. Como si fuera a meterme en un quirófano a realizar una

operación a corazón abierto.

CARMEN: *Por cierto, mandad víveres si no respondo en 48 horas, ¿de acuerdo?* —bromeo.

MARILUZ: *Faltaría más… ¿Cuándo te vas?*

CARMEN: *Ya. De hecho, estoy llevando mis cosas al coche en estos instantes* —escribo mientras arrastro una maleta que pesa más que mi dignidad por el portal. Me duele la muñeca solo de pensar en subirla al maletero.

Porque claro, no podía llevar una mochila. No. Yo, Carmen, la profesora de quinto más organizada del mundo, ha empacado como si fuese a dar una charla sobre la importancia del corrector ortográfico en mitad del campo.

Una parte de mí —la que sigue cuerdamente conectada con la realidad— sabe que no necesito tres pares de vaqueros, un pantalón de lino, dos blusas, ni siete camisetas, por lo que pudiera pasar. Pero otra parte, la misma que se rehúsa a que el campo arruine su estilo, ha decidido ir preparada.

Por lo menos, en la maleta va mi pijama favorito: el de algodón suave con dibujitos de constelaciones. Eso sí que es reconfortante.

Me meto en el coche, resoplo, y enciendo el motor.

—Allá vamos, gallinitas.

El trayecto hasta la granja escuela es tranquilo, aunque el GPS insiste en llevarme por carreteras que parecen salidas de un western de bajo presupuesto. Asfalto con parches, árboles que se cierran sobre el camino como si quisieran tragarme entera y carteles oxidados que rezan cosas como «Cuidado con el ganado suelto». Qué mono todo.

Mi móvil vibra con una notificación del grupo, que consigo leer —o más bien, escuchar— a través del manos libres del coche:

JOE: *¿Te has perdido ya?*

CARMEN*: Para nada. Voy bien* —miento, contestando mediante un mensaje de voz.

MARILUZ: *Avisa cuando estés allí para saber que has llegado sana y salva.*

Mara manda un *sticker* de una vaca. Empiezo a sospechar que tienen toda una colección animalística solo para este viaje. Pero bueno, conociéndolas… era de esperar.

Por fin llego al camino de tierra que conduce a la granja escuela. Un cartel de madera, pintado a mano, me da la bienvenida: *La Dehesa del Roble*. El dibujo de una cabra sonriente en una esquina es simpático, pero inquietante.

«¿Será mascota o menú?», me pregunto.

Reduzco la velocidad. La tierra cruje bajo las ruedas y el polvo se eleva como si estuviese entrando en el Lejano Oeste. Por un momento, imagino que alguien toca la armónica a la distancia.

Aparco frente a una casona blanca con tejas rojizas, típica construcción andaluza, rodeada de árboles y algún que otro gato tumbado al sol como si fueran dueños del terreno. Me bajo con todo el glamour que una profesora agotada y llena de polvo puede reunir. Respiro hondo. Huele a… ¿paja? ¿libertad? ¿estiércol?

Una señora mayor sale a mi encuentro. Lleva un delantal con flores, sonrisa amable y manos curtidas.

—¿Carmen? —pregunta.

Asiento.

—Bienvenida a La Dehesa. Soy Rosa, la encargada de que sobrevivas estos días.

¿Sobreviva? Eso no suena demasiado bien.

—Gracias —respondo, aunque empiezo a sospechar que quizás mis amigas no exageraban tanto.

Rosa me guía hacia una pequeña casita lateral que, durante los próximos días, se convertirá en mi alojamiento. Una habitación sencilla pero acogedora, con muebles rústicos, una colcha de cuadros y una ventana que da al campo abierto. Puedo ver a las gallinas sueltas andando a su libre albedrío. Muchas. Demasiadas, diría yo.

Cuando me dejo caer sobre la cama, el colchón cruje como si también protestara por mi decisión.

Me estiro y abro el grupo para avisar de mi llegada, tal y como les prometí.

CARMEN: *Ya estoy aquí. Viva, sana y salva... Al menos por ahora.*

Joe contesta con un gif de alguien persignándose. Mariluz solo escribe: «Ánimo, valiente. Tú puedes»

Cierro el móvil y respiro profundo. Intento relajarme.

Y entonces, justo cuando empiezo a pensar que esto puede no estar tan mal, oigo un grito masculino en el exterior.

—¿Eso qué ha sido…? —me pregunto.

Me asomo a la ventana y veo al responsable (o eso intuyo) del alarido. Es un hombre alto, moreno, con una camisa remangada y unos vaqueros que han visto mejores días. Está discutiendo con alguien mientras carga un saco enorme sobre el hombro.

Y aunque no alcanzo a oír lo que dice, el tono es todo menos amable.

Bueno, dicen que en todas las granjas hay un gruñón, y este debe ser él. Mejor mantenerme fuera de su alcance, no vaya a ser que termine por gruñirme a mí también.

En ese instante, como si hubiera intuido mi presencia, se gira hacia donde estoy y me mira con una expresión grave. Seria.

Perfecto. Primer contacto visual con un espécimen rural y ya está enfadado.

«Bienvenida al paraíso, Carmen.»

Bueno, si vamos a traer aquí a los niños de mi clase, tengo que empezar a conocer las instalaciones tan pronto como me sea posible. Así que saco mis cosas de la maleta y me dispongo a buscar a Rosa, mi anfitriona.

El hombre moreno de la camisa remangada —el mismo que vi peleando verbalmente con otro señor hace un rato— todavía anda por ahí. Nada más aparecer, detiene lo que está haciendo y clava la mirada en mí.

Y yo, que ya venía advertida, que ya sabía que esto no era el Ritz, que ya había asumido la presencia de estiércol, gallinas descontroladas y probablemente alguna cabra con mala leche… no estaba preparada para él.

Porque sí, puede que esté de mal humor. Puede que tenga cara de querer morder a alguien. Pero también tiene los brazos más

definidos que he visto en semanas, o tal vez años, y una mandíbula que parece esculpida por el propio Miguel Ángel.

Joder con el campero… ¡cómo está!

Me quedo parada como si alguien me hubiese desconectado del sistema, mientras observo como se acerca hasta mí.

—¿Tú eres la profesora? —pregunta sin más. Sin un saludo, sin una sonrisa. Como si la palabra «profesora» fuera sinónimo de «invasora».

—Sí —respondo, parpadeando más veces de lo recomendable para parecer normal—. Soy Carmen.

Él me mira como si eso no le importara lo más mínimo. Y luego baja la vista a mis zapatillas blancas. Blanquísimas. Impecables.

—No van a durar —dice.

—Disculpa, ¿qué?

—Las zapatillas. Dos días y estarán para tirar.

—Bueno, gracias por tu apreciación y por la… cálida bienvenida —respondo, arqueando una ceja—. Perdona, pero, ¿quién eres tú?

—Marcos. —Ni una sílaba más. Marcos. Punto final.

Me ofrece la mano, pero sin verdadero interés, como si fuera un trámite administrativo. Aun así, se la estrecho. Está caliente y áspera, como una lija humana. Un hombre que trabaja con las manos de verdad, no como los que yo conozco, que se quejan si el bolígrafo no es ergonómico.

Nos quedamos en un silencio incómodo. Yo intento encontrar algo que decir que no suene estúpido mientras él parece más entretenido en examinar la forma en que respiro.

—¿Tienes alguna pregunta sobre la granja? —me inquiere al fin, con tono monocorde.

—Sí —respondo, tomando aire—. ¿Dónde puedo conseguir café?

Lo pillo desprevenido. O eso quiero creer, porque hay un segundo en que sus labios se mueven como si fueran a formar una sonrisa. Pero, obviamente, no lo hacen. Se contiene.

—En el comedor. Abren a las ocho. Café de puchero.

—Perfecto —digo, mintiendo. No tengo ni puñetera idea de qué es un café de puchero, pero me niego a parecer una urbanita mimada.

Rosa aparece como enviada del cielo para salvar la conversación de la inminente muerte.

—Carmen, cielo, ¿encontraste el alojamiento de tu agrado? Te puedo enseñar las instalaciones si lo deseas, aunque ahora mismo me encuentro un poco ocupada preparando el almuerzo.

—Sí, gracias —digo, dándole la espalda a Marcos—. Cuando usted pueda.

Me doy cuenta de que Marcos se ha alejado de nosotras sin despedirse siquiera. Camino con Rosa hacia la casa, sin poder evitar girar la cabeza una última vez en dirección a él.

Y ahí está, de espaldas, con el saco de nuevo sobre el hombro, caminando hacia el granero como si acabara de sobrevivir a una invasión alienígena.

—¿Siempre es así de… simpático? —pregunto en voz baja, señalándole con la cabeza.

Rosa se ríe.

—¿Mi sobrino?

—Oh, disculpe… No quería... —Ya he metido la pata. Acabo de quejarme de un familiar de la buena señora.

—No te preocupes, mujer —aduce, haciendo un gesto de la mano para quitarle importancia a mi comentario—. Digamos que es más sociable con las cabras que con las personas.

Perfecto. Aislada, con una cobertura de lo más pobre, con un café que promete ser un castigo y rodeada de animales y de un hombre que tengo la sensación que no soporta mi presencia desde el primer minuto.

Genial.

Esto va genial.

La tarde transcurre entre paseos por las instalaciones, una breve presentación del personal (todos encantadores, por cierto) y el intento por parte de Rosa de convencerme de que la colcha de cuadros de estilo rural, hecha de croché por la abuela de Marcos (es

decir, que es una manta con más años que yo), da un calorcito de lo más agradable.

Me esfuerzo en parecer entusiasta. Tomo notas en una libreta con dibujos de lápices sonrientes, herencia directa de mi faceta de profe. Es mi escudo. Si me ven escribiendo, parezco profesional. Aunque en realidad, lo único que me nace anotar, casi sin darme cuenta es: «*No provocar a Marcos. Podría gruñir.*»

Cuando cae la tarde, y antes de ir a cenar, decido escribir de nuevo en el grupo.

CARMEN: *Superado el primer día en la granja, chicas.*

JOE: *¿Y qué tal tu primera impresión?*

CARMEN: *Bueno, he podido comprobar que las instalaciones están muy bien… para lo que es. Supongo que a los niños les gustarán tantos bichos sueltos por todas partes. Pero también he tenido el primer contacto con el nativo alfa de la granja. Se comunica con monosílabos y no tolera el calzado blanco. Sospecho que en su anterior vida fue un cactus.*

MARILUZ: *¿Es por lo menos un cactus atractivo?*

CARMEN: *Bueno*….

No voy a entrar en ese juego con ellas.

MARA: *¡Fotos del cactus, por favor!*

CARMEN: *Sí, en eso estaba pensando yo. En pedirle que se ponga delante del móvil para hacerle una. Además, se os olvida a lo que he venido. Estoy aquí por los niños.*

MARILUZ: *Claro, y yo leo novelas románticas solo por cultivar mi desarrollo emocional.*

Me río. Qué fácil es olvidarme de todo con ellas. Pero no puedo perderme en bromas. Mañana empiezo con las actividades. Rosa me ha dicho que podré observar cómo interactúan con grupos escolares que están de visita esta semana. Necesito ver cómo trabajan, si cumplen las medidas de seguridad, si los animales están bien cuidados, si los niños aprenden algo más allá de diferenciar una vaca de un toro por los cuernos (spoiler: no es por ahí).

Cierro el móvil, y me tumbo en la cama esperando que se haga la hora para ir a cenar. El colchón sigue protestando, pero al menos hay algo de silencio.

Hasta que lo oigo.

Un balido.

Largo.

Solitario.

—¿En serio? ¿Eso es una cabra? —susurro.

Otro balido. Esta vez más cerca.

Me levanto y me acerco a la ventana. Nada.

Y entonces, oigo un golpe seco.

¡PUM!

—¿Qué demonios…?

Abro la puerta con cuidado. El porche cruje y entonces la veo. En efecto, es una cabra; una con cara de «esta es mi casa, señora».

Y detrás de ella… está Marcos.

Lleva una soga en la mano y la expresión de alguien que ha perdido la fe en la humanidad.

—No se asuste —dice, sin rastro de humor—. Se escapa a veces.

—¿Esto es normal?

—Depende de lo que usted considere *normal*.

La cabra me mira. Yo la miro. Marcos suspira.

—Vuelva adentro, señora —me espeta con sequedad, como si encima, hubiera sido yo la que hubiera molestado a la cabra.

No sé qué me jode más. Si que me den órdenes, o que me llamen señora.

—¿Por qué tengo que meterme en mi habitación? Me lo dice como si pensara que una cabra fuera a conseguir que huya de aquí. Y, por cierto, no es señora, sino señorita —contesto, no de muy buenos modos, porque me da la impresión de que encima me está llamando vieja. Y por ahí, no paso.

Él me mira y por un segundo, tengo de nuevo la impresión de que va a sonreír. Pero no, simplemente se limita a asentir.

—Lo que usted diga. Y por si le sirve de información, he visto a gente largarse por menos de lo que usted imagina.

Genial. Exactamente lo que quería para hacerme dudar de si mi decisión de venir a la granja ha sido acertada. Aunque sospecho que su afirmación, más que una certeza, es un intento de

asustarme. ¿Por qué? ¿Tanto le molesta tener visitantes en el cortijo?

Pues que se dedique a otra cosa…

Entro y cierro la puerta, dejando que mi espalda se apoye en ella. Miro al techo y no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Ay, Santa Ana Bendita, ¿qué estoy haciendo aquí?

Y aunque no tengo una respuesta, hay una cosa de la que no tengo ninguna duda: estoy segura de que el cactus rural y yo no nos vamos a entender.

A la una de la madrugada, me despierto sudando. No porque haga calor —aunque, francamente, ¿quién necesita calefacción con esta colcha infernal? —, sino porque tengo la sensación de que algo me observa.

Y no, no estoy exagerando. Abro los ojos y la habitación está en penumbra, iluminada solo por la tenue luz de la luna que entra por la ventana.

Me siento en la cama.

Silencio.

Me afano en oír algo.

Más silencio.

Y entonces… llega un golpe sordo.

¡Toc!

Me congelo. ¿Ha sido la puerta? ¿El armario? ¿Mi imaginación?

¡Toc toc!

No. Y una leche. De imaginación, nada.

Me levanto despacio. Me acerco a la puerta, la entreabro, y al mirar hacia el porche, me la encuentro de cara… otra vez. Mirándome.

La cabra. La p… cabra…

—Tú no puedes estar aquí —le susurro, como si entendiera el lenguaje humano.

Ella da un paso hacia adelante. Tranquila, segura, con determinación.

Me echo hacia atrás y no puedo evitar que se me escape un grito cuando empiezo a sentirme acorralada. Enciendo la linterna del móvil y la deslumbro. Pero la cabra, en lugar de retroceder, se abalanza.

—¡No, no, no! —grito, dando media vuelta.

La cabra entra en mi habitación como Pedro por su casa. Da dos vueltas y… se sube a la cama.

Mi cama.

—¡Sal de ahí, maldito bicho! ¡Eso no es tuyo!

Intento sacarla, dándole palmadas suaves para no traumatizarla (y para no morir embestida). Ella mastica tranquilamente la esquina de la almohada.

Entonces, escucho pasos apresurados que se acercan. La puerta principal del apartamento cruje y entra Rosa, en bata y zapatillas de plástico.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta preocupada.

—¡No! Hay… hay una cabra en mi cama.

Rosa se tapa la boca para no reírse.

—Ay, cielo, no tiene de que asustarse… Esta es Pepa. Le encanta colarse en los alojamientos nuevos y si no cerraste bien la puerta…

—¿Yo? ¡Claro que la cerré!

Rosa me lanza una mirada que dice «*estás en su territorio, no al revés.*»

—Pepa —le dice—, anda, no seas mala y baja ahora mismo.

La cabra obedece. Así, sin más. Baja de la cama, camina hacia la puerta como una diva ofendida y desaparece en la noche.

Yo me quedo plantada, con la almohada mordida entre las manos, sintiendo que he sido vencida por una rumiante con ínfulas de decoradora.

—No te preocupes. Mañana mismo te traigo otra almohada —dice Rosa, aun conteniendo la risa.

Asiento, todavía en shock por lo sucedido.

Cuando finalmente vuelvo a meterme en la cama, mando un último mensaje al grupo.

CARMEN: *La granja tiene una nueva huésped. Se llama Pepa y acaba de intentar quitarme la cama. No preguntéis*.

MARA: *¿Quién es Pepa?*

«¿Y qué hace esta loca despierta a la una de la mañana?», me pregunto

CARMEN: *Una puta… cabra*

MARA: *¿Y te ha quitado la cama? Jajajjajajja*

Otra integrante del grupo hace acto de presencia en la conversación.

JOE: *¡Queremos selfie con la intrusa!*

MARA: *Esto no lo supera ni Booking.*

CARMEN: *Idos todas a dormir.*

Cierro los ojos. Esta vez, con la puerta doblemente cerrada. Me acomodo lo mejor que puedo y murmuro:

—Esto se lo cuento a los niños y no se lo creen.

Y entonces me entra la risa. Una de esas tontas, nerviosas y liberadoras.

Mañana por la mañana, lo primero que haré será dejar las zapatillas blancas bajo llave.

No vaya a ser que Pepa también calce mi número.



Capítulo 2

La profesora urbanita



MARCOS

Dia 2

La ciudad huele a asfalto, a humo y a prisas. Aquí no.

Aquí huele a heno, a tierra húmeda y a libertad. O bueno, también a estiércol de vez en cuando, dependiendo del día y del sentido del viento.

De ambas versiones, yo prefiero quedarme con la primera, la más poética, aunque no me engaño: esta vida no es para cualquiera. Así como que tampoco todos los que vienen aguantan más de dos días sin protestar por lo rudimentario de las instalaciones. No sé qué se piensan que es una granja y como es el trabajo que en ella se realiza. Es sacrificado, sí; pero también resulta muy gratificante.

Como la mujer que llegó ayer: Carmen. Profesora de primaria. De ciudad. Y, según me ha dicho Rosa, con más equipaje a cuestas que un equipo de fútbol profesional.

La reconocí al instante nada más verla: zapatillas blancas impolutas, coleta alta, pantalones de pinzas y labios pintados como si viniera a una reunión con la ministra de Educación en lugar de a enfrentarse a un corral lleno de gallinas.

Y cuando la vi sonreír con confianza, como dando a entender que esto es poca cosa para ella, tuve claro una conclusión, basada

—por supuesto— en mi experiencia previa: está será una de las que duren poco aquí.

Apenas empieza a despuntar el sol cuando la rutina da comienzo en la granja. Me gusta disfrutar de la serenidad del lugar a estas horas de la mañana, cuando los animales todavía están recogidos en sus cobertizos y todo se mantiene en una agradable calma.

Al igual que durante la cena, aquí tenemos la costumbre de desayunar temprano. Normalmente lo hacemos mi tía y yo a solas, pues a semejantes horas, los huéspedes, ya sean niños o adultos, aún están durmiendo.

Estiro la espalda mientras me apoyo en la barandilla del porche. Mis botas están llenas de polvo reseco, mis pantalones de trabajo conservan manchas de grasa del viejo tractor que se niega a jubilarse y que la lavadora no ha podido eliminar, y entre mis manos llevo la segunda taza del humeante café que me he servido hace escasos minutos.

—Ayer, durante la cena, estuviste muy callado, sobrino. ¿Tan mal te ha caído la profesora? —me pregunta Rosa desde su mecedora, sorbiendo una infusión con la tranquilidad de quien ha visto a muchas *Cármenes* antes que a esta.

—¿Para qué habría de decir nada, si ya vosotras dos os hartasteis de charlar?

En efecto, las mujeres se habían pasado todo el tiempo hablando de cuestiones de la granja, de las actividades, de los niños que la visitan casi a diario… pero yo preferí mantenerme en un discreto segundo plano, salvo cuando me hacían directamente alguna pregunta. Y aunque no me inmiscuí en la conversación, lo cierto es que no perdí ripio de cuanto hablaban, si bien de manera disimulada. Había algo en Carmen y en su manera de expresarse que resultaba agradable. Quizás fuera su cadencia, su tranquilidad, la forma en la que se refería a sus *niños* con tanto entusiasmo…

No sé qué era, pero resultaba… atrayente.

—Que tú seas huraño no significa que yo tenga que serlo también. Además, no has contestado a mi pregunta.

—No me ha caído mal, tita. Es otra más de tantas —aseguro encogiéndome de hombros con fingida indiferencia mientras clavo la uña en un surco poco profundo de la barandilla de madera—. Ya sabes lo que opino de las que son como ella...

—¿Y cómo crees que es? —pregunta con inteligencia—. Porque ayer me dio la impresión de que estabas más interesado en nuestra conversación de lo que querías aparentar.

Vaya la tía Rosita con sus conclusiones. ¿Por qué tiene que conocerme tan bien?

—Demasiado peripuesta, ya me entiendes. —Chasqueo la lengua. Rosa me mira con intención y yo niego con la cabeza—. No pega aquí, tita. —Muevo una mano, como si eso bastara para resumirlo todo—. Se nota a kilómetros que es de ciudad y no me agrada tener que lidiar con mujeres que se creen superiores por tener estudios.

—Tú también los tienes y eso nunca te ha convertido en una persona engreída. Y por lo que comentó durante la cena, ella es de Chiclana y allí también hay mucho campo.

—Pero me apuesto lo que quieras a que ha vivido antes en una gran ciudad y que de campera tiene lo que las *Kardashian* esas. Si no fuera porque estas excursiones de niños nos dejan los ingresos que nos dejan…

No hace falta terminar la frase. Mi tía conoce mi opinión al respecto, pero ambos sabemos lo que hay.

Rosa suelta una risa baja. El vapor de su taza nubla los cristales de sus gafas.

—Todos somos de algún lado, Marcos. Tú también fuiste un poco de ciudad antes de echar raíces aquí.

—Yo vine a trabajar, no a evaluar qué tan *auténtico* es todo esto.

—Ella también ha venido a trabajar, que no se te olvide: tiene que asegurarse de que este es el lugar idóneo para traer de excursión de fin de curso a sus alumnos —responde con calma, como si yo fuera una oveja testaruda y no su sobrino de treinta y siete años con complejo de ermitaño.

—¿Llevando zapatillas blancas y perfumada como si viniera de una gala de premios?

Rosa me lanza una mirada de esas que no hieren, pero dan en el blanco.

—Si a ti no te gusta que te prejuzguen, no hagas tú lo mismo con los demás.

Su afirmación me descoloca porque mi tía, para no variar, lleva razón. No tengo nada en contra de la profesora, es solo que la veo demasiado fuera de lugar.

—Vi que anoche le diste algo antes de que se fuera a su habitación —le digo, desviando el tema.

—Sí. Me comentó que le había encantado el flan, así que le di lo que había sobrado por si le entraba hambre. Al fin y al cabo, seguramente ella está acostumbrada a cenar más tarde.

—A ver si te va a manchar la colcha de la abuela...

—Por cierto, hablando de colchas. Anoche no debiste cerrar bien el cobertizo de las cabras. A la una de la madrugada, Pepa le dio un susto de muerte a la pobre Carmen. Se le coló en el apartamento y hasta se le subió a la cama. Menos mal que todavía estaba levantada y, en el silencio de la noche, la oí gritar y me acerqué a ver qué pasaba.

—Supongo que le daría un patatús de ver a *La Pepa* —me rio de tan solo imaginar la escena—. Lo cierto es que poco antes de la cena, también la pillé justo cuando iba a colarse en la habitación. Otra vez.

—Bueno, recuerda aquella era su *casa,* antes de que la reconvirtiéramos en apartamentos para los huéspedes. Además, yo creo que le tiene manía a la colcha de cuadros —dice Rosa con un suspiro dramático.

—Tienes que reconocer que la colcha es fea de cojones, *tita.*

—No empieces y se más respetuoso, niño, que ya sabes que me la tejió mi madre y le tengo un cariño especial.

—Entonces, ponla en tu cama, así no corres el riesgo de que Pepa se la coma.

—Sea como fuere, esta noche asegúrate de encerrarla como es debido, no vaya a ser que nos dé otro susto. Ya sabes que *La*

Pepa es una escapista.

Pero a pesar de la reprimenda, mi tía se ríe y yo no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Nos quedamos un rato en silencio, disfrutando de la calma real y profunda del momento, una de las cosas que más me gustan de vivir aquí.

—Hoy está previsto que vea cómo se desarrollan las actividades con los niños —dice Rosa de pronto.

—¿Quién?

—Ya sabes que estoy hablando de Carmen, así que no te hagas el necio.

Aprieto la mandíbula. Mi tía está demasiado *insistente* con Carmen. No es el primer profesor o profesora que se queda unos días en la granja para evaluar las instalaciones, pero con esta... está demasiado quisquillosa.

—Vale, ¿y?

—Y nada. Que a lo mejor podrías ser amable.

—Ya fui amable ayer —respondo, ofendido ante un ataque que considero injustificado.

—Le dijiste que sus zapatillas iban a morir.

Abro los brazos y le muestro las palmas de mis manos.

—Solo fue un aviso... Práctico. Sincero. Realista.

—Y cuando te dio la mano, parecía que estabas estrechando una serpiente venenosa.

—Venga ya, tita. ¡Qué exagerada eres!

—Y después desapareciste como alma que lleva el diablo. Yo le enseñé un poco todo esto, pero eras tú quien debería haberla llevado a conocer las instalaciones.

—Bah... yo estoy demasiado ocupado como para andar haciendo de guía turístico —me defiendo.

—Al final fue Lucas quien terminó de acompañarla a recorrer la zona. El pobre chiquillo estaba más tenso que una cuerda de tender cuando ella le preguntaba cosas.

—Porque Lucas está más verde que un tomate en enero. —Me cruzo de brazos—. Además, no quiero que se acostumbre a mí y

que cada vez que tenga una duda se me acerque para preguntar. Se va a ir en dos días, como todos.

Rosa no dice nada durante un rato. Luego deja la taza sobre la mesita y se pone en pie con un suspiro.

—Lo que tú digas, sobrino. Pero a veces, cuando uno se encierra demasiado en la rutina, se pierde lo único interesante que le pasa en meses.

—¿Y lo interesante es… una profesora con cara de no haber pisado una boñiga de vaca en su vida?

Rosa no responde. Solo sonríe y entra en la casa.

Y yo me quedo preguntándome por qué me he molestado tanto en hablar de alguien que, en teoría, me da igual.

Me asomo una vez más al camino que lleva a las habitaciones. Las cortinas de su ventana siguen corridas y la luz está apagada. Por lo menos, Pepa no ha vuelto a hacer de las suyas.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

Y cuando estoy a punto de entrar yo también, un pensamiento tonto se cruza por mi cabeza.

¿Habrán sobrevivido sus zapatillas?

La jornada de trabajo comienza igual que todas: gallinas cacareando, Pepa balando como si le debiéramos algo, y yo maldiciendo al gallo que no se calla ni debajo del agua, aunque hace ya un rato que amaneció.

Reviso los bebederos, cargo el carro con pienso y alimento para los animales. El sol empieza a caldear y antes de que me dé cuenta, toda la granja está en funcionamiento.

Como cada día. Como cada mañana.

Todo normal, todo tranquilo, hasta que, de repente, oigo una voz.

No una voz cualquiera. La voz.

—¡Ay, no, no, no, no!

Me giro. Carmen está a unos veinte metros, al borde del cercado de los cabritos. Lleva un sombrero de cáñamo —que juraría no traía ayer—, gafas de sol y una camisa de manga corta que

probablemente ha sido planchada antes de ponérsela, lo cual es un desperdicio de tiempo y energía en este entorno.

Pero lo que de verdad capta mi atención es lo que ocurre a sus pies.

Un cabrito, pequeño pero decidido, ha logrado morderle el bajo del pantalón y jala de él como si jugara al tira y afloja con la elegancia urbana de nuestra invitada.

—¡Suelta eso! ¡No es comida! ¡Esto es lino!

El cabrito consigue rasgar un trozo, y feliz por su hazaña, se aleja unos pasos.

Contengo una carcajada. Me apoyo en la pala y observo la escena, fascinado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto al fin, acercándome sin prisa.

Carmen me mira con los ojos muy abiertos y la expresión de quien sabe que ha sido derrotada por un animal que aún no ha aprendido a balar en condiciones.

—¡Ese animal se está comiendo mi ropa!

—Técnicamente, ya es suya. —Me agacho y con un leve empujón aparto al cabrito, que se va con paso titubeante, probablemente a presumir de su trofeo textil.

Ella mira su pantalón. Tiene un agujero considerable y bastante evidente.

—Me lo compré hace una semana.

—¿Y era necesario venir a una granja con ropa nueva?

—¿Y era necesario dejar que una cabra duerma en mi cama?

Esta vez, no puedo contener la risa.

—Mi tía me contó esta mañana que durante la noche volviste a tener un incidente con Pepa. No sé lo tomes a mal: aquel era antes su establo y ya sabes lo que les pasa a las cabras: que siempre tiran para el monte.

—Me alivia saber que ahora soy yo la que duerme en un corral.

Me enderezo y me cruzo de brazos. Carmen tiene las mejillas arreboladas, no sé bien si es por el sol de ayer, o por el sofocón del pantalón, pero lo cierto es que provoca que le brillen los ojos.

Me aclaro la garganta, en un intento de desviar el devenir de mis pensamientos.

—Los niños estarán aquí en una hora. Si quieres ver cómo interactúan con los animales, mejor cámbiate de pantalón. O se van a distraer viendo si el cabrito vuelve a por más.

Ella me lanza una mirada que intenta ser asesina, pero solo consigue parecer una mezcla de indignación y resignación.

—¿Hay algún lugar donde pueda cambiarme sin que me ataque la fauna local?

—Que yo sepa, tu habitación sigue en pie, si es que Pepa no ha vuelto para reclamarla.

Ella resopla. Se gira con dignidad —la poca que le debe quedar— y se marcha.

Y yo sonrío sin poder evitarlo.

Una hora más tarde llega el autobús con el grupo escolar que nos acompañará hoy. Son de un cole de Conil, niños de cuarto. O lo que es lo mismo, energía en estado puro. Los monitores se encargan de organizarlos, y yo me ocupo de no estar demasiado cerca.

Pero claro, también está Carmen ahí. Sentada en un banco, libreta en mano, observándolo todo con ojos atentos. Y sin el pantalón mordido, por suerte. Ahora lleva unos vaqueros y un calzado… diferentes.

Zapatillas marrones. De lona. De esas que tienen un dibujo que las hacen parecer sucias de fábrica. Decisión inteligente, sin duda.

La observo mientras habla con una niña que le enseña una piedra que ha encontrado en el camino y que, según ella, tiene forma de corazón. Carmen se agacha, la escucha con interés y le dice algo que hace que la niña se ría y le dé un abrazo.

Y ahí está otra vez esa cosa rara.

Esa punzadita incómoda en el pecho.

Bah... No tengo tiempo ni para profesoras sonrientes, ni para zarandajas. Así que me alejo de allí con una sensación extraña y molesta en la boca del estómago.

A pesar de que he decidido mantenerme lejos del montón de escolares que nos visita —para guiarlos y aguantarlos ya está Lucas, que tiene más mano con los niños que yo—, soy consciente de que busco con la mirada al grupo y que estoy más pendiente de ellos de lo que suele ser habitual en mí. E inevitablemente, mis ojos la buscan una y otra vez, sin llegar a comprender el por qué. Me fastidia porque tengo bastante faena que hacer, pero me las estoy apañando para no alejarme demasiado y así poder ver cuanto acontece en la parte de la granja donde ellos interactúan con los animales.

A la distancia, sí. Pero no demasiada.

En un momento dado, me quedo quieto al ver como Carmen se agacha a recoger algo… y una gallina, al verla, decide que su coleta puede ser un buen lugar para posarse.

Veo a la gallinácea agitar las alas e ir hacia ella a lo kamikaze, y no pasan ni tres segundos antes de que Carmen comience a gritar.

La gallina cacarea y empieza una *batalla* de gritos, que atraen la atención de Lucas y de los niños que andan cerca, a quienes parece que el espectáculo les hace la misma gracia que a mí. El caos dura un suspiro, pero tengo que reconocer que ha resultado glorioso.

Sin embargo, me esfuerzo por pasar inadvertido, consciente de que, si me río ahora, ella se va a dar cuenta. Pero si no lo hago, juro por Dios que me va a dar un derrame interno.

Así que opto por desaparecer antes de que me vea. Como es mejor no tentar al destino, me refugio en el establo que tengo a mi espalda, donde Rosa me atrapa. No me la espero allí, así que me da un susto de muerte.

—¿Qué pasa, tita?

—Nada. Solo que es la primera vez que te veo sonreír viendo a alguien peleándose con una gallina.

—¿De qué hablas? Yo no he sonreído.

—Por supuesto que no —dice, dándome una palmadita en el brazo antes de seguir su camino.

El sol empieza a caer y con él también la energía de los niños, que han pasado el día corriendo entre animales, talleres y barro como si les hubieran metido café en vena durante toda la jornada.

A esta hora, la granja huele a cansancio feliz. A meriendas compartidas, a pies sucios y a risas que se apagan despacito mientras los autobuses que llevan a los niños enfilan el camino de la salida. Me encanta este momento. Es cuando todo se ralentiza. Cuando el campo y los cuerpos se toman un respiro.

Estoy ordenando unas cajas junto al almacén cuando la veo de nuevo.

Carmen camina sola por el sendero de grava, con la coleta un poco más baja, los vaqueros llenos de manchas que no quiero preguntar de que son y una gallina siguiéndola.

Sí. Otra gallina. Pegada a sus pasos como si fuera su protectora emplumada.

Me apoyo contra la pared y la observo.

Ella no se da cuenta al principio. Va mirando el suelo, pensativa, arrastrando ligeramente los pies como quien ha tenido un día largo.

Entonces, se detiene y la gallina la imita.

Se gira. El animal da un paso atrás y Carmen no puede contener un suspiro, quien sabe si de cansancio o de resignación.

—¿También tú la vas a tomar hoy conmigo? —le dice a su *guardaespaldas particular*—. ¿Acaso no tienes una cama que invadir? Por si no la conoces, te podría presentar a Pepa… creo que harías muy buenas migas con ella.

La gallina cacarea y yo, sin poder contenerme por más tiempo, suelto una carcajada.

Ella se gira, sorprendida. Me ve, me analiza. Decide que reírse conmigo no le va a costar la dignidad por esta vez.

—No es gracioso —dice, aunque sonríe.

—Sí que lo es… un poco.

Se lleva las manos a la cintura con una pose tan digna como la de la gallinácea, aunque su postura tiene algo que provoca que mis ojos recorran su figura.

—Hoy he sido atacada por una cabra, perseguida por un cabrito ladrón, y emboscada por una gallina. Y encima me he resbalado en algo que casi que prefiero no identificar.

—¿Y todavía no te han entrado ganas de salir corriendo de aquí?

Ella arquea una ceja de manera interrogante.

—¿Por qué te empeñas en pensar que soy de las que huyen? Me he planteado montar una barricada con sacos de pienso delante de mí habitación, eso sí. Y si aun así Pepa insiste en colarse donde no debe, puedo terminar pidiendo un rescate por ella —responde, cruzándose de brazos.

—¿Y qué tienes pensado pedir a cambio?

No le lleva demasiado tiempo su respuesta:

—Zapatillas nuevas. Una ducha sin insectos. Y un café decente.

—Pides mucho para liberar a semejante rehén.

Ella se ríe. Y no sé por qué, que su risa me guste tanto me molesta.

—¿Esto es lo normal aquí?

—¿A qué te refieres?

—Al jaleo de los niños que no paran ni un segundo. Animales que atacan a los huéspedes. Moscas de caballo revoloteando por todas partes…

Frunzo los labios unos instantes antes de contestar.

—Bueno, de los niños sabes tú más que yo, y me sorprende que te llame la atención su energía desbordante. Cuando llegan aquí están sobreexcitados, así que es bastante normal. Por suerte, a ninguno de los que ha venido hoy les ha dado por intentar coger a ningún pollo para desplumarlo. Y por lo demás… sí: diría que ha sido un día bastante suave.

—Entonces tengo curiosidad por ver cómo sería un día intenso. —Hace una pausa—. Aunque puede que para entonces haya sido devorada por patos salvajes.

—Aquí no tenemos de esos —me río.

—O absorbida por arenas movedizas... —añade.

—Bueno, por arenas movedizas, no; pero no te puedo garantizar nada si te hundes en el barro.

Nos quedamos en silencio, con una especie de tregua flotando entre nosotros.

—He visto cómo trabajas con los animales —dice de pronto—. Te respetan.

¿Ella también ha estado pendiente de mí? ¿Y cómo es que no me he dado cuenta, si apenas le he quitado el ojo de encima?

—Más que respetarme, me temen —me limito a contestar.

—No me lo parece. Más bien diría que confían en ti.

La miro, con recelo. Nadie dice cosas amables sin tener un motivo.

—Y también he visto cómo te ríes —añade—. Deberías hacerlo más a menudo. Tu tía dice que no eres tan gruñón como pretendes aparentar.

¿Y qué hace mi tía hablando de mí con Carmen?

Me paso una mano por la nuca. Me incomoda la dirección que está tomando la conversación. Me gusta y me incomoda. Mala señal.

—Me río cuando las gallinas hacen el trabajo por mí —le digo, volviendo al sarcasmo como refugio—. Tienen buen ojo.

Me doy cuenta cuando ella se percata de que he debido ser espectador del ataque sufrido en el corral aquella misma mañana.

—¿Te has reído a mi costa?

—Ha resultado divertido.

Mi respuesta no debe haberle gustado, porque se limita a entrecerrar los ojos y a fruncir los labios.

—Ya te vale… —Y sin esperar mi respuesta, se da la vuelta.

¿Qué esperaba que le dijera?

Va a irse. Pero antes de que dé el primer paso, suelto una frase sin pensarla demasiado:

—Mereció la pena. Como has podido comprobar por ti misma, aquí la vida carece de las diversiones a las que seguramente tú estés acostumbrada. No pasa nada porque el momento *gallina* forme parte de los recuerdos del lugar.

Se detiene y se gira, enfrentándome.

—¿A qué te refieres con recuerdos? No lo habrás grabado, ¿no?

—Por supuesto que no. ¿Acaso te crees que llevo un móvil encima para trabajar con los animales? Yo no soy como esos mamarrachos *influencers* que, cuando ven cualquier tontería, lo dejan todo y se ponen a grabar como memos.

—Claro. Lo que me sorprendería es que supieras siquiera que es un smartphone.

—Sé lo que es, listilla, pero no necesito ninguno. Con mi viejo Nokia me va de lujo. Para los recuerdos, ya tengo mi memoria, que es magnífica.

—Ya veo que no te hace falta abuela…

—Solo constato un hecho. Es cuestión de trabajo mental.

—Pues no trabajes tanto, no vaya a ser que se te canse el cerebro.

Y se aleja por el sendero, con la gallina aun siguiéndola a una prudente distancia. Y yo me quedo ahí, viendo cómo desaparece entre los árboles.

Y maldita sea.

Sonrío.

Otra vez.

Y me quedo con la sensación de que me gustaría averiguar qué más tiene Carmen bajo esa coleta despeinada y esos pantalones arruinados.



Capítulo 3

Manual de supervivencia



CARMEN

Día 3

No siento las piernas.

Ni las caderas.

Ni los hombros.

Ni la dignidad, que al parecer se quedó atrapada entre el corral de los cabritos y la piedra que me hizo tropezar ayer. Y eso que solo han pasado dos días desde que llegué.

Me incorporo en la cama como puedo, con la flexibilidad de un *Playmobil*, y miro la colcha de cuadros con recelo. Pepa no ha vuelto a visitarme por la noche, lo cual es un alivio. Aunque no descarto que me haya dejado alguna maldición caprina a modo de boñiga en la puerta. O quizás, quién sabe, alguna garrapata vengativa.

Reviso el móvil y me encuentro con varios mensajes de mis chicas.

JOE: *¿Sigues viva o ya has sido devorada por una cabra mutante*?

MARA: *Puff, pues yo he soñado que se convertía en un ser mitad mujer, mitad gallina.*

MARILUZ: *¿Vosotras que desayunáis por la mañana, panda de locas? Ni caso a estas dos, que solo quieren ponerte nerviosa,*

guapa.

Sonrío. No saben lo mucho que las necesito.

CARMEN: *Buenos días, corazones. Sigo viva. Aunque tengo agujetas hasta en las pestañas. Desde luego, si consigo sobrevivir hasta el domingo sin que me escupa una vaca, me lo voy a tomar como una victoria personal*.

JOE: *Venga que tú puedes, campeona!!*

MARILUZ*: Por supuesto que sí. Ninguna vaca va a poder con nuestra amiga.*

CARMEN*: Porque creo que, de momento, son los únicos bichos de la granja que me respetan.*

JOE*: ¿Te refieres a los de dos o los de cuatro patas?*

MARA*: Eso, ¿qué ha pasado con el granjero gruñón?*

MARILUZ: *Cuenta, cuenta... ¿sigue siendo un cactus?*

CARMEN*: ¿Vosotras no tenéis que trabajar hoy?*

MARA: *Venga, no te hagas la interesante, si nos lo vas a contar tarde o temprano.*

CARMEN: *No empecéis a fantasear, que el tío es más raro que un perro verde. Es difícil cogerle el pulso: igual se muestra simpático, que te sale por la vía Tarifa. Parece que siempre lleva la escopeta cargada.*

MARILUZ: *¿Qué escopeta?*

CARMEN: *Prefiero no contestar, que a saber lo que estarás tú pensando.*

MARILUZ: ¿*Yooooo?*

CARMEN: *Me voy a desayunar. Luego hablamos.*

Sus comentarios me han hecho reír... Pero solo un poco. Porque si me río demasiado, me duele la espalda, las costillas, y hasta pensar.

Rosa me espera con un café de puchero —que ya me he enterado que no es más que un café que se hierve en una olla con agua y que luego se pasa por un filtro de tela— y que, sinceramente, hoy me sabe a gloria. Al terminar de desayunar, me acompaña mientras camino hacia la zona de actividades, donde los niños del día ya están llegando. Esta vez es un grupo pequeño, de tercero, y vienen

acompañados por dos profesoras más jóvenes que yo… y visiblemente más frescas.

—Hoy verás ordeño y taller de pan —me informa Rosa mientras camina a mi lado con una energía absolutamente ofensiva para alguien que roza los setenta.

—¿Ordeño? ¿Te refieres a ordeñar una vaca real? —No puedo evitar acordarme de la conversación que acabo de mantener con las chicas y de lo que he dicho acerca de que las vacas son los únicos animales de la granja que, de momento, me respetan. Espero que, al finalizar el día, mi opinión hacia ellas no haya cambiado.

—Sí y no. Las vacas son demasiado grandes para los niños, así que preferimos trabajar con las cabras. Hoy lo haremos con Chispa, que es una de las más pequeñas que tenemos.

—¿No será como…?

—No, no es como Pepa —me asegura, conteniendo la risa—. Chispa es más… cooperativa.

Me dan ganas de preguntar si *cooperativa* significa que no invade dormitorios ajenos, pero me guardo el comentario.

En el área del ordeño, los monitores se preparan.

«Venga, Carmen, tú puedes», me infundo ánimos yo sola. «Esto es por los niños. Es educativo y no tienes que tocar nada si no quieres. Observa. Anota. Finge que sabes lo que estás haciendo».

Y durante un rato… funciona.

Hasta que uno de los niños —un rubito bajito con una cara de travieso que tira para atrás— decide que él puede ordeñar mejor que el monitor. Agarra la ubre de Chispa con tanto entusiasmo que el animal suelta un brinco, y yo, que estoy a medio metro, recibo la mitad del contenido del cubo.

—¡ARGH! ¡Está caliente! —grito.

El niño se ríe. El monitor se disculpa. Y yo solo puedo mirar mi camiseta empapada de leche caprina con el estoicismo de quien ya ha perdido toda esperanza de volver a casa con ropa limpia.

Y por supuesto, en ese momento exacto, aparece Marcos.

Con su eterno gesto inexpresivo.

Con sus brazos cruzados.

Con su mirada de «tú no estás hecha para esto», que me revienta.

—¿Tienes alergia al ordeño o solo mala puntería? —me pregunta.

—Tengo alergia a las cabras con complejo de géiser —respondo, separándome la prenda del pecho para que no me marque más la *delantera*, a donde parece que sus ojos parecen volar.

No sonríe, pero me parece que sus iris brillan un poquito. O al menos eso es lo que me imagino, por lo que me pregunto si no estaré sufriendo algún tipo de delirio por intoxicación láctea. Y tal como apareció, se da media vuelta y se marcha de allí, dejándome con la sensación de que está pendiente de mí solo para burlarse de mis *accidentes.*

Por suerte, el resto del día mejora. La actividad del pan va bien. Los niños se concentran, se pringan, se manchan de harina y son felices. Yo también, hasta que una niña de ocho años me pregunta si Marcos, que de nuevo vuelve a rondar al grupo de escolares, es mi novio porque «te mira como mi primo mira a su perra preferida».

Mi cara debe reflejar la más absoluta estupefacción, pero la niña no parece notarlo, a la espera de una respuesta.

¿Qué me mira como a una perra? Por Dios, vaya con los niños y sus símiles. Y mira que siendo profesora de primaria debería estar curada de espantos. Pero no... tienen la fabulosa facultad de dejarte sin palabras cuando menos te lo esperas.

—¿Lo eres? —la niña insiste.

Yo, sin poder contenerme, busco con la mirada la figura de Marcos a quien visualizo a través del hueco de la ventana abierta.

Y lo descubro mirándome... Y también, apartando sus ojos de mí en cuanto se percata de que lo he pillado.

¿Por qué me mira así? ¿Por qué esos ojos oscuros me hacen sentir... descuadrada?

—¿Lo eres? —la niña sigue erre que erre.

—No —le contesto al fin—. No soy su… nada.

—Ah, vale —dice la niña—. Pero molaría si lo fueras.

Al final de la tarde, un pequeño accidente lo cambia todo.

Uno de los niños se cae mientras corre detrás de las gallinas que pululan sueltas, al intentar agarrarlas. Nada grave, solo un raspón en la rodilla, pero empieza a llorar como si le hubieran amputado una pierna. Las profes están ocupadas agrupando a los críos que tienen que subirse al autobús que los llevará de vuelta a casa tras un largo día de actividades. Así que, sin pensarlo siquiera, me acerco al chiquillo, agachándome para hablarle bajito con la intención de tranquilizarlo. Le cuento una historia sobre cómo las heridas hacen valientes a los niños que se caen y se levantan, y por suerte, el truco funciona.

Lo llevo a la casa principal donde se encuentra Rosa organizando la cena, y mientras ella busca una tirita, le limpio la herida al crío, sin dejar de hablarle con suavidad. Es cierto que a veces los niños son difíciles de manejar, pero me encuentro en mi salsa cuando me tengo que hacer cargo de ellos. Es como si entre nosotros hubiera un entendimiento mutuo que no necesita de palabras. Cuando termino de curarle, Gonzalo —que así se llama— me da un abrazo de esos apretados que te llegan al corazón porque lo sabes sinceros.

—Anda, ve con el grupo que seguro que te están buscando para que subas al autobús —le digo.

—¿Me acompañas, seño? —me pregunta con esa voz inocente que me conmueve.

—Por supuesto.

Cuando me pongo en pie y me dispongo a salir, veo a Marcos apoyado sobre el quicio de la puerta, observándonos con detenimiento.

He estado tan centrada en Gonzalo, que ni siquiera me he percatado de su llegada.

No dice nada. Ni asiente, ni se acerca. Solo se echa a un lado para dejarnos pasar.

Y, por alguna razón, eso me hace sonreír.

Más tarde, cuando me siento en el porche de la casona con mi libreta, escribo:

«Creo que no todo en el campo me da grima. Hay cosas que son muy agradables de ver». No especifico más, aunque yo sé bien a qué o a quién me refiero.

Miro al cielo. Una estrella asoma y una sensación de paz me invade. No hay ruido de coches. Ni contaminación lumínica. Solo el sonido de grillos que empieza su cantar nocturno y una luna en cuarto creciente que ilumina lo suficiente como para adivinar las siluetas de las distintas dependencias que conforman la granja.

Pero estoy cansada... Mucho más de lo que hubiera creído posible, así que decido volver a mi habitación donde me espera mi colchón, que, aunque *crujiente*, se me antoja como un destino más que apetecible.

Abro la puerta, enciendo la luz y… me detengo en seco.

Mi cama.

Mi maravillosa, discutible, puebluna cama…

Tiene compañía.

No.

Otra vez no.

—¡Pepa! —grito, como si al pronunciar su nombre en voz alta pudiera invocarla más.

La cabra me mira desde el colchón. No está tumbada, sino de pie en el centro exacto, como si hubiera estado ensayando una performance de *El Rey León versión granja*.

—¡No puedo con esto, lo juro!

Ella mastica algo. ¿Es mi pijama?

¿¡MI PIJAMA!?

Corro hacia ella como puedo —torpe, agotada, derrotada— y tiro suavemente de la manga que asoma por su hocico.

—Esto no es comida, Pepa. Esto es algodón. Algodón con dibujos de constelaciones y olor a suavizante del bueno.

Pepa no se inmuta. Me da la espalda con toda la altivez de una señora que ha reservado su suite favorita.

—¿Todo bien? ¿Pasa algo? —la voz de Marcos resuena a mi espalda. He debido dejar la puerta abierta y quiero suponer que se ha acercado al oírme gritar.

—Solo estoy hablando con la puñetera cabra, ¿no lo ves? —la señalo con los brazos extendidos, señal evidente de mi desesperación—. ¡Me encanta hablar con cabras a esta hora de la noche! —Resoplo—. ¿A ti que té parece que me pasa?

Silencio. Al que le sigue, una carcajada ahogada.

—¿Te ayudo a sacarla?

—¡Por favor!

Pepa, por supuesto, sale tan tranquila. Ni una queja. Ni un balido dramático. Solo dignidad y un trozo de manga colgando de la boca como trofeo.

—Por si no lo sabes, *ese* era uno de mis pijamas favoritos —le recrimino. No sé qué me molesta más: si Pepa, o las risas de él.

—No te preocupes: te compensaremos por la *pérdida*. Y, por favor, asegúrate de cerrar bien la puerta del apartamento el próximo día.

—¿Yo? ¿Qué me asegure yo? ¡Asegúrate tú de encerrar a ese maldito animal del diablo que parece que la tiene tomada conmigo!

—No le digas eso a la pobre Pepa. Quizás es que le gustas.

Marcos me guiña un ojo antes de desaparecer, dejándome con una respuesta en los labios que no termina de ser tan ocurrente como me gustaría.

Cuando me quedo a solas, cierro la puerta y me dejo caer sobre la arrugada colcha de cuadros.

—Ay, Santa Ana Bendita… Esto no es una granja —murmuro —. Es una pesadilla. Lo que me faltaba a mí es que le gustase a una cabra.

Saco el móvil y escribo a las chicas.

CARMEN: *Pepa ha vuelto. Ahora resulta que le interesa la moda*. *La cabrona se ha llevado la manga de mi pijama.*

MARA: *Esa cabra te está tomando cariño.*

CARMEN: ¡*Pues que no me quiera tanto, joder!*

MARILUZ: *¿Y el granjero sexy? ¿Te ha salvado esta vez?*

No contesto enseguida.

Porque no me ha salvado. Más bien se ha burlado de mí

Pero estaba ahí. Pendiente.

Y al recordar todas las veces en que nuestras miradas se han cruzado durante el día de hoy —muchas, para ser sincera—, tengo la impresión de que me ha mirado distinto a como lo hizo el primer día.

No sé describirlo. Pero sus ojos estaban más… blandos. O quizá soy yo la que se está ablandando.

Miro al techo, en silencio.

¿Por qué me gusta este hombre?

No es mi tipo. No tiene filtros. No hace el más mínimo esfuerzo por agradar. Me ha mirado como si llevara orejas de burro la mitad del tiempo y, sin embargo… me gusta.

Es como una piedra grande en mitad de un camino: ruda, incómoda, molesta… pero que no puedes evitar contemplarla cada vez que pasas por ahí.

Suspiro.

Esto no puede ser.

Estoy aquí para evaluar una granja.

Para elegir un destino educativo.

Para relajarme un poco.

No para sentir mariposas por un hombre que probablemente preferiría besar a Pepa, antes que a mí.

Y, sin embargo…

Me río sola al imaginar a Marcos besando a la puñetera cabra, con los morros hacia fuera y todo. ¡Qué asco!

Guardo el móvil y apago la luz.

Y justo antes de dormir, me viene otra imagen a la cabeza, que me resulta mucho más perturbadora: él, observándome, en silencio, con esa cara suya de «no me importas, pero no dejo de mirarte». Él, besándome bajo la luz de la luna...

Y por alguna razón, duermo mejor que ayer.

Incluso sin pijama.



Capítulo 4

La profe tiene agallas
(y yo, un problema)



MARCOS

Día 4

Hay algo raro en el aire esta mañana.

No es el olor —porque eso sigue siendo una mezcla entre heno, humedad y gallinero en plena actividad—, ni tampoco es el silencio, que ha desaparecido en cuanto han llegado los niños gritando como si acabaran de soltarlos de una jaula.

No. El raro soy yo.

Y no me gusta.

Me descubro pendiente una y otra vez del sendero que lleva a las habitaciones, al huerto, a los establos... Allá donde los niños realizan sus actividades.

Pero no me fijo en ellos. Para eso ya están, además de sus profesoras, los monitores que tengo contratados específicamente para desempeñar tales labores.

Mi fijeza está concretamente en la figura agregada que los acompaña, allá donde vayan. Vaqueros, camiseta violeta, coleta. Nada especial. Nada que no haya visto en otras profesoras que han pasado por aquí con el mismo brillo en los ojos al llegar… y la misma cara de «¿cuándo nos vamos?» al rato de estar un rato entre animales.

Pero Carmen… camina diferente.

No sé si es que ya no parece tan fuera de lugar o si soy yo el que ha dejado de verla como una intrusa.

Hoy no hay gritos. No hay tropiezos. No hay gallinas kamikazes ni cabras ocupando camas ajenas. Solo ella, sonriendo a un niño que le enseña un dibujo arrugado de un caballo que parece un perro, y diciéndole que «es el animal más bonito que ha visto en su vida».

No finge y se le nota.

Y eso, maldita sea, me gusta más de lo que debería.

—Mira quién sonríe —dice Rosa a mi lado, que, como todos los días, me ha traído una taza de café, y lo hace con ese tono de tía que se lo huele todo.

—No empieces otra vez… no estoy sonriendo —murmuro, mirando hacia otro lado.

—Ajá.

—Solo estoy… observando.

—Claro, como haces con todas las profesoras que nos visitan, ¿verdad? ¿Te acuerdas de la señora Marta, la de matemáticas?

—Marta tenía sesenta y cinco años y me hablaba de integrales dobles —le recuerdo.

—Y, desde luego, no la mirabas como a Carmen.

Suelto un bufido a modo de protesta. Me da que Rosa se está divirtiendo demasiado a mi costa, pero no puedo recriminarle su actitud porque ella no sabe nada de mis historias pasadas.

—¿Te aburres o te has propuesto emparejarme con cualquiera que no sea una cabra?

—No con cualquiera. Solo con alguien que te quite esa cara de palo.

No respondo. Porque sé que Rosa tiene razón.

Hay algo en Carmen que me remueve cosas, recuerdos, que preferiría que se mantuvieran en el olvido.

No es solo lo bonita que es —que lo es, aunque intente disimularlo con coleta apretada y ropa práctica—. Es su energía. Esa forma de hablar con los niños como si cada uno fuera especial. Su entusiasmo por cosas pequeñas. Su insistencia en no dejarse vencer

por el campo, por los animales que se han empeñado en ponérselo difícil, y hasta por mí.

Y eso me remueve.

Un poco.

O, más bien... Demasiado.

—Deberías enseñarle el invernadero —dice Rosa sin rodeos.

La sugerencia de mi tía me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque creo que le gustaría. Además, al fin y al cabo, es también parte de la granja, ¿no te parece?

Balanceo el peso de mi cuerpo de un pie a otro. Me siento incómodo.

—Ya sabes que no me gusta que allí entre cualquiera.

—Pero, ¿acaso ella es cualquiera? —me suelta, y se va sin esperar respuesta.

La veo alejarse y resoplo. Qué fácil es hablar cuando no eres tú el que tiene que abrir la puerta a alguien más.

El invernadero es otra cosa. Es mío.

Mi padre lo restauró a mano, cristal a cristal. Lo convirtió en su rincón de escape, y luego me lo dejó como legado sin decirlo en voz alta. Y yo, que heredo cosas con recelo, me quedé con ese espacio sin protestar.

Nunca he llevado a nadie allí. Y no tengo ninguna intención de que eso cambie.

Así que, con decisión firme, dejo la taza vacía sobre un poste y me pongo a vaciar sacos de granos en el gallinero, que también las gallinas tienen que comer. Ya está bien de distracciones que no llevan a nada.

Pero, al caer la tarde, y antes de que ella vuelva a su habitación a darse una ducha que le limpie las manchas de barro que siempre terminan por ensuciar su rostro, me encuentro caminando hacia Carmen con un nudo en la garganta y una frase en la boca que no suelo pronunciar:

—¿Quieres ver algo?

Ella me mira y parpadea con sorpresa. Es evidente que la he pillado desprevenida.

—¿Algo como… un desfile de gallinas asesinas o un batallón de cabras comedoras de telas?

Sonrío.

—No. Nada que muerda. O eso creo.

Ella me devuelve el gesto y se limita a asentir, antes de contestar.

—Entonces sí.

Y mientras caminamos, no hablamos demasiado. Solo un par de frases sueltas sobre el calor, los niños o el café de Rosa que, a su parecer, mejora con los días...

Sin embargo, se siente como si no fueran necesarias las palabras para comunicarnos, para entendernos.

Cuando abro la puerta del invernadero, ella se queda en el umbral con los ojos muy abiertos. El sol de la tarde entra por los cristales viejos, tiñendo las plantas de un verde más cálido.

—Wow… —susurra.

Y ahí, en ese susurro, está todo.

La sorpresa. La emoción. El respeto.

Y también, un poco de lo que siento yo cuando cruzo esta puerta.

Me aparto para que entre. No digo nada. Solo la dejo mirar.

Y durante un rato… eso basta.

Camina despacio entre las mesas, como si le diera miedo estropear algo.

Las manos le cuelgan sueltas, y por primera vez desde que llegó, no lleva la libreta encima. Eso me gusta. Es como si estuviera aquí solo por estar, no para evaluar o tomar notas.

—Nunca pensé que hubiera un sitio así aquí dentro —dice.

—No es parte de las visitas escolares.

—¿Y por qué no?

—Porque no es para cualquiera.

Se detiene y me mira. Pero no dice nada.

Sus ojos recorren los helechos colgantes, los brotes de tomate, las macetas con lavanda, los girasoles enanos que planté hace semanas y que ya se estiran hacia la luz. Todo respira aquí. Todo crece. Incluso lo que parecía muerto.

—Es precioso —dice, finalmente.

—No está acabado.

—A veces las cosas más bonitas no lo están.

Y esa frase, tan simple, me hace tambalear un poco por dentro.

Ella sigue caminando, se agacha junto a una jardinera con albahaca y frota una hoja entre los dedos.

—Huele a mi abuelo —dice—. Él tenía unas macetas como esta en el patio. Me enseñaba a distinguir plantas por el olor, no por el nombre.

La observo en silencio. La forma en que se mueve aquí dentro no es torpe. No está fuera de lugar. Por primera vez, parece formar parte de la granja.

—¿Te llevabas bien con él? —pregunto, sin saber por qué me interesa.

—Mucho. Murió hace años, pero aún lo tengo muy presente. Era un hombre tranquilo. Sabía escuchar. No como yo, que hablo hasta con las... cabras —sonríe, pero se le nubla la voz al final.

Me sorprende lo que dice. No solo por lo personal, sino por cómo lo hace. Sin querer hacerse la interesante. Sin dramatismo.

—Yo también hablaba mucho con mi padre. Aquí, sobre todo. Este lugar era suyo.

Ella se gira y me mira.

—Él fue quien me enseñó a cultivar, a cuidar. A quedarme. Cuando los demás se iban a estudiar o a trabajar a Madrid o a Sevilla, yo me quedé aquí con él. Todos pensaban que era una pérdida de tiempo. Que me estaba rindiendo.

—¿Y tú qué pensabas?

—Que prefería tener las manos llenas de tierra a llenas de papeles.

Ella asiente, como si lo entendiera.

—A veces hay que hacer cosas que los demás no comprenden —dice—. Sobre todo, si te hacen feliz.

Ahí está otra vez.

Esa forma de decir las cosas. Con sencillez. Con verdad.

Y me desconcierta.

—No pareces de ciudad cuando estás aquí dentro —le digo.

—¿Y cómo parezco?

—Como alguien que no se quiere ir.

Ella sonríe, pero no responde. Se acerca a una maceta con menta y acaricia las hojas.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este sitio? —pregunta—. Que respira a vida.

Yo no digo nada, porque por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien entiende este lugar como yo.

Y eso, en lugar de tranquilizarme, me asusta un poco.

Va recorriendo cada pasillo del invernadero. A veces me pregunta por una determinada planta que no reconoce, y yo trato de ofrecerle toda la información de la que dispongo. Pero el silencio que ha nacido entre los dos, lejos de ser incómodo, resulta reconfortante.

Cuando llega al final del recorrido, ella se gira hacia mí y me sonríe.

—Creo que debo regresar a mi habitación si quiero ducharme antes de la cena. No me apetece que Rosa me regañe por sentarme a la mesa con el pantalón lleno de barro.

—No te preocupes por ella. Te aseguro que mi tía está más que acostumbrada a eso.

—Pero yo no.

—Claro, lo comprendo.

Sin embargo, antes de salir, se detiene en el umbral y me dedica una sonrisa que hace que mi corazón se detenga. ¿Por qué Carmen me afecta así?

—Gracias por traerme y enseñarme todo esto.

—No suelo hacerlo —le resto importancia, con un leve encogimiento de hombros—. Pero pensé que te gustaría.

—Entonces gracias por partida doble. Acertaste de lleno.

Y se va.

Sin más.

Yo me quedo dentro, solo con las plantas.

Pero el aire ya no huele igual.

Huele a ella.

A jabón, a albahaca… y a algo que, si no tengo cuidado, puede crecer más de lo que estoy dispuesto a permitir.



Capítulo 5

Entre plantas



CARMEN

Día 4 (todavía)

No sé qué pasa con el ambiente de este sitio, pero todo parece tener más peso.

El silencio, los olores… las miradas.

Sobre todo, las miradas.

Cierro la puerta de mi habitación con suavidad, como si no quisiera romper el hechizo que me ha traído hasta aquí. Apoyo la espalda en la madera y respiro hondo. Todavía puedo oler la tierra húmeda del invernadero. Las plantas. La menta. El leve rastro de lavanda que se quedaba flotando entre los cristales.

Y a él.

Porque, aunque lo niegue en voz alta, también olía a él. A ropa limpia y campo. A algo serio y sólido. A alguien que no quiere que lo veas… pero que te deja asomarte un poco, solo si te portas bien.

No sé cuál habrá sido el motivo; solo sé que Marcos me ha permitido entrar en *su* espacio. No lo ha dicho con palabras, pero lo sé. Ese invernadero es algo más que un rincón bonito. Es una parte de él.

Y eso me ha dejado un nudo en el estómago que no tengo ni idea de cómo deshacer.

Me siento en la cama y me quito las zapatillas sin desatar los cordones. El cuerpo me pesa como si llevara encima el doble de mis años, pero no es solo cansancio. Es… otra cosa.

Algo que me desconcierta.

Intento distraerme. Abro el grupo de las chicas y escribo sin pensar demasiado.

CARMEN: *Chicas, acabo de entrar en un paraíso vegetal: Invernadero oculto, plantas aromáticas y la luz del atardecer. Y sí, antes de que me lo preguntéis, me lo ha enseñado él. Y me ha dicho que no lleva a nadie allí. Que es una zona fuera del recorrido "oficial" para los visitantes.*

Los puntitos de «escribiendo…» aparecen al segundo.

JOE: *¿¡El cactus te ha llevado a su guarida secreta!?*

MARA: *Joder. Ya te veo casada y viviendo entre helechos. No te fíes, Carmen. Que en los docu-realitys de crímenes, los invernaderos son ideales para cometer asesinatos.*

MARILUZ: *¿Pero tú estás tonta, Mara? ¿Cómo le vas a decir eso? Ya sabes, ni caso... Y ahora, en serio: ¿cómo fue? ¿Qué ha pasado? ¿Qué sentiste?*

No lo puede evitar. Mariluz ha sido, es y será la más romántica de las cuatro. Siempre ha creído en las señales, en los momentos, en los instantes que cambian una historia. Y lo peor es que esta vez siento que tiene razón.

CARMEN: *No pasó nada. Pero yo... lo sentí todo.*

Lo envío sin pensarlo. Y cuando lo leo escrito, me dan ganas de borrar el mensaje.

Pero no lo hago.

Porque es cierto.

Allí dentro no me tocó. No me dijo nada bonito. Ni siquiera fue especialmente amable. Pero estuvo. Conmigo. Y eso bastó.

JOE: *¡Queeee! ¡Pero si lo acabas de conocer!*

MARILUZ: *¿Acaso no has oído hablar de los flechazos? ¿Del amor a primera vista?*

MARA: *Eso no existe.*

MARILUZ: *Hija, que falta te hacen las vacaciones que llevas dos meses restregándonos por la cara. Ojalá cuando te vayas al Caribe conozcas a alguien que te haga tragarte tus palabras.*

MARA: *Eso es imposible!!*

CARMEN: *Chicas, chicas... parad el carro. Que yo no me he enamorado de nadie. No pongáis en mi boca palabras que no he dicho.*

MARILUZ*: Vale, yo solo digo que no te cierres a nada. Nunca se sabe...*

Cinco minutos después, cuando me meto en la ducha, las palabras de Mariluz aún resuenan en mi mente. Pongo el agua un poco más caliente de lo necesario, esperando que el vapor me limpie también los pensamientos, pero no funciona. Cuando cierro los ojos, vuelvo al momento exacto en el que él ha dicho:

«No pareces de ciudad cuando estás aquí dentro»

Y por primera vez, me he sentido libre de demostrar que no soy solo la profe de quinto organizada, la que siempre tiene la agenda llena, la que sonríe hasta cuando no puede más. Hoy he sido Carmen. La que se agacha a oler albahaca. La que se emociona por los girasoles pequeños. La que se acuerda de su abuelo sin llorar, pero con un nudo dulce en la garganta.

Y él me ha visto.

No como el gruñón que me mira como si fuera una plaga bíblica. No. Hoy me ha mirado como si le interesara lo que tenía que decir.

Salgo del baño, me pongo el pijama (uno de repuesto, gracias a Pepa) y me dejo caer en la cama. Se supone que Rosa, y seguramente Marcos, estarán en el comedor esperándome para cenar, pero a pesar de que tengo hambre, no me apetece ir a la casona. Estoy demasiado blanda por dentro como para enfrentarlo.

Llamo a Rosa por teléfono para decirle que estoy demasiado cansada como para bajar a cenar y que ya nos veremos por la mañana durante el desayuno. Aprovecho que tengo el móvil en las manos y releo mis últimos mensajes. Las chicas me han dejado

memes y corazones, pero no les he vuelto a responder. No puedo poner esto en palabras todavía.

¿Cómo explicas que alguien que te ha ignorado durante días, que te ha mirado con desconfianza, que no ha hecho el más mínimo intento por agradarte… de pronto te lleve a su lugar más privado y te deje entrar?

¿Y cómo explicas que eso te conmueva más que cualquier piropo, cualquier gesto, cualquier mirada intensa?

Sus gestos no son obvios.

Él no lo es.

Y, sin embargo, lo he sentido todo.

Miro al techo. La madera cruje. Pepa no ha venido hoy, lo cual agradezco. No estoy para invasiones inesperadas.

—¿Qué me pasa? —susurro.

No lo quiero reconocer, pero sé que hay algo.

Una atracción que no depende de si me gusta o no su forma de ser —porque, sinceramente, en algunas ocasiones sigue siendo bastante borde—. Más bien se trata de algo en su forma de caminar. En cómo calla. Cómo se le tensan los hombros cuando no sabe qué decir. Cómo me ha mirado justo después de contarme lo de su padre.

Es eso.

No ha sido solo el invernadero.

Ha sido él hablándome de algo tan íntimo como su padre.

Del porqué de su decisión de quedarse en un medio rural en vez de buscar fortuna fuera. De lo que otros no entienden.

Y yo lo he entendido.

Y él lo ha notado.

Y ahí, justo ahí, algo se ha descolgado dentro de mí. Como una hoja que cae y ya no puedes volver a engancharla a su rama.

Estoy a punto de apagar la luz cuando oigo como golpean la puerta.

O es Pepa o es...

Suspiro, deseando en esta ocasión que ojalá sea la cabra de las narices.

Sin embargo, al abrir un poco la puerta, me encuentro con la figura de Rosa que lleva una bandeja en las manos.

—Te he traído algo de cena, Carmen.

—Rosa, no deberías haberte molestado —le digo, abriendo la puerta de par en par.

—No podía dejarte sin comer, niña.

Niña... Me recuerda a mis abuelos que siempre me llamaban así, aun cuando ya era una adulta.

—Te lo agradezco muchísimo. La verdad es que estoy tan cansada que no me encontraba con fuerzas para ir al comedor. Solo me apetecía dejarme caer en la cama.

—Lo supongo...

¿Es entendimiento lo que intuyo en su voz?

¿Qué es lo que supone... exactamente?

—No te preocupes por la bandeja. Mañana cuando vengas a desayunar, me la acercas. Buenas noches, Carmen.

—Buenas noches, Rosa.

Es tarde cuando apago la luz. El campo está en silencio. Solo se oye el canto lejano de los grillos, y por primera vez desde que llegué, ese sonido no me parece extraño.

No me siento una intrusa.

Me siento parte del paisaje.

Y sé que él ha tenido mucho que ver con eso.

Y sí.

Me gusta.

No debería, pero me gusta.



Capítulo 6

El último día



CARMEN

Día 5

Despierto antes de que cante el gallo.

Y no porque el campo me haya domesticado, ni porque me haya convertido en una mujer de rutinas agrícolas. Despierto porque algo dentro de mí me dice que este día no es como los anteriores.

Hoy es el último.

El último amanecer aquí, el último desayuno de pan con aceite, el último paseo entre gallinas y niños enloquecidos, el último vistazo al invernadero con olor a menta y lavanda —bueno, si es que me lo permiten...

Y, aunque nadie lo dice, también es el último día en que lo veré a él.

A Marcos.

Me incorporo con cuidado, como si no quisiera molestar al aire de la habitación. Mis cosas ya están casi recogidas: ropa doblada, cargador de móvil a mano, la libreta de notas guardada en la mochila, como si eso sellara también lo que ha pasado aquí.

Me visto con ropa cómoda y recorro el camino hacia la casona principal donde, como cada día, sirven el desayuno. Llevo la bandeja con los platos de la noche anterior entre las manos, y al entrar en la

cocina, veo a Rosa que ya está trajinando entre fogones y que me recibe con una sonrisa de las que reconfortan.

—Buenos días, Rosa. Te he traído la bandeja de ayer. De nuevo, te agradezco mucho que te molestaras en llevármela.

—No es nada —le resta importancia, al tiempo que me libera de la carga para colocarlo todo en el fregadero—. ¿Dormiste bien, cielo?

Asiento.

—Lo justo —digo, sin querer mentirle del todo.

—Ahí tienes el café ya preparado, por si te apetece.

—Claro. Al final me voy a acostumbrar a tus cafés, Rosa...

—Todos lo hacen, cariño.

Me sirvo una taza y me siento junto a la ventana, donde el sol empieza a colarse por las cortinas. Afuera, los monitores contratados por Marcos preparan las actividades. Los niños, como siempre, llegarán en un rato, y los imagino —tal y como llevo viéndolos durante los últimos días— corriendo en desorden, riéndose, chillando y viviendo la experiencia como si fuera una auténtica aventura.

Es entonces cuando lo veo.

No está haciendo nada especial. Solo camina con las manos en los bolsillos, da indicaciones a Lucas y revisa las herramientas del cobertizo. Lo de siempre. Pero esta vez, al mirarlo, tengo la sensación de que lo veo con ojos muy distintos a los de días atrás.

Hay una parte de mí que se resiste a admitirlo, pero no puedo negarlo más.

Me gusta. Y mucho.

Pero no tiene caso. Hoy me marcho a casa y todo esto quedará como una anécdota más... aunque soy consciente de que, cuando vuelva dentro de unos meses con los niños, lo volveré a ver.

Quizás, para entonces, se me haya pasado esta tontería que me ha durado cinco días.

—Hoy no has traído tu cuaderno de notas —observa Rosa, arrancándome de mis pensamientos.

—No. Ya lo tengo guardado en la mochila —le sonrío.

—¿Te gustaría despedirte del invernadero?

Levanto la vista. La pregunta es sencilla, pero no inocente.

—No sé si quiero volver a entrar. Es demasiado bonito para despedidas.

—Entonces hazlo como si no fuera así.

Y se va.

Porque Rosa es así. Te dice lo que necesitas y luego te deja decidir.

Respiro hondo. Me levanto. Camino despacio hacia el invernadero. Al llegar, no lo abro. Solo apoyo una mano en la puerta, como si al tocarla pudiera absorber algo del aire que respiré allí con él.

—No esperaba encontrarte aquí.

Me giro y lo veo a pocos pasos. El sol le da en la cara, pero no sonríe.

—Solo vine a despedirme —respondo—. Hoy me voy —le digo, como si él no lo supiera ya.

Asiente y se me acerca.

—¿Te ha gustado estar aquí?

—Sí. Mucho más de lo que creí. Y mucho menos de lo que me gustaría.

Juro que no tenía previsto decir eso, pero mi boca me ha jugado una mala pasada.

—¿Por qué menos?

—Porque me tengo que ir —afirmo, y en cuanto lo suelto, vuelvo a sentir que esa no era la frase correcta. Bueno, en verdad, sí, pero suena más intenso cuando lo digo en voz alta.

—Chiclana no está tan lejos... porque vives allí, ¿no? O al menos, allí es donde está el colegio donde das clases —responde, y entonces lo miro, sorprendida de que conozca ese dato. Aunque, al fin y al cabo, es parte de su trabajo.

—¿Eso es una invitación?

No sonríe. Simplemente se limita a bajar la mirada un segundo antes de volver a subirla para decirme:

—Aquí hay muchas cosas que aún no has visto.

Después de ese encuentro que me ha dejado con un cúmulo de sensaciones indescifrables, vuelvo a mi habitación a recoger la

maleta. No tiene sentido demorar lo inevitable.

Al salir, Marcos está en la puerta, esperándome.

—Déjame que te ayude —me dice, con la misma sequedad de siempre. Nada que ver con el tono cálido del hombre que me llevó al invernadero anoche.

—Yo puedo llevarla al coche; no te preocupes.

—No, no me preocupo. Pero, aun así, insisto.

Me arrebata el bulto de las manos y comienza a caminar delante de mí, sin volver la cabeza ni una sola vez hacia atrás.

Abro el maletero y coloca mis cosas dentro sin mirarme siquiera.

En ese instante, Rosa se acerca hasta nosotros y me alcanza una bolsa con un par de magdalenas envueltas en papel y una pequeña botella de zumo.

—Para el camino —dice, como si estuviera a punto de cruzar un océano y no yendo a una localidad que está a poco más de media hora en coche.

—Gracias. Por todo.

Ella me mira con esa ternura silenciosa que tiene cuando no quiere incomodar, pero tampoco ocultar que sabe más de lo que dice.

—Espero verte por aquí en primavera, Carmen.

—Seguro que sí, Rosa. Me he quedado gratamente impresionada con la labor de la granja. Con todas las actividades que hacéis en ella y lo bien que se lo pasan los críos que vienen. Estoy segura de que a mis niños le encantará la experiencia.

—¿También ha sido una buena experiencia para ti? —Me sorprendo porque esta vez la pregunta no viene de la mujer, sino del propio Marcos, que me mira con intensidad.

Mis ojos se quedan clavados en los suyos y por un instante, tengo la sensación de que no puedo apartarlos.

—Para mí también —aseguro con convicción.

Marcos mira a su tía y ella parece entender.

—Que tengas buen viaje, Carmen. Te esperamos aquí... cuando a ti te apetezca.

Y sin decir nada más, se gira y vuelve a entrar en la casona.

El silencio que se forma entre Marcos y yo se torna tenso.

—Bueno, supongo que es hora de despedirse. Como le he dicho a tu tía, muchas gracias por...

—Antes de que te vayas, tengo una cosa para ti.

—¿Para mí?

—Espera un segundo.

Se pierde un momento en el interior de la casa, y en cuestión de un par de minutos, regresa con algo en las manos.

Me extiende un pequeño macetero. En él, hay plantada una diminuta mata de albahaca.

—Para que el olor te recuerde lo que no puedes escribir en la libreta.

No digo nada. No puedo.

Lo abrazo. Es un gesto que me sale espontáneo, totalmente natural, pero aunque, no es ni largo, ni intenso… es. Y durante unos segundos siento una conexión que no esperaba encontrar. Al separarnos nos miramos a los ojos y él parece querer leer en mi alma con su mirada oscura y profunda.

—Cuida la planta — dice con voz firme, pero que a mí me remueve entera por dentro.

—Cuida tú del invernadero. Y de Pepa.

Entro en el coche y enciendo el motor, con la maceta colocada en el asiento del acompañante.

Y cuando empiezo a alejarme por el camino de tierra, no me atrevo a mirar por el retrovisor.

Porque si lo hago, sé que me romperé.

Pero también sé una cosa.

Que esto no ha terminado.

Y que cuando vuelva —porque sé que volveré— será para algo más que revisar actividades escolares.



Capítulo 7

Un silencio que pesa



MARCOS

El silencio ha vuelto.

Ese silencio que antes agradecía, que me acompañaba entre tareas, entre corrales, entre plantas… ahora parece distinto.

Más hueco.

Más largo.

Más lleno de ausencias.

Y no es que Carmen hablara mucho… al menos conmigo, porque con Rosa no paraba. Pero lo que decía, esas conversaciones que mantenía con mi tía durante las cenas —las únicas en las que yo estaba presente, ya que nunca hemos coincidido ni en los desayunos ni en los almuerzos— se han quedado resonando en mi cabeza. Como esas canciones machaconas que se repiten en tu interior una y otra vez.

¿Qué tiene su forma de expresarse que tanto me agrada? ¿Qué hace que me apetezca oírla sin cansarme, aunque esté tratando cuestiones intrascendentes?

Hoy, cuando me he levantado, he sido consciente de que seríamos uno menos a la mesa.

De que no veré su figura con su sempiterna libreta en la mano.

Ni su sombra en el sendero de tierra, esquivando cabras con zapatillas imposibles.

Y lo peor es que era consciente de que esto pasaría desde el primer día en que la vi, y, aun así, me jode lo más grande.

Jode porque, aunque mi tía diga que prejuzgo a las personas, sé que jamás podré tener a mi lado a una compañera que respete y comprenda lo que hago.

Intento concentrarme en lo mío. En las vallas que hay que reforzar. En la lista de materiales para el taller de reciclaje del próximo grupo. En Pepa, que sigue dando por saco y aparece donde no debe, como si ella también extrañase la presencia de Carmen.

No. Eso no significa, ni mucho menos, que esté enamorado. Ni de ella, ni de nadie.

No soy de esos. Ya no.

Pero hay una parte de mí que todavía huele a albahaca cuando paso por el invernadero.

Y eso no es normal.

Por la tarde, me siento en el porche a reparar una cesta de mimbre rota. Un trabajo mecánico, fácil, perfecto para distraer la mente y centrarla en algo que no tenga ojos grandes ni sonrisa torcida.

Rosa aparece como quien no quiere la cosa. Lleva una limonada y ese aire de *sé más de lo que tú crees*, que a veces agradezco, y a veces, me saca de quicio.

—¿Te has dado cuenta de que hoy no has gruñido a nadie?

La miro de reojo, pero vuelvo a centrar la atención en el cesto.

—He tenido poco público. Además, yo no gruño…

—Sí que lo haces, sí… Pero quizás, lo que te falta no es a quién gruñir, sino con quién no hacerlo.

Vuelvo a mirarla por encima del borde del canasto.

—Estás muy filosófica últimamente.

—Será la edad —dice, encogiéndose de hombros—. O que te he visto más vivo en estos cinco días que en los últimos cinco meses.

—Ya estamos… No empieces otra vez con tus conjeturas, tita.

—Solo digo lo que se notaba —se sienta a mi lado—. Y lo que también se notaba en ella.

—A mí no se me notaba nada —contesto, sin poder evitar rechinar los dientes.

—Por favor —Rosa resopla—. Yo creo que hasta Pepa se puso celosa. Por eso iba a su cuarto a molestarla.

Me río a medias.

—Desde luego, a imaginación poca gente te gana. No ha pasado nada.

—No es imaginación, sino sabiduría. De algo tiene que servir ser tan vieja.

—No exageres con el tema de la edad

—Bien, pues si te gusta más, lo cambiaré por *una persona de edad avanzada*. Otra cosa es que me mantenga muy bien. Si no fuera por el trabajo de la granja, seguramente a mis años estaría más achacosa. Pero esto me da vida. Me mantiene con energía. Y más lúcida de lo que a ti te gustaría —me dice, moviendo el dedo índice arriba y abajo delante de mis narices.

Resoplo y dejo un momento mi labor.

—Venga, suelta ya lo que estás rumiando y acabemos con esto. ¿Qué quieres de mí, tía?

—Nada. Solo saber qué vas a hacer con Carmen.

—¿Con Carmen? Nada. Se ha ido y en un par de semanas vendrá otro profesor o profesora interesado en nuestras actividades para su colegio.

—Pero ella te gusta… y no te atrevas a negármelo, jovencito, que no te he parido, pero te conozco mejor que si lo hubiera hecho. Y creo que tú también le gustabas a ella… a pesar de tus refunfuños. Así que, te pregunto de nuevo: ¿qué piensas hacer con eso?

Suelto el cesto a mis pies, apoyo los codos sobre mis rodillas y la miro directamente con gesto serio.

—Ya te lo he dicho: nada. Ella vive en Chiclana. Tiene su vida. Su colegio. Su rutina. Y yo tengo esto.

—Que yo sepa, Chiclana no es Marte, Marcos. Está a media hora. Ni siquiera tienes que repostar para ir.

—No es la distancia.

—¿Entonces?

Dudo.

No quiero decirlo.

No quiero ponerle nombre a algo que aún me duele.

Pero Rosa no se merece que le mienta.

—¿Te acuerdas de Lucía? —le pregunto de repente.

—¿Lucía? —parpadea. Parece meditar la respuesta. Al fin y al cabo, son muchos los visitantes que han pasado por aquí desde que nuestro cortijo pasó a convertirse en granja escuela hace ya tres años—. ¿La profesora de gimnasia que vino con el colegio de Rota el año pasado?

Asiento.

—También era de ciudad, de Granada, para ser exactos, aunque ese año le habían dado plaza en el colegio de Rota que mencionas. También parecía que… que me veía de verdad, tú me entiendes. Estuvimos hablando, salimos varias veces después de su visita y todo parecía que iba bien, cada vez mejor. Así que yo, como un idiota, me ilusioné, porque hacía mucho tiempo que no me había sentido tan cómodo con una mujer.

Rosa guarda silencio. Sé con certeza que ella no tiene idea de lo que le estoy contando. Esos días en los que me ausentaba, no daba explicaciones de adónde iba, porque lo hacía cuando no tenía obligaciones que atender.

—Y un día, cuando le propuse avanzar más en nuestra relación, me dijo que lo había pasado bien, que le parecía un hombre *auténtico*, pero que no se veía conmigo. Que no encajábamos. Y que, por favor, si alguna vez volvía con su colegio, que no la dejara en evidencia delante de los niños. Me hizo sentir como si no fuera más que un entretenimiento fugaz, un trapo de usar y tirar.

—Vaya, no sabía nada.

—Sí. Vaya.

Silencio.

Solo se escucha el roce del viento con las ramas secas y el zumbido de una abeja testaruda.

—¿Y piensas que Carmen es como ella?

—No lo sé. Pero tampoco quiero averiguarlo. No quiero volver a ser el tipo pintoresco que sirve para un tiempo, pero que luego se queda aquí… con las manos vacías.

Rosa me da un codazo suave.

—Eres cabezón, pero no ciego. Y yo he visto cómo te miraba esa mujer. No te trató como un entretenimiento, como dices. Te miró como alguien que la desconcierta. Que la mueve.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no seas tonto y que te des una oportunidad. Que no repitas el error de cerrarte por una piedra en el camino.

—Es fácil decirlo desde fuera.

—Y es más difícil arrepentirse desde dentro —afirma con convicción, poniéndose en pie—. Solo piensa qué es lo que de verdad quieres. Y si lo que quieres está en Chiclana… no lo dejes escapar.

Cuando se va, me quedo un buen rato sin hacer nada.

No soy de los que mandan mensajes por impulso.

No soy de los que insisten.

Pero tampoco soy de los que se quedan con la duda.

Así que saco el móvil. El bueno, porque, aunque como le dije a Carmen, es cierto que tengo un Nokia con más años que un bosque —y que uso muy, muy ocasionalmente, por no decir casi nunca—, no estoy tan atrasado en tecnología como para no tener un smartphone que es con el que trabajo habitualmente y con el que llevo a cabo las gestiones con los centros que nos visitan. No es que sea una tarea que me entusiasme, pero forma parte de mis obligaciones como dueño y responsable de las instalaciones.

Abro la agenda de contactos y busco el número que ella facilitó cuando hizo la reserva en la granja. No sé si es el teléfono del colegio o el suyo personal, y por un momento dudo en sí es buena idea…

Lo abro.

Veo la foto de perfil, que me sorprende y me hace sonreír a partes iguales: es la maceta de albahaca que le he regalado.

Así que me decido a escribirle.

Hola, Carmen. Soy Marcos. Solo quería agradecerte tu visita a la granja. Rosa te envía saludos y dice que te echa de menos. Bueno, Pepa también te extraña. La encontré olisqueando tu colcha esta mañana.

Lo borro.

Demasiado informal.

Así que lo reescribo.

Hola, Carmen. Soy Marcos. Estuve pensando que, si en algún momento estás interesada en otras actividades para tus alumnos distintas a las que ya viste, podríamos estudiar otras opciones. Rosa y yo tenemos ideas que no llegamos a comentar contigo.

Lo leo.

Lo releo. Me parece que tiene el tono adecuado.

Así que lo envío.

Y luego… dejo el móvil boca abajo, como si me quemara en las manos.

Quizás no conteste.

Quizás sí.

Pero al menos he dejado una puerta entreabierta.

Y si ella quiere… que la empuje.



Capítulo 8

Mensaje inesperado



CARMEN

Cuando suena el timbre del recreo, tengo la sensación de que llevo tres semanas trabajando sin parar. Aunque en realidad solo ha pasado una desde que volví de la granja.

Pero, ¡qué semana, madre mía!

Los niños están como si les hubieran dado Red Bull con galletas. Yo tengo los tobillos hinchados, la voz algo rota de repetir «guardad el material», y una montaña de cuadernos por corregir que amenaza con aplastarme en cualquier momento.

Y, sin embargo, cada vez que tengo un segundo de calma, me descubro pensando en Marcos.

No en la granja. No en Rosa, ni en los niños, ni mucho menos, en Pepa.

En él.

En cómo me miró la última vez. En la planta de albahaca que me dio. En su forma de hablar con pocas palabras, pero que se me han quedado colgando en el pecho como si fueran las únicas que alguien me ha dicho con verdadera intención en mucho tiempo.

No le he escrito, pero claro, si no tiene móvil —aparte de su adorado Nokia—, tampoco tiene caso. Además, ¿qué le voy a decir? ¿Qué lo echo de menos? Que absurdo. No tengo excusa para

ponerme en contacto con él… pero bueno, ya se me ocurrirá algo, si me decido a dar el paso.

Estoy en plena guardia de patio, bajo el sol de noviembre, vigilando a dos grupos de niños discutiendo porque uno dice que el gol que acaba de marcar estaba en fuera de juego y el otro que no. Pero ni loca me meto ahí en medio, salvo que la situación se salga de madre.

De repente, noto cómo el móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón.

Lo saco.

Es un mensaje de un número que no tengo guardado. Lo primero que pienso es que debe tratarse de publicidad, pero lo normal es que las llamadas de *spam* sean telefónicas, no mediante mensaje. Así que cambio de opinión y pulso sobre el aviso para abrirlo.

Casi me da un telele cuando leo la primera frase.

«Hola, Carmen. Soy Marcos. Estuve pensando que, si en algún momento estás interesada en otras actividades para tus alumnos distintas a las que ya viste, podríamos estudiar otras opciones. Rosa y yo tenemos ideas que no llegamos a comentar contigo.»

Parpadeo. ¿Acaso *alguien* me ha leído el pensamiento? Leo. Vuelvo a leer. Y, sin darme cuenta, sonrío.

Porque, sí, es formal. Es neutro. Es funcional.

Pero es de él.

Y me ha escrito.

A mí.

El timbre suena en el patio, sobresaltándome. El recreo ha terminado, así que me guardo el móvil donde estaba y me repito: *Responde luego. No seas ridícula. Piensa con calma. Sé una mujer adulta y equilibrada.*

Sin embargo, no lo hago.

Apenas tengo un instante antes de entrar en la siguiente clase, aun así, me encierro en el baño como una adolescente y saco otra vez el móvil del bolsillo. Me releo el mensaje por tercera vez,

como si ocultara un código secreto. Y, de alguna manera, siento que lo tiene.

Porque no dice: Te echo de menos. ¿Quieres quedar?

«Más te gustaría a ti, so tonta», me susurra mi Pepito Grillo particular.

Pero bueno, quiero pensar que lo insinúa muuuuy sutilmente.

Ahora, mi dura es: ¿qué respondo?

Miro mi reflejo en el espejo. Tengo la coleta torcida, una mancha de tinta azul en el brazo y algo que sospechosamente parece chicle reseco en la manga de mi camisa (¿cómo demonios habrá acabado ahí?). No estoy en condiciones de enfrentarme al mundo, y mucho menos a Marcos.

Escribo algo. Lo borro. Escribo otra cosa. También lo borro.

Finalmente, me obligo a contestar con lo justo.

Hola, Marcos. Gracias por escribirme. Aunque me parecieron muy interesantes todas las actividades que desarrollasteis mientras estuve allí, claro que me encantaría ver esas otras opciones. Esta semana estoy a tope, pero la que viene puedo sentarme a repasar ideas. ¿Te parece? Hablamos y ya vemos cómo quedamos.

Lo envío antes de arrepentirme.

Y me quedo mirando la pantalla, como si fuera a contestar al instante.

Obviamente, no lo hace.

Tras terminar las clases, me dirijo a Cádiz donde he quedado a almorzar con mis amigas. No nos hemos visto desde que regresé de la granja, así que hemos organizado esta quedada para estar juntas, aprovechando que Joe no tiene reunión esta tarde y Mara está libre, a punto de irse de vacaciones. La única que tiene el tiempo justo para comer es Mariluz, que sigue con su curso de escritura y tiene la tarde comprometida. Por eso hemos quedado allí, para que ella no tenga que ir con prisas.

Estamos dando cuenta de nuestros platos cuando de pronto Joe se inclina sobre la mesa para mirarme directamente

—¿Qué te pasa, Carmela? Llevas casi toda la comida sin decir ni pío, y teniendo en cuenta que acabas de llegar de tus *vacaciones¸*

me extraña que andes tan callada.

Resoplo y voy pasando la mirada por cada una de mis amigas.

—Marcos me ha escrito.

Tres tenedores se congelan en el aire.

Mara se atraganta con la ensalada.

—¿Marcos, el cactus rural?

Mariluz entra a corregirla

—No es un cactus. Habíamos acordado que era *el granjero sexy*, ¿o no te acuerdas?

—No es sexy —digo, intentando sonar convincente—. Es serio. Es... diferente.

—Traducción: sí que es sexy —se reafirma Mariluz—. Y bueno, ¿qué te ha dicho?

—Que, si quiero ver más actividades para mis alumnos, podemos acordar vernos. Rosa y él tienen ideas que no me comentaron.

Joe arquea una ceja.

—¿Y tú te lo crees?

—No lo sé. Pero me ha escrito y eso me ha sorprendido mucho. Ni siquiera sabía que tenía teléfono con el que poder mandar mensajes.

—Ni que viviera en la prehistoria, hija… —comenta Mara.

—A ver, que fue él quien me dijo que no necesitaba un smartphone…

—Bueno, eso da igual ahora. ¿Y le has contestado? —insiste Mariluz.

—Sí. Le he dicho que esta semana estoy ocupada, pero la que viene podría mirar opciones.

Todas me miran como si acabara de cometer un pecado.

—¿No te parece demasiado profesional? —dice Joe, rodando los ojos—. Joder, es una respuesta tan fría que me ha dado hasta repelús.

—¿Qué querías que le contestara? —me defiendo—. Tampoco es que me haya dicho que se muere por mis huesos, así que no era plan de parecer demasiado interesada.

—Cielo —dice Mariluz con dulzura—, ya es tarde para eso.

Me echo a reír. Porque tienen razón.

Estoy interesada. Y cada vez más.

—Entonces, ¿he sonado demasiado formal? —No sé si eso debería preocuparme.

—A ver, no es que él haya sido un dechado de expresividad —me tranquiliza Joe.

—En cualquier caso, ya está hecho. A ver por dónde respira el asunto y ya nos vas contando en cuanto te conteste. Porque no dudes ni por un momento de que lo hará. Y si me equivoco, dejo de llamarme Mariluz Romero.

Por la noche, ya en casa, mientras reviso tareas y escucho el leve zumbido del lavavajillas, no puedo evitar abrir la conversación otra vez.

No hay respuesta aún.

No esperaba una contestación inmediata, pero eso no impide que mire la pantalla como si el texto fuera a actualizarse mágicamente si parpadeo lo suficiente.

Y, mientras lo miro, me doy cuenta de que no es solo el mensaje lo que me emociona.

Es la posibilidad de volver a verlo.

De hablar con él, no sé si en persona o por mensajes (porque no hemos acordado como lo haríamos). Pero, en cualquier caso, será sin cabras, sin niños y sin barro de por medio.

Necesito averiguar si todo eso que sentí en la granja fue solo imaginaciones mías, y si él también lo ha sentido igual que yo. Aunque si ese es el caso, bien sabe Dios que es un máquina disimulándolo.

Apago la pantalla y vuelvo a dejar el móvil en la mesita.

Justo antes de cerrar los ojos, sonrío. Porque, aunque no sé lo que va a pasar, una parte de mí ya ha empezado a tener la esperanza de que ocurra algo.

Por la mañana me paso las horas convencida de que he cometido un error.

No porque haya contestado a Marcos, sino porque no puedo dejar de pensar en que quizás él solo quería lo que le he dado: una respuesta profesional, funcional y de cortesía. Y yo, mientras tanto estoy aquí, como una tonta, esperando que el mensaje lleve implícito un «*me gustaría verte*» camuflado entre líneas.

Pero lo llevo bien. Más o menos.

Hasta que me meto en clase y escribo la fecha en la pizarra... con rotulador permanente.

—¡Profe! —me grita Olivia desde la segunda fila—. Ese no es el del borrador.

—¿Eh?

Me giro. La punta del rotulador sigue en mi mano, gloriosa, negra, indeleble.

—¡Ay, no...! Santa Ana Bendita, ¿dónde tengo la cabeza? —susurro.

Agarro el borrador y froto con energía. El número ocho que indica el día no se va. El once correspondiente al mes que lo acompaña, tampoco.

Y, como era de esperar, los niños se carcajean sin ningún tipo de disimulo.

—¡La seño se ha confundido!

—¡Escribe con el *rotu* malo!

—¡Ahora se queda para siempre!

Una parte de mí quiere disolverme en el suelo. Otra, ríe. ¡Qué remedio!

Porque sí. Estoy distraída.

Y ya ni siquiera puedo echarle la culpa al sueño, o a los niños, o a la sobrecarga de trabajo.

Estoy distraída por un hombre que huele a tierra y habla poco.

Y que aún no ha contestado.

Llega la hora del recreo. Me meto en la sala de profesores a por un café y justo cuando me llevo la taza a los labios, el móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco con la idea de que será otra notificación del grupo de padres de WhatsApp (tema votaciones para el desayuno saludable, versión 12.0), pero no.

Es él.

MARCOS: *Perfecto. La semana que viene entonces. Tengo que ir a Cádiz a llevar unos papeles a la gestoría y a comprar un material que necesito. Si te viene bien, de regreso me paso por Chiclana para vernos cuando salgas de clase y tomamos algo mientras conversamos.*

Leo. Releo. Vuelvo a leer.

Intento mantener la compostura, pero me noto la sonrisita idiota deslizándose por la comisura.

¿Ha dicho «*tomar algo*»?

¿Eso cuenta como propuesta casual? ¿O es solo una forma natural de no quedar en la granja, entre gallinas y estiércol?

Me siento en una esquina del sofá, alejada del resto de los profes que rondan por la sala como tiburones con ojeras. Necesito pensar. Elegir las palabras. Parecer relajada y encantadora, sin sonar demasiado encantada ni demasiado relajada.

CARMEN: *Avísame del día que tengas previsto ir a hacer tus gestiones y te confirmo. No vaya a ser que me pongan alguna tutoría y no pueda. Pero en principio, por mi parte, no habría problema en absoluto.*

Lo repaso cinco veces antes de enviarlo.

Cierro los ojos y le doy al botón que confirma la salida.

Y entonces me entra el ataque de nervios, claro.

Porque ahora sí: eso parece una cita, aunque tenga un trasfondo profesional.

¿Y si, en efecto, sólo es eso? ¿Y si acabo sentada con un refresco entre las manos mientras él me explica los beneficios pedagógicos del compostaje?

Me estoy pasando.

Pero ya es tarde para borrarlo.

Y entonces recibo otra notificación.

MARCOS: *¿El martes?*

Sin emojis. Sin adornos. Tan seco como lo es él.

CARMEN: *Perfecto. El martes entonces. Te mando ubicación del colegio y nos vemos a las 14:00 h, que es cuando salgo.*

MARCOS: *Gracias. Si hay algún cambio, nos hablamos. Adiós.*

Por la noche, me preparo una cena ligera y dejo el portátil encendido, con la carpeta del curso abierta, sin tocar.

En realidad, no puedo concentrarme.

Estoy pendiente del móvil, aunque no espero que me escriba nada más.

Me hace ilusión haber dado este paso, pero de momento, no se lo voy a contar a las chicas para que no me pongan más nerviosa de lo que estoy. Todavía quedan varios días hasta el martes y no tengo ganas de que me pongan la cabeza como un bombo, por más que sepa que su intención es la mejor.

Porque esto que me ocurre, para alguien como yo, que lo planea todo, que lo mide todo… es una revolución.

Una muy dulce.

Una que empieza con un mensaje que, si fuera una nota escrita a mano, guardaría entre las páginas de mi agenda como se guardan las cosas que no se quieren olvidar.

Por la noche, arrebujada en la comodidad de mi cama, empiezo a imaginar.

No a soñar —eso se lo dejo a Mariluz que es especialista en novelas románticas—, sino a imaginar de verdad:

Imagino a Marcos caminando por Cádiz, o por Chiclana, vestido de forma menos rural, tal vez con una camisa de algodón sin manchas de tierra y con un pantalón de pinzas. Me pregunto si se sentirá incómodo en la ciudad, si se moverá entre el bullicio con ese andar suyo que mezcla seguridad con desgana.

Imagino sentarme frente a él en una terraza, con una bebida entre las manos y un plato de cualquier cosa de picoteo sobre la mesa, sin Pepa y sin gallinas a nuestro alrededor.

Solo él y yo.

Y eso me asusta un poco.

Porque ahí, sin el decorado de la granja, sin la excusa del entorno, no hay nada que amortigüe la tensión. Me aterra descubrir que todo eso que me removía cuando estaba cerca de él no era más que fruto del contraste.

¿Y si no hay chispa fuera de la granja?

¿Y si me doy cuenta de que lo que me atrajo de él fue solo un escenario, y no la persona?

Pero entonces recuerdo su voz.

La forma de hablar de su padre.

De la tierra.

De su decisión de quedarse cuando todos se iban.

De cultivar con paciencia.

Y pienso: *eso no tiene nada que ver con el paisaje*.

El domingo por la tarde, me armo de valor y decido escribirle. Llevo días sin noticias suyas y no aguanto esta espera tensa (al menos, para mí).

CARMEN: *¿Se mantiene en pie lo del martes? Si no te viene bien venir hasta Chiclana, puedo acercarme yo a Cádiz, aunque tardaré un rato en llegar.*

No espero respuesta inmediata. Sé que Marcos no es de los que contestan rápido. Lo suyo es aparecer cuando tiene algo que decir. Así que dejo el móvil a un lado y me dedico a planchar una montaña de ropa que me grita desde el sofá desde hace dos semanas.

Pero justo cuando empiezo con la primera camiseta, suena.

MARCOS: *Por mi parte, sí. Te espero donde tú digas.*

Y entonces me pasa algo que no esperaba.

Me entra la risa. Desde luego, más parco en palabras no puede ser. Pero así es él, y aunque sea una tontería, me resulta gracioso.

Acordamos mantener la *cita* tal y como habíamos acordado en un principio y cuando terminamos la conversación, me pongo a pensar en qué ropa debo llevar (seguramente influenciada por la pila de prendas que tengo delante de mí).

Y, en ese instante, también me da por pensar en cómo debo saludarlo o en cómo dirigirme a él.

«Joder, ya surgirá lo que sea, así que no te comas la cabeza. Además, se supone que él viene a hablar de trabajo, de las actividades de los niños, por lo tanto, deja de fantasear con que te va a decir que le gustaría meterte en su cama».

Me da un escalofrío de tan solo pensarlo. Pero en el buen sentido, por supuesto, no en el malo.

No debería imaginar esas cosas. La mente es muy traicionera y puede jugar malas pasadas…

A ver cómo diantres me saco ahora esta imagen de mis pensamientos.

Así que, con una frustración de dos pares de narices, me vuelco en la plancha que seguro me dará menos quebraderos de cabeza que el dichoso cactus rural.



Capítulo 9

No es una cita



MARCOS

Salgo de la granja y me digo a mí mismo que esto no es una cita.

Intento convencerme de que solo voy a Cádiz a resolver unos asuntos que tengo pendientes con el seguro agrícola, a pasar por la tienda de suministros y, si acabo a buena hora, a tomar algo con Carmen para hablar de actividades escolares.

Eso es t-o-d-o.

O al menos es lo que me repito como un mantra mientras cargo la furgoneta con dos sacos de pienso para dejar en el almacén antes de salir. De lo que intento convencerme mientras Rosa me observa desde el porche con esa sonrisa suya que no dice nada y lo expresa todo.

—Muy elegante te has puesto tú para ir a lo del seguro —comenta.

—Solo me he puesto unos vaqueros limpios. ¿No pensarás que iba a ir con los manchados de tierra, no?

—Y tú mismo te has planchado la camisa. Por voluntad propia y sin que yo te haya tenido que decir nada.

No respondo. Me ajusto la manga y bajo la mirada.

—Vas a verla, ¿verdad?

—Voy a hacer gestiones. Y luego, si encaja, pasaré por su colegio, donde hemos quedado para hablar cuando salga.

Rosa asiente, como si aceptara mi versión por pura cortesía.

—Pues ten cuidado, que Chiclana tiene muchos rincones donde uno puede perderse.

Elevo los ojos al cielo un instante, antes de clavarlos en ella.

—¿Debo suponer que eso es una metáfora de las tuyas, tita?

—Eso es una advertencia… O un consejo. Tómalo como tú prefieras.

Nos quedamos en silencio.

Y entonces, sin venir a cuento, aparece su nombre en mi cabeza con letras de neón.

Lucía.

La profesora de gimnasia.

La que venía con risas, energía, perfume caro y una seguridad que te envolvía antes de darte cuenta.

Al igual que Carmen, al principio solo estuvo tres días en la granja.

Los suficientes como para confundirme.

Hablamos. Reímos. Me hizo creer que me veía tal y como soy. Que le gustaba mi vida, mi forma de estar en el mundo. Me pidió mi número. Me escribió después. Y yo, ingenuo, bajé la guardia.

Quedamos varias veces, en Cádiz, en Rota, en El Puerto... Cafés, paseos, cenas en su casa y muchas noches que se alargaban hasta el amanecer. No hay que ser muy listos para imaginar qué ocurría durante aquellos encuentros.

Sin embargo, cuando le propuse vernos en la granja, donde la invité a que pasara un fin de semana o el tiempo que quisiera, ahí cambió todo.

Me dijo que le gustaba la idea de escaparse, no de quedarse.

Que yo le parecía interesante… pero solo «para unos días».

Y que, por favor, si volvía con su colegio, mantuviéramos todo eso como una «experiencia privada».

Como si fuera algo que debía esconderse.

Desde entonces, cada vez que aparece una mujer que vive en ciudad y sonríe bonito, me encojo por dentro. Me pongo el caparazón y me digo que no es para mí.

Y con Carmen, al principio, fue lo mismo.

Solo que luego… la cosa cambió.

Porque Carmen no prometía nada. No vendía encanto ni pedía atención. Solo estaba, observaba, escuchaba. Se reía poco, pero cuando lo hacía, te dejaba sin aire.

Y ahora voy a verla.

No sé si es buena idea.

Pero voy.

El trayecto en coche me resulta más largo de lo habitual.

Quizá porque sé a dónde me dirijo.

Quizá porque cada kilómetro que me aleja del campo me acerca a una situación que no puedo controlar y que me hace sentir incómodo.

Cádiz está viva. Como siempre. Con sus callejones estrechos, sus fachadas que se descascarillan con dignidad, su mezcla de historia, sal y ruido.

Encuentro aparcamiento cerca del centro, algo casi milagroso. Bajo y me miro en el reflejo de una cristalera.

Camisa azul claro, vaqueros sin barro, zapatillas de vestir limpias. Nada formal. Nada que me haga destacar especialmente, ni que evidencie que me encuentro fuera de lugar.

Pero sí me noto diferente.

Llevo encima algo que no tiene que ver con la ropa: es el peso de una expectativa que no quiero reconocer.

Y el miedo, forma parte de mi carga.

Miedo a que no haya chispa. A que haya distancia. A que todo lo que sentí en la granja fuera un espejismo que no soporta el cemento y los semáforos.

Paso por la oficina del gestor que lleva mis asuntos y firmo los papeles del seguro que se encuentran ya preparados. Por suerte, el trámite no se demora mucho, ya que tengo otros temas que atender. Al salir, me acerco a una ferretería a encargar unas piezas que necesito para el taller de carpintería.

Todo eso me mantiene ocupado y con la cabeza distraída.

Pero en cuanto se acerca la hora… sin darme cuenta, empiezo a mirar el reloj con insistencia.

No lo hago de forma evidente, sin embargo, sí que me detengo en los escaparates más tiempo del necesario. Además, releo mentalmente lo que le dije por mensaje: *Te espero donde tú digas.*

Ella me sugirió que en el colegio.

A la salida. A las dos de la tarde.

Y ya es la una y aún tengo que trasladarme a Chiclana, así que sin perder ni un minuto, voy en busca del coche. Una vez en él, me dirijo hacia mi nuevo destino.

Siguiendo las indicaciones del navegador, me resulta fácil llegar en apenas media hora. Consigo aparcar en una calle aledaña a la escuela y me acerco a la zona con calma. Me apoyo en una esquina desde la que se ve el portón del centro, pero sin quedar demasiado expuesto. No quiero parecer un espía. Ni un adolescente esperando a su ligue de bachillerato.

Y sin embargo… soy un poco de ambos.

Porque en cuanto la vea salir, sabré si he hecho bien en venir.

O si me he equivocado otra vez.

A las dos en punto, suena el timbre que anuncia el final de las clases por hoy.

Una bandada de niños sale disparada por la verja como si acabaran de liberar a palomas mensajeras. Los gritos, las mochilas tambaleantes, los saludos a voces a madres y abuelos llenan la calle de ese caos que solo puede considerarse armonía cuando uno trabaja con críos a diario.

Entre ese desorden… la veo.

Carmen.

Camina con paso rápido y seguro, con una mochila rosa sobre un hombro y un fajo de papeles bajo el brazo. Lleva una coleta baja, algo más deshecha que la que llevaba el día que llegó a la granja. Vaqueros, una camiseta de rayas azul y blanca, y una chaqueta fina de entretiempo.

Nada especial ni fuera de lo común.

Y sin embargo… Me deja sin aire.

No por lo que lleva puesto. Sino porque hay algo en su expresión que me resulta casi familiar, como si me diera cuenta

ahora de que la he echado de menos más de lo que me he permitido admitir.

Camina en mi dirección, aunque parece que aún no se ha percatado de mi presencia. Se detiene un segundo para saludar a una compañera que le dice algo y ambas se ríen. Luego levanta la vista, y es entonces cuando me ve.

Se frena, como si no esperara encontrarme tan cerca.

Yo tampoco me muevo.

Me limito a observarla en su terreno, en su ambiente. Rodeada de su mundo.

Y me sonríe, haciendo que un calorcillo desconocido se encienda en mi interior.

Camina los últimos metros hasta mí. Yo meto las manos en los bolsillos para no hacer el idiota y decirle algo que estropee el momento.

—Hola —me saluda.

—Hola —me limito a contestar, sin hacer amago de saludarla de otra manera más informal. ¿Un par de besos, quizás? No, no soy de esos…

—¿Llevas mucho esperando?

—No. Acabo de llegar. No te preocupes.

—¿Vamos entonces? Aquí en el barrio hay un par de sitios donde se come bastante bien, si te apetece.

Asiento y la sigo, dejándome guiar por ella.

Caminamos sin hablar durante los primeros minutos, pero hay algo en ese silencio que me gusta. Ella no parece incómoda, y yo, tampoco.

—¿Siempre sales con tantos papeles encima? —pregunto al fin, señalando el fajo que lleva abrazado contra el pecho.

—Es mi versión particular del escudo de un caballero medieval. En vez de lanza, llevo listas de lectura y fichas de matemáticas.

—Impresionante —respondo siguiendo la ironía—. ¿También puedes defenderte con una grapadora?

—No me subestimes. He llegado a sobrevivir a cinco reuniones con padres de alumnos seguidas sin chillar, y lo que es

más difícil, sin acabar tirándoles de los pelos, aunque hay más de uno que un buen jalón no le vendría mal.

—Sin duda, eso merece respeto.

La miro de reojo y la observo mientras se ríe. Se le marca un hoyuelo en la mejilla izquierda que no recuerdo haber visto antes. Quizá porque en la granja la luz era distinta. O quizá porque allí no sonreía de una manera tan natural como ahora.

Cuando llegamos al bar, ella se sienta frente a mí, se acomoda la mochila en el respaldo y suspira.

—Creía que al salir de clase iba a estar agotada. Pero ahora mismo me siento... estupendamente.

—Imagino que por verte libre de niños… —aventuro.

—No, más bien por verte a ti y estar aquí contigo…

Asiento, sorprendido por su respuesta. La camarera se acerca en ese momento y pedimos nuestras consumiciones: dos bebidas y un par de platos del menú del día que hemos decidido compartir.

Cuando se va, Carmen me mira. Hay una luz en su mirada que me hace bajar la guardia.

—He de decirte que me sorprendió mucho tu mensaje del otro día. Supongo que te habrá costado...

La afirmación me descoloca porque no entiendo muy bien a qué se refiere.

—¿Cómo?

—Me refiero a salir de tu granja y venir hasta aquí. Y más para quedar conmigo…

La miro y me agrada que ella no esquive mi mirada.

—Un poco —admito—. No suelo hacer esto. Me refiero a reunirme fuera de mi lugar de trabajo con una profesora que ha visitado previamente la granja —lo cual no es del todo cierto, porque con Lucía sí lo hice; aunque es un pensamiento que me empeño en descartar para disfrutar del momento—. Nuestra intención es que, cuando nuestros posibles futuros clientes se van, lo hagan con una idea clara de nuestros servicios.

—Bueno, se supone que vamos a hablar de las actividades que no me habías mostrado mientras estuve allí, ¿o no?

La miro con tal intensidad que ella me dirige una sonrisa que intuyo nerviosa. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que mi intención era solo verla, y que lo de las actividades no era más que una simple y burda excusa?

—¿No te has parado a pensar que esa información te la podría haber enviado por correo electrónico? —le pregunto, exponiendo mis intenciones más de lo que había previsto en un primer momento.

Silencio.

Entonces me doy cuenta de que estamos a punto de hablar de todo eso que ninguno se ha atrevido a decir. De lo que pasó. O de lo que yo quiero creer que está pasando.

Y no sé por dónde empezar.

Justo cuando estoy a punto de decir algo, la camarera llega con la comanda, interrumpiéndonos. Nos sonríe, coloca el contenido de la bandeja sobre la mesa, y desaparece.

Y nosotros, por primera vez, estamos solos frente a frente. Sin cabras. Sin niños. Sin excusas.

Nos miramos.

Y ahí, justo ahí…

Sé que todo está a punto de cambiar.



Capítulo 10

Conexión



CARMEN

Hay un momento, justo antes de que alguien diga algo importante, en el que todo se queda en pausa.

Eso es lo que siento mientras nos sirven la comida y los dos nos quedamos callados, mirando los platos como si fueran más interesantes de lo que en realidad son. El estómago me ruge, sí, pero hay otra cosa que hace más ruido todavía: este silencio cargado de tensión que se ha instalado entre nosotros.

Es como si ambos supiéramos que hay algo esperando a salir. Algo que no hemos querido decir hasta ahora, pero que flota en el aire entre las servilletas y los cubiertos.

Cojo el tenedor, pincho un trozo de tortilla y me lo llevo a la boca. Él hace lo mismo. Masticamos. Trago. Sonrío.

—Está buena —comento, solo por decir algo.

—Sí.

Lo miro. Él no baja la vista. Me sostiene la mirada como si pudiera ver lo que estoy pensando. Y eso, francamente, me descoloca.

—Sea como fuere, te agradezco que te hayas animado a venir —añado, porque es lo primero que se me ocurre decir que no suene estúpido.

—No es nada… —responde, tan parco en palabras como suele ser habitual en él, aunque percibo su voz un poco más grave, un poco más cercana. Me da la sensación de que está haciendo un esfuerzo por estar aquí. Y, por alguna razón que no quiero analizar, eso me enternece.

—¿Has podido hacer tus gestiones?

—Sí. Todo en orden. Aproveché para recoger unas piezas que necesitaba para uno de los talleres que ofrecemos.

—Qué bueno…

Hace una pausa.

—Tenía ganas de verte —me suelta así, de repente, sin anestesia ni nada.

Parpadeo.

Mi primer impulso es hacerme la sorprendida. Decir algo gracioso. Disfrazar la emoción con una broma.

Pero no lo hago, porque la verdad es que yo tenía unas ganas locas de verlo a él.

—Yo también —respondo, y de pronto mis mejillas arden como si estuviera en pleno mes de agosto. ¡A mis años! ¿Cuándo he vuelto a la adolescencia, por Dios?

Marcos asiente despacio, como si se diera permiso para creerme. Como si no estuviera acostumbrado a que le digan ese tipo de cosas sin dobles intenciones.

—No sé si me creerás —prosigo—, pero en cierta medida echo de menos la tranquilidad de la granja. La sensación de que todo discurre allí a un ritmo más lento. Volver a la rutina y enfrentarse a veinticinco fieras gritando es…

—¿Agotador?

Me río.

—Ni te lo imaginas. A ver, no me malinterpretes. Me encanta mi trabajo, estar con los niños y eso, pero un poco de paz de vez en cuando sienta bien a cualquiera.

—¿Aunque esa paz suponga tener que lidiar con cabras que se comen los pijamas ajenos? —me dice con humor, pero también mostrando una comprensión absoluta a lo que intento transmitirle.

—Sí, a pesar de mi *querida* Pepa. Así que entiendo que te cueste salir de allí.

Él sonríe, pero no del todo.

—Bueno, siempre hay excepciones. Sobre todo, si el motivo merece la pena.

—¿Como venir a verme? —pregunto con humor, tratando de sonar a chascarrillo.

—En efecto: venir a verte es motivo suficiente para querer salir de la granja… aunque sea por unas horas. —Su respuesta, en cambio, es seria, cargada de verdad. De una verdad que provoca aleteos en la boca de mi estómago.

Me muerdo el labio para no sonreír como una adolescente. Porque es justo así como me siento en estos instantes.

Bebo un poco de mi refresco. Necesito bajar el calor que empieza a subirme por el cuello.

—Y eso que pensé que yo no te había caído bien —añado, en tono de broma—. Al principio me mirabas como si fuera a pisar una lechuga o a desmayarme por el olor del establo.

Mi comentario le hace gracia y provoca en él una risa auténtica, que le ilumina los ojos y le suaviza las líneas del rostro.

—Porque pensaba que ibas a durar poco. Y porque llevabas unas zapatillas que claramente no estaban hechas para sobrevivir al campo.

—Me las compré antes de ir allí. La chica de la tienda me dijo que eran de «*estilo rural chic*» y pensé que serían apropiadas.

—Chic, seguro. Lo de rural... tengo mis dudas.

Nos reímos. La tensión se va evaporando poco a poco. El ambiente se aligera, pero la electricidad sigue aquí, como una corriente subterránea que no ha dejado de fluir.

—Tengo que reconocer —continúa él— que me equivoqué contigo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pensé que solo eras otra profesora de ciudad que venía a tachar una casilla. Pero tengo la sensación de que eres… diferente. O al menos, me gusta pensar que lo eres.

Me quedo en silencio.

Porque sus palabras me tocan más de lo que esperaba. Porque no me lo dice como un cumplido fácil, sino como una verdad dicha con el peso justo.

—Tú también eres diferente —respondo—. Y no solo por lo del invernadero. Que conste que sigo pensando que tener un rincón secreto repleto de plantas es de lo más fascinante que he visto en mucho tiempo.

Él baja la vista un segundo y sonríe de lado.

—Digamos que me gusta construir cosas. Cuidarlas. Ver cómo crecen.

Lo dice tan serio que me dan ganas de abrazarlo.

Pero no lo hago.

—Supongo que algún provecho tenía que sacarles a mis estudios —añade, encogiéndose de hombros para restar importancia a su comentario.

Me limito a observarlo. Este hombre no es solo el tipo con las manos curtidas y las botas llenas de barro. Es mucho más.

Y entonces se me escapa.

—No creía que los tuvieras.

En cuanto lo digo, lo noto.

La tensión vuelve. No de forma brusca, pero sí como una sombra que se desliza entre los platos.

Él se queda muy quieto.

Demasiado.

—¿Y por qué no?

Trago saliva.

—No, no lo decía como algo malo —me apresuro a contestar —. Solo me ha sorprendido. Nada más.

—¿Porque soy granjero? ¿Acaso las personas que nos dedicamos al campo no tenemos derecho a formarnos? ¿Qué somos todos unos brutos?

—No, no… De verdad, es que como no lo habías mencionado antes, no pensé…

Me callo al darme cuenta de que cualquier cosa que diga va a sonar mal.

—Está bien —dice él, levantando la mano, pero sin dureza—. Ya me ha pasado antes. No es culpa tuya.

Sin embargo, yo sé que no es eso. Que hay algo más.

Aunque no me lo ha dicho, lo intuyo. Hay un no sé qué en su forma de cerrarse, en ese gesto de contención, que me habla de algo ocurrido en el pasado que le ha hecho daño. Una herida que no es mía, pero que aparece ahora, entre nosotros.

Me inclino un poco y, con suavidad, le toco la mano.

Él no se aparta.

—Lo que quise decir es que me impresionas. Y eso no tiene nada que ver con lo que hayas o no estudiado. Es por cómo miras las cosas. Por cómo hablas de lo que haces. Por cómo cuidas tu mundo.

Silencio.

Nuestros dedos se rozan.

Él alza la vista y me mira. Está tan cerca que noto su aliento sobre mi mejilla.

Mi corazón empieza a latir con celeridad, expectante ante su proximidad, esperando un movimiento, quizás de su parte, o quizás de la mía.

Y entonces ocurre.

Marcos se inclina, despacio, como si me diera tiempo a retirarme si así lo quiero.

Pero no digo nada. No me muevo ni un centímetro de donde estoy, dándole a entender que no quiero apartarme.

Sus labios tocan los míos con una delicadeza que no esperaba.

Y el mundo, por un momento, se detiene.

Su boca se posa sobre la mía como si no estuviera seguro de que esto sea una buena idea. Como si esperara que lo detuviera, algo que, por supuesto, no hago ni tengo intención de hacer.

Porque lo deseo. Porque lo he deseado desde que me ayudó con aquella cabra rebelde. Desde que me enseñó aquel invernadero escondido. Desde que me regaló aquella planta de albahaca que ocupa un lugar especial no solo en mi casa, sino también dentro de mí.

El beso es suave. No hay urgencia. Solo una caricia lenta, firme, que me recorre de pies a cabeza.

Cierro los ojos y lo acompaño del mismo modo, sintiendo cómo en mi pecho se llena un vacío que no sabía que estaba ahí. Una calidez que no tiene que ver con el sol, ni con el lugar, ni con el momento. Tiene que ver con él. Con Marcos. Con la forma en que me besa, como si cada segundo que pasa le diera más motivos para quedarse aquí, conmigo.

Cuando se separa, apenas unos milímetros, no digo nada. Tampoco él lo hace. Nos limitamos a mirarnos el uno al otro.

Y ahí está, claro como el agua, como una revelación divina: esta cita no era solo una comida. No era un informe de actividades. No era cortesía profesional.

Era un encuentro.

Una conexión.

Y un lío emocional de los buenos.

—Perdona —susurra él—. No debería…

—Sí deberías —lo interrumpo.

Y entonces sonríe, como si lo hubiera liberado de un gran peso. Como si, por primera vez en mucho tiempo, le hubieran dado permiso para sentir.

—Llevo días intentando no pensar en ti —confiesa.

—Pues qué casualidad… a mí me ha pasado lo mismo.

Nos reímos, medio nerviosos, medio felices.

Y en ese instante, el nudo que constreñía mi estomago se relaja dentro de mí. Siento una liberación que me lleva a bajar la guardia y me revela que podríamos encajar, aunque nos encontremos en un entorno que no es el suyo, sino el mío.

Gira la mano hasta colocar la suya sobre la mía y me aprieta los dedos lo suficiente para hacerme notar que está aquí, conmigo, para mí.

No dice nada, pero lo cierto es que tampoco lo necesito. Porque en ese gesto sencillo, íntimo, cálido, hay mucho más de lo que podría expresarse con palabras.

No sé si esto es un principio.

No sé si el campo y la ciudad pueden convivir en una historia real y no solo en una novela de sobremesa.

Lo que sí sé es que quiero averiguarlo.

Y que, al menos por hoy, no quiero dejar de mirarme en sus ojos.

—¿Pedimos postre? —pregunta él, como si no acabáramos de besarnos.

—Solo si viene con una segunda ronda de besos de cortesía.

—Podría organizar algo, sí —responde, sonriendo con esa mirada suya que mezcla picardía y ternura en proporciones peligrosas.

Y yo asiento.

Porque sé que lo estoy haciendo todo mal.

Y, sin embargo, me parece lo más correcto del mundo.



Capítulo 11

Desde la orilla



CARMEN

Nunca he sido de improvisar. Me gusta tener las cosas claras: la hora, el sitio, el orden del día, el contenido de las reuniones y, si puede ser, el número exacto de participantes. Soy así. Me tranquiliza.

Por eso me sorprendo a mí misma cuando, en vez de despedirme con un «ha sido un placer» —y de los buenos, a que negarlo—, le sugiero:

—No sé si es tarde para ti o si tienes otros planes, pero ¿te apetecería quedarte un rato más y que diéramos una vuelta?

Marcos me mira, ladeando la cabeza, con una ceja ligeramente arqueada. Está terminando su café, y no parece que esperara esa propuesta. Ni yo tampoco, sinceramente.

—¿Una vuelta por…?

—Hay un bar muy chulo en la playa de La Barrosa. Está cerca. Tiene vistas al mar, tumbonas, música tranquila. Podemos tomar algo. No sé, charlar un poco más.

Lo digo con una naturalidad que no me creo ni yo. ¿Desde cuándo invito a hombres a bares con vistas románticas los martes por la tarde?

Él deja la taza sobre el platito, me observa con esa mirada que lo analiza todo pero que no entiende de disimulos, y asiente.

—Vale.

Solo eso. Vale. Cero entusiasmo, pero también, cero reservas. Como si fuera lo más normal del mundo. Sin embargo, el brillo en sus ojos lo delata: no se lo esperaba, aunque tengo la impresión de que le apetece tanto como a mí.

La playa está tranquila. A esta hora, y más entre semana, apenas hay gente. El bar que tengo en mente está justo en un pequeño acantilado, con unas perfectas vistas al mar, con las olas rompiendo mansas sobre la arena. No hay más de diez personas, repartidas entre tumbonas, sillones blancos de mimbre y mesas bajas de madera desgastada por el salitre.

El camarero nos sonríe cuando pedimos un par de refrescos y nos deja elegir mesa. Marcos elige una en una esquina, donde se puede contemplar cómo el sol se refleja en el agua, cual espejo perfecto.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta mientras se acomoda.

—A veces. Cuando necesito desconectar. Este sitio me ayuda a pensar.

—Bonito lugar para hacerlo.

—Y para no hacerlo, también.

Se ríe con esa media sonrisa suya que me cautiva, como si le sorprendiera que yo diga algo que le hace gracia.

—¿Sabes que no me imaginaba que fueras a acceder a que nos viéramos hoy cuando te lo propuse en el mensaje? —comenta de pronto.

—¿Y eso? —pregunto extrañada.

—Porque pensé que la granja te había parecido… —cabecea a ambos lados un par de veces, como si tratara de buscar la palabra correcta— *demasiado*.

—Un poco sí… la verdad —admito, riéndome—. Pero te aseguro que tú lo fuiste más.

—¿Yo?

—A ver... Fuiste rudo. Gruñón. Como un cactus rural —afirmo, delatando la forma en que lo llaman mis amigas.

Se ríe, ahora sí, abiertamente.

—¿Un cactus rural? ¿En serio?

—Sí. De esos que pinchan si te acercas demasiado rápido, pero que si sabes cómo tratarlos… aguantan cualquier tormenta.

Se queda pensativo un instante, con la mirada fija en el horizonte, donde el cielo sigue pintándose de tonos suaves, y luego vuelve a mí.

—Hum, no sé si debo tonarme eso como un halago o como un insulto.

—Lo primero, sin duda. Créeme.

El camarero nos trae las bebidas. Tomo un sorbo largo y fresco, mientras noto cómo la brisa del mar me acaricia la piel. Estoy bien. Relajada. Consciente de que esta no es una cita formal, pero sí especial.

—¿Y tú? —pregunto, por llenar el silencio que se alarga—. ¿Vienes mucho a la ciudad?

—Lo justo. A hacer gestiones, comprar herramientas, ese tipo de cosas.

—Ajá. Y, ¿qué tal te sientes aquí?

—Como si llevara la camisa mal puesta —responde, sin pensarlo.

Me río.

—¿Incómodo?

—Más bien fuera de sitio. —Chasquea la lengua, claramente en busca de la manera de explicarse—. No es que odie la ciudad. Pero no es lo mío. A mí me van los ritmos lentos, las rutinas del campo. Saber cuándo va a llover solo con mirar cómo se mueven las ovejas.

—¿En serio? ¿Y alguna vez aciertas? Me cuesta creerlo.

Se encoge de hombros con naturalidad.

—Es cuestión de simple observación. Y también de experiencia.

—Más bien lo llamaría magia —insisto, divertida.

Me mira como si no entendiera por qué digo eso. Pero yo sí lo sé. No conozco a nadie que sepa hablar de cabras, compost y zanahorias con tanto respeto como lo hace él. En sus labios es como si fueran parte de una ópera.

—¿Te dedicas a la granja por tradición familiar? —pregunto, de pronto con curiosidad y verdadero interés.

—En parte. Aunque la decisión de continuar con la labor fue solo mía. Nadie me dijo nunca lo que tenía o debía hacer. Mi padre era ingeniero agrónomo, y yo seguí sus pasos.

Lo dice tan tranquilo, que tardo un par de segundos en procesarlo.

—¿Eres ingeniero? ¿Con carrera y todo?

Mierda, apenas termino de formular la pregunta cuando me doy cuenta de que he vuelto a meter la pata otra vez con lo mismo.

—Sí. ¿Acaso te sorprende? —Otra vez su tono se vuelve áspero.

Joder, me estoy luciendo hoy. Pero tampoco entiendo que se envare de esta manera cuando sale el asunto a relucir.

—No es eso. Bueno, sí, un poco —me apresuro a corregirme —. Quiero decir… ya sé que hace un rato me dijiste que tenías estudios y todo eso, pero te imaginaba como alguien que aprendió a manejarse sobre el terreno. Estando con tu padre, observando lo que hacía… no sé. Pero me impresionas, de verdad.

Él no sonríe esta vez.

—Entiendo. ¿Significa eso que si no tuviera una carrera universitaria te habría parecido menos válido?

—No. ¡Claro que no! Solo que… no me lo esperaba de ti.

—Claro. Al fin y al cabo, soy como un cactus, ¿no? —responde, sin rastro del humor del que hacía gala antes.

—Lo siento. No quise que sonara condescendiente.

Él desvía la mirada. El silencio que se instala entre nosotros es incómodo. Me doy cuenta de que lo he herido sin querer. De que le he tocado una fibra sensible que no conozco, pero que está muy a flor de piel.

Y eso me molesta. Porque mi intención no era herirlo y mucho menos, juzgarlo.

—Te lo dije antes y te lo repito ahora. No eres lo que imaginaba —susurro intentando arreglar la situación—. Eres mucho más. Perdona si te he ofendido —le digo, bajando un poco la voz

mientras jugueteo con la servilleta. Me atrevo a mirarlo a los ojos—. No fue mi intención sonar como si te estuviera subestimando.

Marcos no responde al instante, pero su expresión se suaviza. Se echa hacia atrás en la silla, cruza los brazos y asiente con la cabeza.

—No, discúlpame tú a mí si me he excedido en mi reacción —dice al fin—. Es solo que… no sé, es un tema que siempre consigue ponerme a la defensiva.

—Aunque no lo creas, te entiendo —respondo, esta vez con una sonrisa sincera. Marcos me mira sin comprender—. A veces también a mí me encasillan por ser profesora de primaria. «*Qué bonito, dibujitos, canciones, cuida niños*». Y no se imaginan la de responsabilidades que cargamos.

—No lo había visto desde ese punto de vista. Sin embargo, Rosa siempre dice que sois como malabaristas entusiastas con un ejército de pequeñas bombas de relojería.

Me río. Me encanta cómo Rosa siempre da en el clavo con sus originales metáforas.

—¿Sabes? —añado—. A veces yo también prejuzgo. No debería, pero lo hago. Cuando llegué a la granja… no pensé que llegaría a tener una conversación como esta contigo.

—¿Tan sorprendida te tiene que un tipo de pueblo sepa enlazar dos frases seguidas?

—¡Que no, hombre! —le contesto, levantando las manos, alarmada—. Es solo que eres diferente de lo que imaginaba. Pero para bien, ojo. No saques ideas equivocadas.

Marcos ladea la cabeza, como si intentara descifrar si le estoy diciendo algo bueno o si sigo metiendo la pata.

—De acuerdo. Entiendo entonces que no me ves como un cavernícola con sombrero de paja.

—Nunca he dicho que piense eso de ti.

Él se ríe, de esa forma seca y profunda que me gusta. Esa que apenas muestra dientes, pero que es auténtica. A continuación, guarda silencio, y tras dar un nuevo sorbo a su bebida, clava sus ojos en los míos antes de continuar hablando.

—Estudié Ingeniería Agrónoma en Sevilla —dice, como quien no quiere la cosa.

—¿De verdad?

—Sí. Cinco años. Aunque me sobraron tres. En la ciudad no encajaba. Me sentía… fuera de lugar. No es solo el ritmo, o los edificios, la contaminación o el tráfico. Sevilla es una ciudad preciosa, sus monumentos, su historia, su gente… Pero yo echaba de menos mi hogar, mi ambiente, el olor a tierra mojada.

Sus palabras me conmueven más de lo que esperaba.

—¿Y eso fue lo que te trajo de vuelta?

—Fue mi abuelo. Cuando falleció, la granja se quedó en manos de Rosa y de mi padre. Aunque me gustaba ayudar desde que era un niño, en ese momento fue cuando de verdad empecé a implicarme y me di cuenta de que este trabajo me hacía sentir bien. Me levantaba temprano, trabajaba con las manos, comía pan con aceite al sol y nadie me obligaba a ir bien vestido —termina la frase con una sonrisa.

—Suena… idílico.

—Bueno, el trabajo en el campo no lo es tanto. Hay días que no soporto el barro, o que una cabra me dé una coz que me deje doblado por la mitad, o que se estropea el tractor y no puedo hacer la faena. Y, aun así, lo prefiero a cualquier trabajo de oficina. Siento que todo lo que hago tiene sentido.

Me quedo mirándolo en silencio, sorprendida, admirada, un poco tocada en lo profundo.

—Eres muy diferente a lo que aparentas.

—¿Eso es bueno?

—Es… interesante. Y sí, también bueno.

Cuando el camarero retira nuestros vasos, me doy cuenta de que llevamos hablando más de una hora. El sol se ha desplazado por el cielo y una brisa salina comienza a colarse por la cristalera del bar.

—¿Te apetece que bajemos a la playa? —le pregunto—. Hoy hace un día precioso.

Marcos me mira como si estuviera decidiendo algo muy importante. Luego asiente, se pone en pie y me ofrece la mano.

—Vamos.

La arena está tibia, agradable, y cada vez más solitaria. Algunos pasean con los pies mojados, otros se tumban a tomar el sol de la tarde. Nosotros bajamos las escaleras de madera en silencio, hasta que él se detiene y se quita los zapatos.

—¿Vamos descalzos?

—Claro —respondo yo, ya con una mano apoyada en la barandilla mientras también me quito las zapatillas—. Es algo casi obligatorio en este sitio.

Caminamos bordeando la orilla. Al principio con pasos cautelosos, luego con más naturalidad, hasta que, sin darnos cuenta, nuestras manos se buscan y se encuentran.

No digo nada. Él, tampoco.

Solo siento el calor de su palma, la textura áspera de sus dedos por el trabajo manual, y una descarga recorriéndome el brazo.

—Se nota que te gusta pasear por la playa —afirma con voz calma.

—Sobre todo cuando necesito desconectar. Me hace sentir más ligera.

—En cambio a mí me da un poco de respeto.

—¿El qué? ¿El mar? —lo miro con sorpresa.

—Sí. Tiene algo salvaje, impredecible. Como las cabras, pero en versión gigante y salada.

No puedo evitar reírme, y él lo hace también. Me encanta esta versión de mi cactus.

Nos detenemos frente a las olas. El agua lame nuestros pies como un gato somnoliento. El sol empieza a descender, tiñendo el cielo de naranja, rosa y violeta. La silueta de Cádiz al fondo parece una postal antigua.

Marcos se vuelve hacia mí. Me mira con una intensidad que me hace contener la respiración.

—No sé qué tienes, Carmen —dice—, pero me gusta estar contigo.

Siento que me tiemblan los dedos entre los suyos.

—A mí también me gusta —respondo—. No me esperaba esto. Pero tampoco es algo en lo que quiera pensar demasiado.

Asiente.

—Entonces, no lo hagas.

Y sin más, se inclina y me besa.

Es un beso lento, cálido, como si el mar se hubiera quedado dormido a nuestros pies. No hay prisa. No hay urgencia. Solo dos personas encontrándose en medio de sus contradicciones.

Cuando se separa, yo suspiro.

Y lo sé al instante.

Esto es el comienzo de algo que solo Dios sabe dónde nos puede llevar.



Capítulo 12

Un paso cada día



MARCOS

No me gusta escribir por WhatsApp.

A veces lo intento, sobre todo cuando se trata de cosas prácticas: reservas, proveedores, algún encargo puntual… Pero me resulta forzado. Las frases salen cortadas, como si no pudiera terminar de decir lo que pienso. Y de los emojis, ni hablemos. Simplemente no los entiendo. No sé qué quieren decir más allá de la cara sonriente básica. El resto parecen parte de un código secreto que se me escapa.

Carmen, sin embargo, parece vivir con el móvil en la mano. Y, aun así, me sorprende que no me lo eche en cara. No insiste. No me pregunta por qué no respondo rápido, ni me manda memes que no sabría cómo interpretar. Por el contrario, me manda mensajes normales, sencillos. Y cuando yo le contesto diciendo «¿te puedo llamar mejor?», ella siempre responde lo mismo: «Claro. Me gusta oír tu voz».

Y yo… Cuando hablamos…

Es como si me arreglara el día. Como si cada cosa que me ha salido mal —la manguera rota, la vaca que se escapó, el pedido que no llegó— se quedara en un segundo plano.

Y eso me asusta.

Porque con Lucía también me pasaba algo parecido al principio.

Aunque no era lo mismo.

Lucía me escuchaba como quien espera su turno para hablar.

Carmen en cambio lo hace como si lo que digo de verdad le importara.

Nos llamamos casi cada noche. No siempre. Algunos días ella termina agotada después de sus clases, o yo ando liado con alguna urgencia en la granja. Pero cuando coincidimos, las conversaciones fluyen. Hablamos de todo: de su grupo de amigas, de cómo una es una friki del trabajo; otra, una romántica sin remedio. O de cómo Mara, creo que así se llama, le tiene alergia al sentimentalismo, pero luego le pregunta por mí como si quisiera asegurarse de que no soy ningún psicópata.

También hemos hablado de cómo Carmen ha empezado a preparar un taller sobre la naturaleza para sus alumnos, y quiere incluir cosas que vio en la granja: la elaboración del compost, la diferencia entre huevos de gallinas camperas y los de granja industrial... E incluso de las rutas de senderismo entre árboles frutales.

Yo me río, porque tiene esa forma de contar las cosas que siempre consigue arrancarme una sonrisa y que baje la guardia.

Tengo la sensación de que ella está poniendo de su parte para hacer que nuestra amistad, por llamarlo de alguna manera, florezca. Incluso más que yo, reconozco mientras medito tumbado en la cama, mirando el techo como si ahí arriba estuviera la respuesta a todas mis dudas.

Porque, a pesar de todo, me cuesta confiar.

Me cuesta creer que ella vea algo más en mí que una novedad. Un descanso. Una anécdota exótica en su rutina laboral de profesora.

No obstante, también me esfuerzo. Intento hablar más de lo que suelo, contarle más cosas. Sobre cómo decidí convertir una simple granja en una granja-escuela para incrementar los ingresos. Sobre Rosa, que me crió como si fuera hijo suyo y que sabe más de la vida que todos los que han pasado por aquí juntos. Sobre las

noches de tormenta, cuando el viento parece que va a llevárselo todo y los animales se inquietan, y como bajo al establo con una linterna para asegurarme de que no hay puertas abiertas ni tejados sueltos.

Sobre lo mucho que me gusta construir cosas con mis propias manos: reparar una verja, diseñar un comedero nuevo, adaptar una habitación para que en primavera los niños que vengan puedan ver cómo nacen los pollitos.

Ella me presta atención sin interrumpir.

Y cuando lo hace, siempre es para hacerme alguna pregunta de esas que me hacen reflexionar.

—Estar allí, un tanto apartado del mundo, ¿no hace que te sientas solo? —me preguntó hace un par de noches.

Y yo, que no me había parado a pensarlo en serio, tuve que tragar saliva.

—Solo no. A veces… aislado, tal vez.

—¿Y no echas de menos tener a alguien con quien compartir todo eso?

Me costó responder, pero le dije la verdad.

—Sí, pero no lo haría con cualquiera. Solo con alguien que esté dispuesta a compartir de verdad mi forma de vida. Que no lo considere ni como algo temporal, ni como un capricho o un esnobismo.

Se quedó callada.

Y yo supe que había entendido, porque, aunque nunca le he hablado de Lucía —y la verdad, tampoco tengo intención de hacerlo —, Carmen no es tonta. Capta las cosas y estoy seguro de que sabe leer entre líneas.

Esta noche la llamada se retrasa.

Carmen me avisó hace unas horas de que había salido tarde de una reunión con unos padres y que debía dejar preparado un examen para el día siguiente antes de poder relajarse. Aun así, dejo el móvil sobre la mesa de la cocina, cerca del cuaderno donde anoto las tareas que tengo que hacer mañana, por si suena.

La cobertura de mi cuarto no es la mejor de la casa y, la verdad,

prefiero estar sentado con una taza de infusión en las manos y el ventilador zumbando de fondo.

Cuando por fin suena, ya son más de las once.

Descuelgo rápido.

—¿Estás despierto? —pregunta al otro lado de la línea, algo ronca por el cansancio.

—Claro. Te estaba esperando. —Se ríe bajito—. Me ha dado tiempo a asegurarme de que los cobertizos estaban bien cerrados, que Pepa no estaba en plan escapista y hasta de ver cómo una luciérnaga se colaba en el establo. Imagínate si me ha cundido el tiempo.

—¿De verdad? ¿Una luciérnaga?

—Te lo juro. Era solo una. Como tú cuando llegaste aquí. Solita entre tanta oscuridad.

Ella guarda silencio un momento. Y entonces dice:

—¿Sabes? Me alegra haberte conocido.

No es una frase grandilocuente. No lo dice como quien lanza una declaración de amor. Pero me desarma igual, porque lo dice con verdad.

—A mí también, Carmen.

Lo pienso. Lo siento. Y lo reconozco en voz alta, sin miedo.

—No pensé que lo diría… Pero sí. Me alegra mucho.

—Pues menos mal que decidiste escribir aquel día que me sugeriste comentar las nuevas actividades, porque yo ya me había resignado a no verte hasta que fuera con los niños.

—Estuve a punto de no hacerlo —admito.

—Entonces, ¿qué te hizo cambiar de idea?

Miro hacia la ventana. Afuera todo está en silencio, salvo por el zumbido de los insectos nocturnos.

—Porque había algo que no se me quitaba de la cabeza. Algo que decía que, si no lo hacía, me iba a arrepentir.

—¿Y sabes qué era ese *algo*?

Asiento, aunque no me vea.

—Tus zapatillas.

Ella se echa a reír.

—¿Mis zapatillas?

—Demasiado blancas para una granja.

—Estás hecho todo un poeta, Marcos.

—Y tú una urbanita encubierta.

—¿Eso es un insulto?

—No si vienes con la mochila cargada de dudas y te vas con los bolsillos llenos de respuestas.

Se hace un silencio cómodo. Y luego me suelta que le apetecería volver. Que quizás, antes de llegar con su grupo de colegiales, le gustaría acercarse un fin de semana, solo si yo estoy de acuerdo, y así ver cómo es el ambiente en temporada baja.

—No como maestra, sino como Carmen —me dice.

Eso me remueve por dentro, porque es un paso que Lucía nunca se atrevió a dar: regresar a la que es mi zona de confort, alejándose de la suya.

—Serás bienvenida. Siempre.

—Pero me tienes que asegurar que no habrá más cabras en mi habitación.

—Eso no puedo prometerlo. Son más listas de lo que parecen, sobre todo tu amiga Pepa.

Ríe otra vez. Y ese sonido me hace cerrar los ojos. Como si pudiera quedarme a vivir ahí. En este instante.

—Oye, Marcos… —dice, con voz más suave aún—. Hoy les he hablado a mis alumnos de ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué les has dicho?

—Que hay personas que saben más de la vida por trabajar con animales que muchos que se pasan la vida entre libros.

—Eso suena muy bien. ¿Seguro que lo han entendido?

—Uno ha preguntado si eras un vaquero de los que llevan pistolas. Otro, que es lo más cotilla del mundo, que si eras novio mío. Y una niña hasta me ha preguntado si en la granja hay unicornios.

—¿Y qué les has respondido?

—Que unicornios no, y en cuanto al resto... que piensen lo que quieran.

Me cuesta tragar saliva. No sé cómo seguir después de eso.

Así que solo le digo:

—Gracias.

—No me des las gracias, hombre de campo. Solo estoy siendo sincera.

Nos despedimos con palabras que no dicen demasiado, pero con un tono que lo dice todo. Ella cuelga primero. Yo dejo el teléfono sobre la mesa.

Y entonces veo el sobre.

Ha llegado hoy por la tarde. Una carta. Manuscrita. Sin remitente, pero con su letra. Dentro hay una nota muy corta:

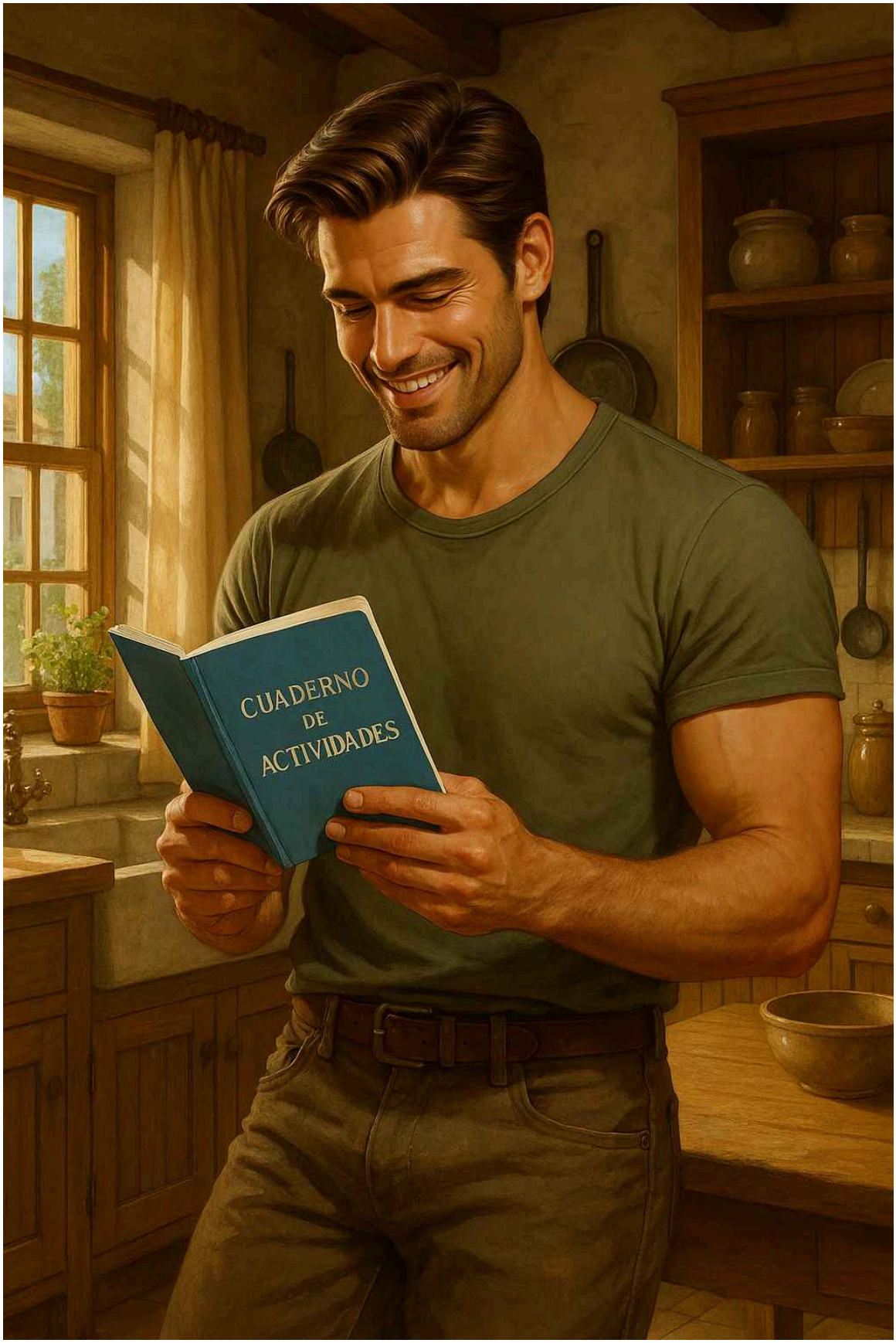
«He visto esto y he pensado en ti. Espero que te sirva.»

Junto a la anotación, una pequeña libreta de tapas blandas, con dibujos de animales donde reza una frase: «Idea para futuras actividades».

También viene algo más: una flor prensada.

Me echo hacia atrás en la silla y me tapo la cara con una mano.

No sé si son las emociones o el cansancio, pero me quedo ahí un rato largo, sintiendo que, esta vez, quizás no estoy solo.


CUADERNO
DE
ACTIVIDADES

Capítulo 13

¿A qué esperas?



CARMEN

Lunes por la noche.

Pijama puesto. Infusión con miel en la mesita. Manta sobre las piernas porque, aunque solo estemos en otoño, las noches ya comienzan a refrescar... Y un lío tremendo en la cabeza que no hay tila que lo apacigüe. Lo peor es que llevo así semanas. Dándole vueltas sin parar. Pensando, analizando y, como siempre, sin sacar nada en claro. Además, este caos de pensamientos me está empezando a afectar más de lo que me gustaría: tengo una pila enorme de ejercicios por corregir que me reclama y a los que no paro de hacer oídos sordos.

A las 22:11, suena el *clin* característico de nuestro grupo de WhatsApp «Terapia de grupo», que me avisa de que al menos una de mis chicas está en línea.

JOE: *Hola, corazones. ¿Hay alguien por ahí? Estoy aburrida y me apetece un poco de charla.*

CARMEN: *Si, yo. ¿Acaso no tienes informes que preparar? ¡Eso sí que es raro en ti!*

JOE: *¡Hombre, si es mi urbanita favorita! ¿O ya has decidido fugarte al campo a criar ovejas con tu granjero sexy?*

Sonrío. Me acomodo aún más y centro toda mi atención en el móvil.

CARMEN: *De eso, nada. Sigo en Chiclana. Con mis niños y sin ovejas. Pero con más ganas de campo de lo que jamás habría imaginado.*

Una nueva integrante del grupo hace aparición.

MARILUZ: *Oh, qué romántico. A eso lo llamo yo «efecto granjero». Lo predije el segundo día, que conste.*

La que falta por aparecer, empieza a escribir también.

MARA: *Sí, sí. Muy bonito todo. Pero queremos detalles. ¿Has vuelto a hablar con él después de su visita o se ha quedado todo en un simple idilio entre cabras?*

CARMEN: *Sí. Hablamos casi todos los días.*

Silencio de tres segundos. Luego, una explosión de gifs y emojis: aplausos, corazones, fuego, un cabrito bailando (gracias, Mara), y una monja desmayándose que no entiendo a qué viene, pero que me hace reír.

JOE: *¿Todos los días? ¿Y cómo lo hacéis? ¿Por videollamadas? ¿Mensajes subidos de tono? ¿Cartas escritas con pluma y tinta?*

CARMEN: *Llamadas, sobre todo. Él odia WhatsApp. Cree que es una herramienta del demonio para esclavizar a la humanidad.*

MARA: *Me cae mejor por momentos.*

MARILUZ: *Entonces… ¿Qué pasa entre vosotros? ¿Te estás enamorando? ¿Se trata de una relación a distancia de esas de película? ¿Vais a mandaros cartas perfumadas y mirar la luna al mismo tiempo?*

Sonrío. A poco que le des pie a Mariluz, te monta una novela en un visto y no visto.

CARMEN: *No es una relación. Es… no sé cómo definirlo. Más bien, una conexión.*

JOE: *Así suena aburrido que te cagas, pero bueno, aceptaremos pulpo como animal de compañía. Y esa conexión, ¿es con o sin beso?*

CARMEN: *Con.*

Otro aluvión de emojis, esta vez de fuegos artificiales, vino, labios carmesíes y una cabra con gafas de sol. A veces me pregunto cómo sobreviviría sin este grupo.

MARILUZ: *Y ya puestos a preguntar, ¿también con sexo, aunque sea telefónico?*

JOE: *Uyy, suena morboso.*

CARMEN: *No, a eso no hemos llegado… Ya sabéis que desde que estuvo por aquí, no nos hemos vuelto a ver.*

MARILUZ: *¿Y por qué no? No me vayas a decir que es por la distancia, que te conozco.*

Yo no contesto. Me quedo pensando en una respuesta adecuada, pero no me da tiempo a procesarla antes de que otra de las chicas escriba.

MARA: *Vale. Pongamos las cosas en orden. Sabemos que el tipo te gusta. Os habéis morreado —que, por cierto, ya nos lo podías haber contado antes, mala amiga—. Habláis todos los días. Y sin embargo…*

JOE: *No lo has vuelto a ver.*

MARILUZ: *Estando a 45 minutos escasos en coche, que no se os olvide. ¡Carmen, por Dios, espabila!*

CARMEN: *Lo sé, lo sé. Es solo que… ¿cómo os lo explico para que lo entendáis?*

MARILUZ: *Como quieras. Ya sabes que en este grupo no hay filtros y que puedes soltar lo que te apetezca sin problema. Lo que se dice en la «Terapia», se queda en la «Terapia».*

CARMEN: *Me asusta. Esto es algo que solo os puedo contar a vosotras, pero no puedo confesárselo a él. No le tengo confianza suficiente.*

JOE: *¿Qué es lo que te preocupa? O bueno, lo que te asusta.*

CARMEN: *Es que él es… muy de campo. Y yo, muy de ciudad. Me gusta mi piso, mi cafetera con temporizador, la librería que hay debajo de casa que de cuando en cuando saca ofertas muy interesantes o el sushi a domicilio. Por no hablar de que me acabo de embarcar en una hipoteca a 25 años.*

JOE: *Y él tiene vacas, estiércol por el suelo y, además, le encanta el silencio. ¿Es eso?*

CARMEN: *¡Exacto! Yo no lo podría haber dicho mejor.*

MARILUZ: *¿Y qué? ¿Tú crees que en todas las parejas los dos aman el sushi y odian el silencio? ¡Eso es lo bonito! Que seáis*

distintos. Que os complementéis.

MARA: *Y que él tenga buenos brazos. Porque trabajando en el campo, seguro que los tiene. De esos que te apretujan contra su cuerpo y se restriegan con ganas, calentando la sangre de cualquiera.*

CARMEN: *¡Mara!*

MARA: *¿Acaso no es así?*

CARMEN: *El otro día le sugerí la posibilidad de pasar un fin de semana en la granja, ahora que es temporada baja.*

JOE: *¿Qué te dijo?*

CARMEN: *Que sin problema; cuando quisiera.*

MARILUZ: *Entonces, ¿se puede saber a qué estás esperando?*

Me quedo un momento mirando la pantalla. Las letras. Los signos de exclamación. Y pienso en Marcos. En su voz grave, en cómo se ríe de mis expresiones, en lo atento que es cuando hablamos. En ese beso largo y suave al caer la tarde. En cómo me sujetó la mano sin que se lo pidiera.

CARMEN: *Tenéis razón. Estoy tardando.*

JOE: *¡Bravo!*

MARILUZ: *¡Por fin! ¡Ya iba siendo hora a que te decidieras!*

MARA: *¡Venga, llámalo ya! ¡Antes de que adopte a otra profesora perdida!*

CARMEN: *¡Vale, vale! Voy a hacerlo.*

JOE*: ¡Deja de escribir y arranca ya!*

Me río. Estas chicas no tienen arreglo, pero da igual; son mis niñas y las adoro. Tanto como sé que ellas también me quieren a mí.

CARMEN: *Está bien. Lo llamo y os cuento.*

Cierro el chat. Tomo aire. Me paso una mano por el pelo y me armo de valor. Sonrío como una boba, nerviosa y expectante a partes iguales, consciente de que, si algo sale mal, al menos tendré a tres locas adorables para recoger mis pedazos.

El corazón me late más fuerte de lo que debería por algo tan simple como hacer una llamada.

Marco su número. Espero. Un tono. Dos. Tres.

—¿Sí?

Su voz suena un poco más grave que de costumbre, como si lo hubiera despertado, a pesar de que no es tan tarde. Sin embargo, recuerdo que sus horarios son muy diferentes a los míos, ya que él suele levantarse muy, muy temprano para empezar con sus tareas.

—¿Te pillo mal? —pregunto, con voz demasiado alta para parecer casual.

—No —responde, y percibo que se acomoda—. Para nada. Solo estaba tirado en el sofá viendo un documental.

Se hace un pequeño silencio.

—Estaba pensando —empiezo, dubitativa como si fuera una adolescente—. En lo que me dijiste. Que podía volver a la granja cuando quisiera.

—Sí. Claro. Lo mantengo. No te he retirado (quitado)0 la invitación —bromea.

—Pues… este finde tengo libre, y me gustaría ir. ¿Cómo te viene a ti?

Silencio.

Durante unos segundos, solo escucho su respiración al otro lado. Me muerdo el labio. ¿Y si he sido demasiado directa? ¿Y si en realidad solo me lo dijo por cortesía? ¿Y si ya no…?

—¿En serio? —pregunta por fin, con un tono que me suena entre incrédulo y esperanzado.

—Pero solo si no te va a descolocar los planes. No quiero interrumpirte si tienes trabajo, o si justo tenías pensado aislarte en el monte y abrazar a tus cabras.

—Mis cabras están preparadas para compartir mi atención —responde—. Y yo también.

Se me escapa una risa. Y él la sigue.

—¿Vienes el viernes por la tarde?

—Sí, puedo salir del colegio, paso por casa a recoger una mochila con cosas y tiro para allá. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. Rosa también se alegrará. Ya estaba pensando que se le había acabado el entretenimiento.

—Dile que le llevo galletas de mantequilla. Me dijo la otra vez que le gustaban.

—Que sepas que lo hará público en misa. Ya verás.

Ambos reímos. Luego el silencio regresa, más suave.

—Tengo muchas ganas de verte, Carmen —me dice, con una sinceridad tan pura que me deja sin aire.

—Yo también, Marcos.

Y lo digo sin titubear. Porque es verdad. Porque tengo ganas de volver a verlo, pero también de volver a ese sitio donde, de alguna manera, siento que las cosas van más despacio. Donde nadie me exige que lo tenga todo claro. Donde está él.

Nos despedimos con frases que se alargan y promesas de hablar al día siguiente para concretarlo todo con más detalle.

Cuelgo. Me abrazo las rodillas y sonrío.

Este fin de semana, regreso por fin a la granja.

Pero esta vez, no solo como profesora interesada en excursiones escolares.

Sino como alguien que quiere descubrir qué hay al otro lado del beso.

Qué hay al otro lado de Marcos.

Y justo entonces, el grupo de WhatsApp vuelve a la vida.

JOE: *Hello... ¿Sigues ahí? Estamos esperando a que nos cuentes*.

MARA: *Venga, Carmen. ¡No nos dejes en ascuas!*

MARILUZ: *¡¿Has llamado o no?!*

¡Pero qué intensas son cuando quieren!

CARMEN: *Sí. Acabo de colgar. Me voy a la granja este fin de semana.*

Tres emojis de celebración. Uno de fuegos artificiales. Y una frase de Mara que, cómo no, consigue hacerme reír a carcajadas:

MARA: *Espero que lleves ropa interior bonita. Por lo que pueda pasar. Aunque no pase. Pero por si sí.*

Me tapo la cara con las manos. Estas mujeres son un escándalo… pero también son mi cable a tierra. Mis *cheerleaders*. Mis consejeras del amor, del desamor y de la vida.

Vuelvo a escribirles.

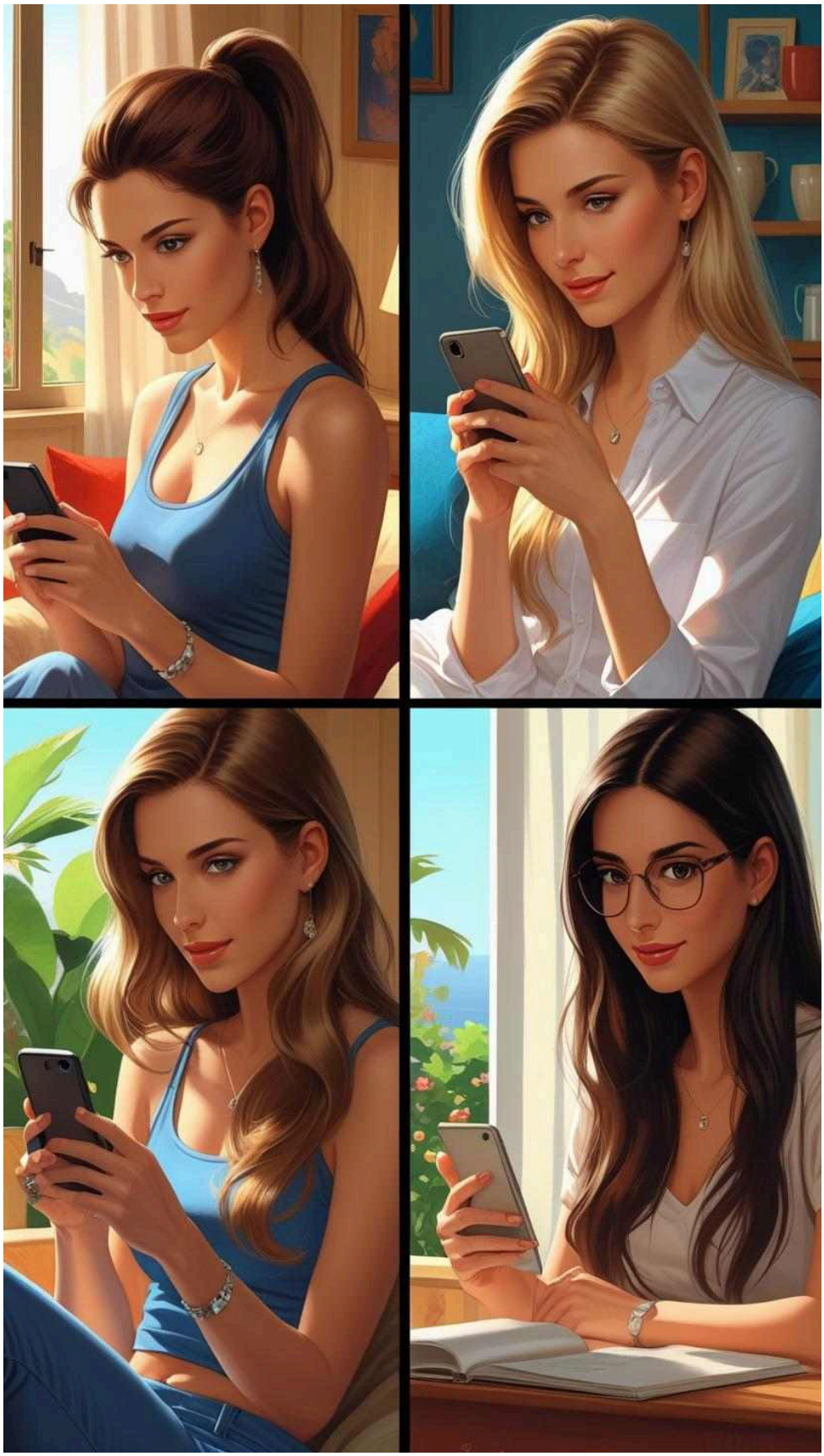
CARMEN: *Gracias, de verdad. No sé en qué acabará esto, pero me hacía falta hablarlo con vosotras.*

JOE: *Carmen, no tienes que saberlo todo. Solo tienes que vivirlo. Disfrutarlo. Sentirlo.*

MARILUZ: *Y confiar en que, a veces, las cosas que parecen complicadas, no lo son tanto.*

MARA: *Y acuérdate de lleva ropa interior bonita. Insisto.*

Río de nuevo. Apoyo el teléfono sobre el regazo y me quedo mirando por la ventana, mientras la luz de la luna se cuela entre las persianas. En algún lugar, muy cerca, un fin de semana me espera. Uno lleno de preguntas sin respuesta, de nervios a flor de piel… y de un hombre que me hace sonreír solo con escuchar su voz.



Capítulo 14

Dudas en voz baja



MARCOS

Desayuno solo en la cocina, con la radio de fondo y el runrún de la cafetera como única compañía real. Rosa ha salido temprano a comprar unos productos al mercado y yo agradezco la soledad. Me ayuda a pensar.

Y vaya si tengo cosas en la cabeza.

Carmen vuelve este fin de semana. Lo hablamos ayer por teléfono y, aunque no lo dijimos con todas las letras, los dos sabemos que lo estamos esperando. Que lo deseamos.

Y sin embargo…

Hay algo dentro de mí que no me deja estar del todo tranquilo. Una especie de alarma sorda, que se clava en mi cerebro como una piedra en el zapato.

Termino el café, me levanto y lavo la taza despacio, como si con cada movimiento pudiera encontrar una respuesta. Pero no la hay. Solo dudas. Y recuerdos.

—Buenos días —saluda Rosa entrando como una ráfaga, cargada con dos bolsas de tela—. ¿Ya has desayunado?

—Sí, hace un rato.

—No tienes buen aspecto ¿Has dormido mal?

—Como siempre —afirmo, aunque es mentira.

He dormido fatal, con la cabeza dando vueltas como un tiovivo sin freno.

Rosa deja las bolsas sobre la encimera y empieza a sacar un par de paquetes de café, azúcar, legumbres y una bolsita de dulces que, seguro, ha comprado pensando en mí.

—Carmen vendrá pronto —anuncio sin mostrar emoción alguna.

—¿De verdad? ¡Qué bien! Estarás contento, ¿no? ¿cuándo llega?

—El viernes por la tarde.

—Ajá —asiente, sin mirarme, mientras acomoda los dulces en una panera que hay en la encimera—. ¿Y qué cuarto le preparo?

Levanto la vista y la encuentro con una ceja arqueada, mirándome con esa mezcla suya de inocencia teatral y sabiduría ancestral.

La pregunta es clara, pero la intención lo es todavía más.

¿Qué cuarto?

Como si de eso dependiera todo. Y tal vez, así sea.

—El mismo de la otra vez —respondo, después de una pausa demasiado larga.

Rosa no dice nada durante unos segundos. Luego, suspira con cierta resignación y murmura:

—A veces me pregunto qué te da más miedo: que te hagan daño o que alguien te quiera de verdad.

Abro la boca para contestar, pero en ese momento suena mi teléfono. Se trata de un número que no reconozco.

Frunzo el ceño, pero contesto.

—¿Dígame?

—¿Marcos Herrero? —Se trata de una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—¡Hola! Soy Berta Laredo. No sé si te acuerdas de mí… Estudiamos juntos en la facultad, en Sevilla.

La voz me resulta vagamente familiar, pero necesito un par de segundos para ubicarla. Berta. Alta, pelo rizado, lista como un demonio y con una sonrisa que siempre parecía esconder un secreto.

—Claro que me acuerdo. ¡Berta! ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. ¿Y tú?

—La verdad, muy sorprendido por tu llamada. No sabía que tuvieras mi número.

—Bueno, te he podido localizar a través de unos amigos comunes de aquella época. Espero que no te moleste que me haya tomado el atrevimiento de pedírselo.

—No, claro que no. ¿Y a que debo el placer?

—Verás, te llamo porque estoy montando un proyecto de recuperación de cultivos tradicionales en Galicia, concretamente, en la zona de Lugo. Se trata de una colaboración con varias cooperativas locales. Buscamos mejorar la productividad sin perder las técnicas tradicionales. Y bueno, nada más surgir el tema, me acordé de ti.

—¿De mí?

—Sí. Recordé que tu trabajo de fin de carrera versaba sobre un asunto similar. Y, además, siempre fuiste de los mejores en las prácticas; sabías de suelo, de poda, de hacer las cosas con sentido común. Ahora necesitamos a alguien así en el equipo. Sé que tienes tu propio negocio, pero se trataría de algo temporal, hasta finales de primavera. El proyecto empieza dentro de dos semanas.

Guardo silencio. El sonido del frigorífico y el ajetreo de Rosa llenan el hueco que dejo.

—No tienes que responder ahora —añade ella, con voz amable—. Pero si te interesa, te envío el dossier con los detalles y hablamos. ¿Te parece?

—Sí, claro. Mándamelo. Me lo tendría que pensar, pero gracias por acordarte de mí.

Cuelgo y guardo el móvil. Permanezco quieto durante unos segundos.

—¿Quién era? —pregunta Rosa con la espalda aún vuelta, pero con las orejas bien abiertas.

—Una antigua compañera de la universidad. Me ha ofrecido un trabajo temporal en Galicia, en un proyecto agrario de recuperación de cultivos autóctonos.

Rosa se gira despacio, con un tomate en la mano y una expresión que mezcla sorpresa y sospecha.

—¿Y eso te interesa?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Podría tratarse de una buena experiencia… Entrar en contacto con otras formas de trabajar, desconectar un poco, probar algo distinto.

Rosa carraspea.

—¿Y qué pasaría con la granja?

—Tú te podrías hacer cargo de ella, tita. Ahora estamos en temporada baja y en esta época apenas nos visitan colegios. Además, solo sería hasta la primavera. Supongo que estaría de vuelta para cuando dieran comienzo las actividades con los centros.

—Ya veo. ¿Y qué pasa con Carmen?

Silencio. Sabía que esa pregunta era realmente la que quería hacerme, y no la anterior.

—¿Tú sabes lo que tienes con esa mujer, Marcos?

—Lo cierto es que no... Estoy intentando averiguarlo —admito con pesar—. Solo sé que me gusta. Que me hace sentir cosas que no sentía desde hacía mucho. Pero también sé que no quiero volver a pasar por lo mismo que pasé. No quiero ilusionarme para que luego me digan que solo era «algo para unos días».

Rosa me mira con fijeza. Conoce parte de mi historia, que no toda, y se imagina cuáles son mis heridas, esas que no me gusta contar. Pero también sabe cuándo estoy hablando desde el miedo y no desde la verdad.

—Escúchame bien, Marcos —dice dejando un paquete de garbanzos sobre la encimera—. Si te vas porque te apetece el proyecto, porque te ilusiona, porque crees que te hará bien… entonces no lo dudes: haz las maletas. Busca tu camino y vete con la cabeza bien alta. —Guarda silencio unos segundos—. Pero si te vas porque tienes miedo de lo que pueda pasar con Carmen… entonces no estás tomando una decisión, hijo. Lo que estás haciendo es huir como un cobarde.

Me quedo callado. La miro. Y no tengo ni una palabra para refutarle.

Paso el resto de la mañana en el invernadero, aunque apenas avanzo con nada. Podría decir que estoy revisando el sistema de riego o haciendo inventario de las plantas, pero en realidad solo estoy dejando pasar el tiempo, dándole vueltas a todo.

A Carmen.

A Galicia.

A lo que me ha dicho Rosa.

«*Si te vas por miedo, lo que estarás haciendo es huir como un cobarde*.»

No dejo de repetir esa frase como un eco en la cabeza.

Por la tarde, Carmen me llama. Como habíamos acordado. Es algo que ha ido naciendo de forma natural entre los dos, esa costumbre de hablarnos un rato, de contarnos el día. Ella sabe que no me gusta WhatsApp, que prefiero el teléfono. Y se ha adaptado sin quejarse.

Hoy, sin embargo, cuando su nombre aparece en la pantalla, tardo unos segundos en contestar.

—Hola —saludo, más frío de lo que pretendía.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí. Lo de siempre. ¿Y tú?

—Bien… bueno, un poco liada con un par de padres que creen que sus hijos son pequeños genios incomprendidos —dice, intentando sonar ligera.

Suelto una risa floja, sin chispa.

—¿Y los niños? ¿Te han vuelto a pintar las mesas con rotulador?

—No, hoy solo se han peleado por ver quién tenía más colores en su estuche, porque se creen que con eso son más importantes que los demás. Menudo drama montan…

Normalmente, ese comentario me habría provocado hacer una broma. Pero hoy solo asiento en silencio. Ella lo nota.

—¿Estás bien, Marcos?

—Sí, claro. Solo cansado.

Silencio.

—¿Seguro?

—Sí, Carmen. Todo bien. No te preocupes.

—Vale —responde, pero su tono me dice que no se lo cree—. Y a ti, ¿cómo te ha ido el día? —me pregunta, ante la falta de iniciativa por mi parte en mantener una conversación fluida.

—Como siempre; nada nuevo.

Se que sueno frío y más parco en palabras que de costumbre, pero es que no me apetece hablar con ella hoy.

La charla se mantiene en los mismos términos unos minutos más. Ella queriéndome hacer partícipe, y yo mostrándome esquivo. Ni siquiera sé por qué me muestro tan antipático con ella, que no tiene culpa de nada. Esa es solo mía, pero soy consciente de que le estoy traspasando mi desidia a ella.

Colgamos pocos minutos después, con la sensación de haber mantenido una conversación normal, pero que te deja un sabor raro, como un regusto amargo.

Al día siguiente, más de lo mismo. Me llama por la noche, después de cenar. Esta vez intento estar más presente, más cálido, pero no lo consigo. Ella vuelve a notarlo.

—No sé qué te pasa últimamente —dice de repente, sin rodeos—. Estás raro. Dices que no, pero se nota a leguas que es así.

—Ya te dije que estoy cansado, Carmen. Es todo.

—¿Hoy también estás *cansado*?

—Por si no lo sabes, el trabajo en la granja es muy exigente —me justifico, no de muy buen tono.

—No lo pongo en duda, pero también lo era antes y no te mostrabas tan seco y antipático conmigo. ¿Acaso he dicho o hecho algo que te haya molestado? Si es así, me gustaría saberlo.

—No.

—¿Es por lo de este fin de semana? Desde que te dije que iría, has cambiado tu actitud hacia mí.

—¡Ya te he dicho que no, joder!

No es propio de mí soltar improperios, y mucho menos a ella. Pero no puedo evitar estar a la que salto. Sobre todo, porque también tengo a mi tía comiéndome la oreja día tras día.

—Ya veo que no tienes muchas ganas de hablar conmigo, y la verdad, para recibir este tipo de contestación, a mí tampoco me apetece.

Guardo silencio. Sus palabras me pinchan y sé que debería decir algo, pero no lo hago. Y eso me hace sentir como un capullo integral.

—Es que estás diciendo tonterías —afirmo, conteniéndome.

Desde luego, esa no es la mejor manera de suavizar la situación.

—¿Tonterías?

—Sí. Estás buscando ideas raras donde no las hay.

Oigo suspirar a Carmen al otro lado del teléfono.

—Mira, Marcos —responde, con ese tono que solo saca cuando está conteniendo algo más fuerte—. No soy tonta. Sé que algo ha cambiado. Y si no quieres contármelo, perfecto. Pero al menos no me trates como si fuera una paranoica.

—No te estoy tratando así.

—Pues lo parece.

Silencio. Largo. Incómodo.

—¿Sabes qué? —añade entonces— Me ha surgido un imprevisto este fin de semana. Igual no puedo ir.

Vuelvo a quedarme callado.

Sé que lo ha dicho para provocarme. Para ver si reacciono.

Pero en lugar de eso… me cabreo.

—Haz lo que quieras, Carmen.

—¿Cómo?

—Si no puedes venir, no pasa nada. No estoy pidiéndote que lo hagas.

—¡No es eso! Solo te estoy contando lo que puede pasar. No te pongas a la defensiva.

—No me estoy poniendo de ninguna manera.

—Pues parece que sí. No sé qué te pasa últimamente, pero te aseguro que no estoy dispuesta a mendigar atención. Si te apetece verme, genial. Si no, también. Pero dime la verdad.

Respiro hondo, pero no sé qué contestarle. La verdad es que quiero verla… y a la vez, no. O más bien: me gustaría, si no tuviera ese miedo metido hasta el fondo del pecho. Esa sensación de que, si la dejo entrar más, luego me costará el doble cuando todo se acabe.

—No es tan simple, Carmen.

—No. No lo es. Pero no puedes apartarme sin explicaciones. Porque eso no es justo.

Silencio. Otra vez. Una grieta.

—Marcos… si estás cambiando de idea sobre esto… prefiero saberlo ahora.

—No estoy cambiando de nada —miento, porque en el fondo no tengo claro ni qué idea tenía al principio.

—Vale. Pues ya hablaremos mañana.

Y cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano. Miro la pantalla en negro y siento que algo se me aprieta por dentro.

No estoy bien.

No con ella.

Y, si soy honesto, tampoco conmigo.

Regreso a la casa. Rosa me mira desde el sofá.

—¿Has hablado con Carmen?

—Sí.

—¿Y?

—Hemos discutido.

Ella asiente, como si ya lo supiera.

—¿Te ha llamado Berta otra vez?

—No.

—¿Y tú has decidido si vas a ir a Galicia?

—Lo estoy pensando.

—Pues piénsalo bien. No solo con la cabeza. Porque si decides irte, lo que dejes atrás también cuenta. A veces, los sitios no solo cambian con lo que encuentras, sino con lo que pierdes por el camino.

No contesto.

Solo asiento.

Y siento que todo se tambalea. Como si, por intentar protegerme, estuviera a punto de romper algo que aún no ha empezado del todo.



Capítulo 15

No debía pasar



CARMEN

Viernes, cinco y cuarto de la tarde.

Debería estar subiéndome al coche, con mi mochila de viaje metida en el maletero, con la emoción del reencuentro revoloteando como mariposas nerviosas en el estómago. Pero no. Estoy sentada en el sofá, con una manta ligera sobre las piernas y la mirada clavada en la pantalla apagada de la tele, como si fuera a darme las respuestas que necesito.

Llevo horas dándole vueltas a lo mismo.

¿Qué ha pasado? O, mejor dicho, ¿qué le pasa a Marcos? Es cierto que nunca hemos llegado a tener algo *de verdad* entre los dos, que nunca le hemos puesto nombre a lo que, según yo creía, había empezado a surgir entre nosotros —o al menos, por mi parte —, pero aun así me jode mucho que nuestra situación haya cambiado tanto y de forma tan repentina. Sobre todo, porque no entiendo el motivo.

Desde la discusión del miércoles, no hemos vuelto a hablar. Bueno, sí, esta mañana me ha enviado un mensaje (esos que tanto odia) con un simple «*buenos días*» sin tono, que no me ha hecho sentir nada. Y eso es lo peor. Que me he acostumbrado a hablar con él, a su voz cada noche, a esa manera que tiene de contar las cosas como si el mundo fuera un lugar más sencillo de lo que parece.

Y ahora… silencio. Frialdad. Distancia.

He cancelado el viaje con la excusa de un imprevisto. Mentira. Lo hice porque quería ver si reaccionaba, si hacía algo para evitarlo, si al menos me preguntaba qué había pasado. Pero no. Solo se limitó a decir «haz lo que quieras». Como si no le importara. Como si le diera igual.

Y eso… duele. Mucho más de lo que me esperaba.

Agarro el móvil y lo desbloqueo. Hay mensajes del grupo de las chicas. Una foto de una botella de vino, un par de *stickers* de risa, y una frase de Joe que dice «*Esta semana ha sido para encerrarse en un spa y no salir*».

Suspiro y abro el chat. Necesito hablar. Necesito sacarme esto del pecho o voy a explotar.

CARMEN**:** *¿Estáis por ahí? Os necesito. No me encuentro bien.*

MARILUZ: ¡*Presente! ¿Dónde andas?*

JOE: *Yo también estoy. ¿No ibas hoy a ver al granjero sexy?* 🌾🔥

MARA: *¿Qué te pasa, Bonita?* 😔

Sonrío, a pesar de todo. Sé que lo he dicho muchas veces, pero es que las adoro. Siempre están pendientes de mí.

CARMEN: *Se supone que allí debería estar, pero no he ido.*

JOE: *¿Y eso?* 🤯😮😮

MARILUZ: *¿No me digas que habéis discutido?*

CARMEN**:** *Sí. Bueno… algo así. Ha estado raro esta semana. Distante. Y ayer hablamos y acabamos mal. Así que decidí no ir.*

MARA: *Ya me lo olía a mí. Demasiado bueno para ser verdad. Tenía que salir rana. ¿Qué te ha hecho el cactus de las narices?*

JOE: *¡Espera! Antes de fusilarlo en la plaza pública, cuenta un poco más… ¿qué ha pasado? ¿qué te ha dicho?*

CARMEN: *Es que eso es lo peor, que ni siquiera yo lo sé. Le he preguntado, he intentado que me cuente qué le preocupa… Pero ya sabéis que no es de los que se explaya. Lo único que pude sonsacarle era que tenía muchas cosas en la cabeza, que estaba cansado… Nada claro, en definitiva. Y cuando le dije que igual no*

podía ir este finde, no hizo ni el más mínimo intento por convencerme de lo contrario.

MARILUZ: *Puff, que mal rollo. Y tú, ¿cómo estás?*

CARMEN: *Con rabia, pena, confusión. Todo junto. Es como si de repente se hubiera puesto una armadura y me hubiera dejado fuera. Y no sé por qué.*

MARA: *Típico de los tíos. Cuando las cosas empiezan a ponerse serias, huyen como si vieran una factura de la luz.*

JOE: *No todos, Mara…* 🙄 *Carmen, ¿y tú qué quieres hacer? ¿Te ves dejando las cosas así*?

Silencio. Me muerdo el labio. No sé qué quiero. Solo sé que me siento vacía.

CARMEN: *No lo sé. No quiero verlo, al menos no en estas circunstancias. Pero al mismo tiempo… necesito saber qué ha pasado. Entenderlo.*

MARILUZ: *¿Y si vas? ¿Y si hablas con él?*

MARA: *¡Ni hablar! ¡Que se moleste él! ¿Encima tú vas a tener que hacer el esfuerzo? No, Carmen, en serio, no lo hagas. Se lo tiene bien merecido.*

JOE: *A ver… no digo que le lleves flores, pero una conversación cara a cara puede aclararte muchas cosas. No te quedes con la duda.*

Me quedo mirando el chat, sin escribir nada. Los tres puntitos de escritura aparecen y desaparecen varias veces. Todas quieren ayudar, cada una a su manera.

Y yo solo quiero dejar de sentir este nudo en el estómago.

CARMEN: *Me lo voy a pensar.*

MARILUZ: *Bien. Pero si mañana te levantas con ganas, ve. No por él, sino por ti. Para saber que hiciste todo lo que estaba en tu mano.*

JOE: *Exacto. Que no te quedes con la duda. Que no digas luego «y si…»*

MARA: *Yo sigo pensando que es un error. Pero bueno. Si decides ir, al menos ponle los puntos sobre las íes.*

CARMEN: *Gracias, chicas. De verdad. No sabéis cuánto os necesito y lo bien que me sienta hablar con vosotras.*

JOE: *Para eso estamos. Siempre.*

MARILUZ: *Ve preparando la maleta, que te conozco.* 😌

MARA: *Yo no digo nada más. Pero si luego te rompe el corazón, no quiero oír "Mara tenía razón". Ya os lo advierto.* 😜

Apago el móvil. No contesto más.

Me quedo tumbada en el sofá, en silencio. La noche se cierne poco a poco y no tengo ni hambre, ni ganas de hacer nada. Solo pensar. Solo intentar entender.

Me voy a la cama con el pensamiento en bucle. No puedo evitarlo.

Y cuando me duermo… su nombre aún resuena dentro de mí.

Sábado, ocho y cuarto de la mañana.

Me despierto antes de que suene el despertador. Aunque no tenía ninguna alarma puesta, mi cuerpo ha decidido activarse solo. Y, contra todo pronóstico, lo hace con claridad.

No hay niebla mental. No hay dudas. Solo una certeza que me sacude de golpe.

Voy a ir.

Tengo que ir.

No sé si es por lo que hablamos anoche en el grupo. O por la forma en la que me dormí, pensando en lo que pudo ser y se quedó a medio camino. Pero me levanto y, antes de hacer nada, abro el armario y empiezo a preparar la bolsa. Ropa cómoda. Vaqueros, camisetas, una chaqueta por si refresca. Nada que parezca un intento desesperado por impresionarlo. Solo yo, tal cual. Como soy. Simplemente Carmen.

Mientras meto el neceser y cierro la cremallera, me sorprendo de lo rápido que me muevo. Como si lo hubiera decidido en sueños y ahora solo tuviera que seguir el guión.

Voy a verlo. Voy a hablar con él. Voy a mirar a Marcos a los ojos y a pedirle que me diga la verdad, aunque duela. Y si me dice que esto no va a ningún sitio, al menos lo sabré.

Me preparo un café rápido mientras suena la radio de fondo, como si quisiera disfrazar la tensión con música animada, sin conseguirlo. Mi estómago está en un puño.

Me miro al espejo antes de salir y me digo en voz baja «*Tú puedes con esto*».

No soy de frases motivadoras. Pero hoy necesito empujarme un poco.

Cojo las llaves, la mochila y salgo en busca del coche. El sol está alto, aunque el aire aún es fresco. El trayecto hasta la granja es el mismo que hice semanas atrás, pero esta vez… lo siento distinto.

No voy como maestra. Ni como la madre de unos niños que merecen una excursión especial.

Voy como Carmen. Una mujer que necesita respuestas.

Mientras conduzco, repaso mentalmente cómo afrontar la situación y qué podría decirle.

«¿Qué te pasa?», suena demasiado agresivo.

«¿Estás bien?», demasiado blando.

«¿Qué ha cambiado entre nosotros?», puede ser una puñalada o una caricia, dependiendo del tono.

Pero sé que, al llegar, todo eso se irá al garete y solo quedará lo que sienta en ese momento. Porque con él siempre ha sido así. Espontáneo. Inesperado.

Cruzo el cartel que anuncia la entrada al camino de tierra que lleva a la granja.

La Dehesa del Roble.

Lo reconozco todo. El sendero. Las vallas. La casa blanca con tejas desiguales...

Aparco el coche en el mismo sitio que la última vez. El corazón me late con fuerza y las manos me sudan, pero trato de mantener la calma.

Cuando bajo del coche, espero encontrarlo allí, entre sus herramientas o saliendo de alguno de los cobertizos. Me ajusto la chaqueta y avanzo por el camino de tierra.

—¿Marcos? —digo, asomándome al porche.

No hay respuesta.

—¿Marcos? —repito, algo más alto.

Y entonces aparece Rosa, con un trapo en la mano y su delantal a rayas. Me sonríe, pero enseguida noto algo extraño en su expresión.

—¡Carmen, hija! Qué alegría verte por aquí otra vez.

—Hola, Rosa. Perdona que no haya avisado. Pensaba que... que Marcos estaría.

Rosa se limpia las manos con el trapo, da un paso hacia mí y ladea la cabeza.

—Ay, cielo… pues se fue ayer por la mañana. ¿No te lo ha dicho?

Mi estómago se hunde de golpe.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde?

La cara de Rosa se contrae, y algo me dice que lo que voy a oír a continuación no va a ser de mi agrado.

—A Galicia.

Me quedo helada.

—¿Cómo?

—Yo... pensé que él te lo había contado. Le han ofrecido participar en un proyecto durante los próximos meses en Lugo.

La miro, sin saber qué decir. No salgo de mi estupefacción.

—¿Quieres pasar y hablamos? —me pregunta con dulzura

Niego con la cabeza.

—No, gracias. Creo que… necesito aire. ¿Podría dar una vuelta? No me veo capaz de coger el coche ahora mismo.

—Claro, hija. Estás en tu casa.

Asiento, aunque no estoy segura de que sus palabras me consuelen ahora mismo.

Me doy la vuelta despacio y comienzo andar.


DEHESA
DEL ROBLE

Capítulo 16

Miedo



CARMEN

Camino sin rumbo fijo entre los senderos de la granja, con el corazón en un puño y una pregunta rebotando en mi cabeza como una piedra en un cubo vacío: ¿Por qué no está aquí?

Marcos no me ha dicho nada. No ha mandado un mensaje, ni una nota, ni una explicación. Solo silencio. Y el silencio, cuando viene de alguien que empieza a importarte, duele más que cualquier palabra dicha con rabia.

La tarde es gris, como también lo es mi ánimo en este instante. Una nube oscura se cierne sobre el cielo, y el aire huele a tormenta. Camino entre los establos, las habitaciones de los huéspedes que ahora se encuentran vacías, el huerto... hasta que acabo en el corral de las cabras. Supongo que mis pies recuerdan lo que mi cabeza ha querido olvidar.

Entre ellas reconozco a Pepa, la descarada que siempre se acercaba a husmear mis zapatos; o a Chispa, la que parecía tener un carácter más dulce cuando se le acercaba un humano. Están ahí, como si no hubiera pasado el tiempo. Y yo, sin pensarlo, hago lo mismo que vi hacer a Marcos semanas antes: les echo de comer, reviso el abrevadero, les acaricio la cabeza. Lo hago de forma automática, como si en ese gesto pudiera aferrarme a algo que ya no sé si existe.

Cuando termino, me sacudo las manos y me dejo caer sobre una alpaca de heno.

Pepa se acerca y me observa en silencio, como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Qué estoy haciendo mal, Pepa? —murmuro, sin esperar respuesta.

—¿Ahora resulta que hablas con las cabras?

La voz de Rosa me hace dar un brinco.

—Dios… qué susto me has dado.

—Perdona, hija, no era mi intención —sonríe—. Solo venía a echar un vistazo a los animales, y comprobar que estuvieran bien encerrados. El cielo amenaza tormenta.

Se queda un momento a mi lado, y yo no digo nada. Solo miro a las cabras, mientras la tristeza se me cuela por los ojos.

Trago saliva. El nudo que se ha formado en mi estómago es como un ladrillo mojado.

—¿Por qué no me dijo nada, Rosa?

La tía de Marcos me observa y parece tener dudas en darme una respuesta. No hace falta que le explique a quien me refiero.

—Supongo que solo él puede responder a eso.

Silencio.

—Me tiene tan confundida... —admito, porque no tengo a nadie más que a ella en este momento con quien desahogarme. Y quizás pueda hacerme comprender el porqué de su carácter—. Cuando hablamos, un día parece el hombre más atento del mundo, y al siguiente… se encierra en sí mismo como un caracol. Necesito entenderlo, Rosa. Porque me está haciendo daño sin darse cuenta.

Rosa suspira.

—Está bien. Pero no le digas que te lo conté.

—Lo prometo.

Y entonces me habla de Lucía, la profesora.

De cómo vinieron con un grupo escolar y ella y Marcos empezaron a hablar.

De cómo, durante un tiempo, parecía que iba a haber algo serio entre ellos. Pero por lo poco que me ha contado, parece ser que ella no lo trató muy bien y que despreció su estilo de vida.

—Ya sabes que eso le molesta mucho, sobre todo porque ama su trabajo y estar aquí, manejando la granja. Le dio a entender que él solo había sido un hombre «para unos días». ¿Te imaginas lo que eso le hizo? —continúa Rosa—. Porque tú lo ves callado, sí, pero no sabes cómo se entrega. Ni lo mucho que le cuesta confiar en los demás. Y cuando lo hace… si lo decepcionan, se encierra. Pero no porque sea frío. Sino porque tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De no ser suficiente. De no estar a la altura. De que vuelvan a juzgarlo como lo juzgaron antes.

—Esa tal Lucía debió ser alguien muy importante para él... —comento, sin poder ocultar un deje de celos en mi voz.

—La verdad, no lo creo, porque tengo entendido que la historia tampoco duró mucho. Pero, lo cierto es que no sé mucho de la vida amorosa de mi sobrino. Fíjate que, hasta mi marido le preguntaba si no era hombre de los que se vestían por los pies.

La afirmación me deja perpleja.

—¿Pensaba que era gay?

—Lo llamaba *el niño maricón*… Que Dios lo tenga en su gloria, pero por más marido mío que fuera, no dejo de reconocer que era un ordinario. Buen hombre, pero más bruto que un saco de martillos. No entendía que Marcos no saliera con chicas ni trajera a nadie a casa. A veces soltaba comentarios desagradables, pero mi sobrino trataba de aparentar que no le importaba demasiado sus opiniones. Pero yo sé que no era así. Marcos es más sensible de lo que aparenta. Y el dolor de perder a su padre lo llevó clavado en el alma durante mucho tiempo. Era fácil leer la tristeza en sus ojos, pero él siempre decía que estaba bien.

—Y su padre, ¿también lo creía? Por lo poco que me ha contado de él, tengo la impresión de que Marcos lo respetaba mucho.

—Dudo mucho que a mi hermano le hubieran importado los gustos de su hijo. El adoraba a Marcos y algo así no hubiera condicionado su cariño.

Sus palabras producen que algo dentro de mí encaje.

—¿Que le pasó?

—¿A mi hermano?

Rosa mira al cielo, se santigua y luego baja la vista.

—Murió cuando él era adolescente. Una enfermedad de las malas se lo llevó demasiado rápido, en apenas unos meses. Fue un golpe muy duro para todos, pero más para Marcos, que estaba muy unido a él.

—¿Y su madre? ¿También murió? Nunca me ha hablado de ella.

—Se fue cuando Marcos era pequeño. Quería una vida distinta, así que se separó de mí hermano cuando Marcos no era más que un zagal. La vida en el cortijo no es fácil. Requiere dedicación 365 días al año, y no todo el mundo está dispuesto a soportar eso. Al poco tiempo de la separación, decidió irse a Alemania, en busca de nuevas oportunidades. Su intención era llevarse al niño más adelante, pero eso nunca ocurrió.

—¿Me estás diciendo que se desentendió de su propio hijo?

— Al principio, no. Lo llamaba una dos veces por semana para hablar con él, pero con el transcurrir de los meses, las llamadas se fueron espaciado cada vez más y más. A los dos años o así de haberse ido, le dijo a su hijo que se iba a casar con alguien que había conocido allí y le preguntó si quería irse a vivir con ella. Marcos se negó en redondo. Él tenía su vida aquí, con su padre al que adoraba. Ya sabes lo apegado que está a la tierra, y yo sabía que su madre no iba a conseguir arrancarlo de sus raíces. Y creo que ella también lo sabía, porque no es que insistiera demasiado. Luego tuvo un par de hijos con su nuevo marido y con el tiempo el contacto se perdió del todo. Ella no volvió a interesarse por el devenir de su hijo, y el, tampoco por el de su madre.

—Entonces, ¿Marcos tiene más hermanos?

—Que yo sepa, dos, aunque nunca llegó a conocerlos. La única familia que ha conocido está aquí, y él no ha movido un dedo por cambiar eso.

Lo que acabo de oír me hace recapacitar. No me extraña que su carácter sea tan difícil a veces. La marcha de una madre siendo un crio. La pérdida de un padre siendo un adolescente. Un tío que lo

tildaba de homosexual porque no cumplía el estándar de *machote* que tenía establecido.

Un trueno interrumpe mis pensamientos.

—Volvamos a la casa, porque me huele que en nada empezará a llover

Asiento. Mientras caminamos de vuelta, siento que la cabeza me da vueltas. Ahora lo entiendo todo. La reserva. Las dudas. Los silencios. Y esa forma de mirar como si esperara que en cualquier momento te dieras la vuelta y lo dejaras solo.

No justifico lo que ha hecho. Pero lo comprendo.

—De verdad, Rosa, no quiero causarte molestias. Ya me he desahogado bastante —le digo, tras un rato de silencio mientras compartimos un café en la cocina.

—No digas tonterías, niña. Te vas a quedar conmigo este fin de semana, como tenías previsto —responde con una sonrisa serena, pero firme—. Me vendrá bien una mano con los animales y, además, no quiero que te vayas con la tormenta en pleno apogeo.

Titubeo. Parte de mí solo quiere volver a casa y meterse en la cama. Pero otra parte... esa que se ha sentido en paz limpiando el corral, que ha encontrado consuelo en el olor a heno y en las palabras de Rosa... no quiere irse aún.

—Vale —suspiro al fin—. Me quedo. Pero solo hasta el domingo por la tarde.

—Perfecto. Luego haré lentejas, ya verás cómo eso cura más que cualquier psicólogo.

Ese fin de semana me pierdo en la rutina de la granja. Me despierto temprano, echo de comer a las gallinas, recojo huevos, limpio los bebederos, acaricio a Pepa y a las otras cabras. Rosa me enseña cómo preparar pienso especial para los conejos y yo, sin darme cuenta, empiezo a desconectar.

Las manos sucias, los músculos cansados, el aire fresco en los pulmones. Por primera vez en días, dejo de pensar tanto. Me siento útil, acompañada, y curiosamente... en paz.

El domingo por la tarde, después de recoger mis cosas, bajo a la cocina para despedirme de Rosa. Ella me abraza con fuerza, con

ese calor de madre que no necesita palabras.

—Gracias por todo —le digo, con un nudo en la garganta—. Me ha sentado bien pasar este par de días contigo. Mejor de lo que esperaba, la verdad.

—Me alegro, hija. Y sé que no es el momento, pero tengo que decirte algo...

—Rosa...

—Déjame acabar. Sé que mi sobrino no ha actuado como debería. Pero créeme cuando te digo que siento que tú eres importante para él. Mucho. Y eso... eso es lo que lo asusta.

Me muerdo el labio, sin querer emocionarme otra vez.

—Puede ser. Pero yo también soy importante para mí, y ahora mismo estoy muy decepcionada con él. No quiero saber nada de Marcos.

Rosa asiente en silencio. No me juzga. Solo aprieta mi mano con ternura.

—Te entiendo. Y pase lo que pase, aquí tienes tu casa.



Capítulo 17

Ausencia



MARCOS

El camino de vuelta se me hace más largo de lo que debería.

Quizá porque he pasado toda la noche dándole vueltas al mismo pensamiento, como si fuera un disco rayado, preguntándome una y otra vez qué mierda estoy haciendo con mi vida.

Galicia es preciosa. El proyecto me ha parecido interesante, el equipo motivado, y la propuesta económica más que decente para tratarse de un trabajo temporal.

Pero algo dentro de mí chirría.

No sé si es el acento, la lluvia fina, o ese aire de «volver a empezar» que nunca me ha terminado de sentar bien. No me gusta andar cambiando de raíz cuando siento que apenas he echado brotes.

Llego a la granja pasadas las once de la mañana del martes.

Nada más abrir la puerta, el olor a madera vieja y tomillo me recibe como un abrazo. Me detengo un segundo en la entrada, respirando hondo, como si el aire de casa pudiera colocarme las ideas en orden.

—¡Ya era hora de que aparecieras, niño! —Rosa sale de la cocina con el delantal puesto y una cuchara de palo en la mano—. Desde luego debes haberte paseado a tu antojo por media Galicia.

—Menudo recibimiento, tía. El que más me apetecía al llegar a casa después de toda la lluvia que me ha caído por allí arriba.

—No te quejes tanto, que aquí también ha llovido. Venga, quítate esa chaqueta y siéntate. Queda café de esta mañana. Te puedo poner una taza caliente, si te apetece.

Obedezco sin rechistar. Mientras me sirve una taza, noto cómo me observa.

—¿Y bien? ¿Qué tal por allá?

—Interesante —respondo, revolviendo la cuchara con desgana—. Buen ambiente, buena propuesta y, lo más importante, un equipo con ganas de trabajar.

—Ajá… ¿Y qué dice tu cabeza?

—Que es una buena oportunidad.

—¿Y el corazón?

Levanto la mirada. No le contesto. No he hecho más que cruzar las puertas de casa y ya me ha caído una buena andanada en la primera línea de flotación.

—Eso pensaba —dice Rosa, cruzando los brazos mientras se apoya en el respaldo de la silla—. Porque si el corazón hablara, seguro que te estaría informando de que aquí ha pasado algo importante mientras tú estabas jugando a ingeniero trotamundos.

Frunzo el ceño.

—¿Aquí? ¿Qué ha pasado?

—¿Te piensas que la granja se cuida sola? ¿O que las cabras se ordeñan con la fuerza de la intención? Carmen ha estado aquí todo el fin de semana.

Me atraganto con el café.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Llegó el sábado por la mañana, con cara de estar a punto de explotar, y se pasó el fin de semana ayudándome con los animales.

Dejo la taza.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando hablamos el otro día?

—Porque no soy tu secretaria, Marcos. Y porque no estaba de humor para escucharte decir que «no sabías qué hacer».

La miro, sintiendo un remolino de emociones que no sé ni cómo nombrar.

—¿Cómo estaba ella?

Rosa me clava los ojos.

—Herida. Muy dolida contigo.

—¿Dijo algo?

—Solo que no entendía nada. Que un día eras todo ternura y al siguiente parecías estar a kilómetros de distancia. Que te notaba raro, como si tuvieras la cabeza en otra parte.

Me paso una mano por la cara. No me sorprende. Yo mismo me he sentido dividido en dos desde que me llamaron.

—Yo… No quería hacerle daño.

—Pues se lo has hecho. Y mucho.

Me levanto de la mesa, incapaz de quedarme quieto. Camino hasta la puerta, abro para que entre algo de aire fresco y me apoyo en el marco.

—¿Dijo que volvería?

—No. De hecho, dijo que no quería saber nada más de ti.

Siento una punzada en el pecho. Como si alguien me arrancara de golpe la esperanza.

—Si tan enfadada estaba conmigo, ¿por qué se quedó?

—Le pedí que lo hiciera para que descansara, que despejara la mente. Lo hizo. Y al irse… me dio las gracias. Dijo que la granja le había sentado mejor de lo que imaginaba.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que aún estás a tiempo de hacer las cosas bien. Pero no será fácil, Marcos. Esta vez no.

No digo nada. Solo miro al frente, como si en el horizonte pudiera aparecer una respuesta mágica.

Porque la realidad es que no sé qué hacer.

Quiero correr hacia ella. Explicarme. Decirle que tengo miedo. Que lo que siento me asusta. Que estoy dividido entre una vida que conozco y otra que apenas entiendo.

Pero también me doy cuenta de que, si doy un paso en falso, ella no me esperará.

Y a lo mejor es lo mejor que puede hacer.

Por la tarde, camino sin rumbo fijo por la granja.

Cada paso me lleva a un lugar donde ella estuvo. Donde la escuché reír, o fruncir el ceño con ese gesto tan suyo cuando algo la desconcertaba.

Paso junto al gallinero. La puerta aún chirría al abrirse, como aquel primer día en que se plantó allí con sus zapatillas impolutas. Sonrío, aunque es un gesto triste. No sé si echo de menos su presencia… o si lo que no soporto es esta ausencia que parece habérselo comido todo.

Entro en el corral de las cabras.

Todo está en orden. Demasiado, diría yo.

Las alpacas de heno bien apiladas, los comederos llenos, los bebederos limpios. Puedo imaginarla aquí, con el gesto concentrado, haciendo las cosas sin que nadie se lo pidiera.

—¿Qué te pasa, imbécil? —murmuro al aire—. ¿Por qué la has dejado escapar?

Sé la respuesta. O, al menos, una parte.

Lucía. El recuerdo me golpea con fuerza. Ella también apareció en mi vida con la promesa de algo bonito. Con sus palabras dulces y su forma de mirarme que me hacía sentir que no era solo el tipo que cuidaba gallinas. Pero luego se fue. Y se llevó algo más que mi confianza.

La diferencia es que Carmen no se ha ido.

He sido yo el que ha construido ese alejamiento.

¿Y para qué? ¿Por un trabajo en Galicia? ¿Por una oportunidad que ni siquiera me llena el pecho de ilusión como sí lo hacían nuestras charlas por teléfono cada noche?

Salgo del corral, dejo la puerta cerrada con el candado y me dirijo hacia el porche de la casa. Rosa está sentada en una mecedora, cosiendo algo en silencio.

—¿No ibas a estar dentro?

—Ya sabes que me gusta el fresco de esta hora —responde sin levantar la vista del bordado—. ¿Has pensado ya qué vas a hacer?

Me siento en el escalón, justo a sus pies.

—No.

—Pues más te vale que lo hagas pronto. Las oportunidades no esperan eternamente.

—¿Te refieres a Galicia… o a Carmen?

—Ambas —dice, dejando la labor en su regazo—. Pero solo una de ellas puede hacerte feliz de verdad.

La miro de reojo. Rosa me conoce mejor que nadie.

—Tengo miedo —confieso en voz baja.

—¿De qué?

—De que vuelva a pasar lo mismo. De entregarme… y que se vaya. De no ser suficiente.

Ella suspira y me acaricia el cabello como cuando era niño.

—Marcos, hijo… El que no arriesga, nunca gana. Y el que vive en el pasado, se pierde el presente. Carmen no es la tal Lucía. Y tú no eres el mismo hombre que entonces.

Asiento, pero no digo nada.

La noche empieza a caer. En el cielo, las primeras estrellas parpadean como promesas que aún no se han cumplido.

—¿Tú crees que aún tengo una oportunidad con ella?

Rosa me mira con ternura.

—Eso depende de lo que estés dispuesto a hacer para merecerla.

Esa noche, por más que lo intento, no duermo.

Doy vueltas en la cama, reviviendo cada gesto de Carmen, cada palabra, cada mirada. Sus dudas, sus ilusiones, su risa. Me aferro a sus silencios, que ahora entiendo como espacios donde yo debería haber estado presente.

Al amanecer, salgo a caminar entre los olivos. Me acompaña el canto de los pájaros y un cielo que empieza a teñirse de tonos anaranjados.

Y en ese silencio, algo dentro de mí se recoloca.

No sé aún cómo voy a arreglar esto, pero sé que no quiero perderla.

Que, si tengo que conducir hasta su puerta con el corazón en la mano, lo haré.

Que, si tengo que enfrentar mis miedos o renunciar al trabajo en Galicia, lo haré también.

Porque Carmen no es solo una oportunidad.

Es lo que me ha devuelto las ganas de imaginar un futuro distinto.

Y esta vez no pienso dejar que el miedo decida por mí.



Capítulo 18

Cerrar heridas



CARMEN

Borro su número.

Así, sin pensarlo demasiado.

Bueno… sin pensarlo demasiado después de haberlo pensado *demasiado* durante días.

No es que no me sepa de memoria los nueve dígitos que lo separan de mí, ni que no pueda encontrarlo en el historial si me diera por buscarlo. Pero es un gesto, un símbolo.

Me lo repito mientras dejo el móvil sobre la mesita de la cocina donde desayuno cada mañana antes de salir para el colegio y me obligo a no mirarlo cada cinco minutos.

Hoy es miércoles. Han pasado tres días desde que volví de la granja.

Desde que Rosa me abrazó con fuerza en el porche, como si pudiera reconstruirme con sus brazos.

—No le digas que he estado aquí —le pedí antes de marcharme.

Ella no me prometió nada. Solo me acarició la mejilla y me dijo:

—Cuídate, Carmen.

Y eso estoy intentando hacer.

Cuidarme.

Aunque me esté costando el alma.

Regreso a casa después de trabajar, dejo las llaves en el cuenco de cerámica azul y me quito los zapatos de tacón bajo. El silencio me recibe como un viejo amigo un poco antipático.

Enciendo una vela de vainilla, más por costumbre que por gusto, y me dejo caer en el sofá.

El sofá.

Aquel desde donde hablaba con él cada noche. Donde me reía con sus historias, donde escuchaba su voz grave contándome cualquier tontería y, a veces, cosas importantes. Como que odiaba WhatsApp. Como que su padre le enseñó a distinguir las plantas y sus beneficios. Como que le gustaba más la tierra bajo los pies que el asfalto.

Y yo… yo creí que todo eso importaba.

Me dejo caer hacia un lado, abrazando uno de los cojines.

No quiero llorar.

Ya lo hice bastante el domingo por la noche, cuando volví a casa con las botas manchadas de barro y el corazón lleno de preguntas.

¿Qué le pasó por la cabeza para desaparecer así? ¿Fui yo la que idealicé algo que nunca existió? ¿Me equivoqué al pensar que entre nosotros de verdad había algo?

La respuesta no importa ya.

Lo importante es que me falló. Y que yo no puedo seguir esperándolo.

El jueves llega con la misma puntualidad cruel que el resto de la semana. Las clases en el colegio me sirven de distracción a ratos. Los niños, con su caos y su ternura, son un bálsamo inesperado.

—Seño, ¿tú estás triste? —me pregunta Irene, una de las peques más avispadas de mi clase, mientras recorta unas nubes de cartulina.

—No, cielo. Solo estoy cansada.

—Pues mi mamá dice que cuando uno está triste, hay que contarlo para que no se le quede dentro y le haga daño.

Me quedo mirándola un segundo, sin saber qué responder. Luego le sonrío.

—Tu mamá tiene razón.

Ese día decido apuntarme a yoga.

Sí, yoga. Yo. Que tengo la flexibilidad de una alcayata. Pero necesito algo nuevo. Algo que me obligue a pensar en otra cosa, a mirar en otra dirección.

También empiezo a ver una serie en Netflix y me compro un rompecabezas de mil piezas.

Todo con tal de llenar los huecos que ha dejado Marcos.

Pero por mucho que lo intento, se me hace una montaña.

Me cuesta no imaginar su voz cuando escucho algún audio de mis amigas.

Me cuesta no recordar el tacto de su mano sobre la mía mientras camino por la playa sola.

Me cuesta olvidarlo… y eso me cabrea mucho.

Porque si hay algo que siempre me he prometido a mí misma, es que no voy a mendigar el afecto de nadie.

Pero de momento, lo llevo mal. Muy mal.

Por eso, el viernes por la noche, las chicas proponen una salida improvisada.

JOE: *Nos lo debemos.*

MARILUZ: *Después de los días de mierda que llevo, también me haría falta.*

MARA: *Yo me apunto si hay vino*.

Así que allá vamos.

Me maquillo más de lo necesario. Me pongo unos tacones que hacía meses no usaba. Me suelto el pelo y me obligo a sonreír.

Y, durante un rato, lo consigo.

Nos reímos. Brindamos. Bailamos. Incluso una amiga de Joe con la que nos encontramos intenta presentarme a su primo, que es muy simpático, pero tiene pinta de seguir viviendo con su madre.

Aun así, me lo paso bien.

Hasta que me escapo un momento al baño y, al mirarme al espejo, me encuentro con mis propios ojos.

Y pienso en él.

Y en que, aunque esté aquí, en este local y rodeada de gente… hay una parte de mí que sigue en la granja, en su porche, en su quietud.

Suspiro y me obligo a respirar para volver a mi realidad.

Vuelvo a la pista porque esta noche es mía, y él no tiene por qué estar en cada esquina de mis pensamientos.

Nunca más.

El sábado por la mañana me despierto más tarde de lo habitual con la resaca, no del vino —que apenas bebí—, sino de tanto pensar.

El móvil vibra en la mesilla. Un mensaje de una de las chicas.

MARILUZ: ¿Estás mejor hoy? Te veías más animada anoche 💔

CARMEN: Sí, gracias. Me vino bien salir.

Y es verdad. Me vino bien, aunque no fue suficiente, porque hoy he amanecido con la misma sensación de vacío que me invade (acompaña) desde hace días.

Preparo café, tostadas y desayuno en pijama con música de fondo, como si fuera una mañana normal.

Y entonces mis ojos se quedan clavados en la planta de albahaca que todavía conservo y que cuido con mimo y esmero. Me acerco a ella y acaricio sus verdes hojas, pasando después mis dedos bajo la nariz para percibir su fragancia.

Podría arrancarla. O mejor, dársela a alguien, que tampoco la planta tiene culpa de nada.

Pero no. La dejo ahí, expuesta, para decidir si la conservo o la dejo ir.

Se la podría llevar a mi madre, a quien hace varios días no voy a visitar. A ella también le gusta la jardinería y podría hacerse cargo de *mi regalo*.

Sin embargo, cuando voy a verla esa misma tarde, no llevo la maceta conmigo. Me apetece pasar un rato con mi mami, aunque seguramente lo primero que me diga en cuanto me vea sea que estoy más delgada —es el comentario que siempre me hace nada más abrir la puerta—. Pero, aunque no siempre hablemos de temas

trascendentes, su presencia me ancla. Me recuerda quién soy y de dónde vengo. Y a veces eso es justo lo que necesito.

Al menos, la visita me sirve para desconectar durante las siguientes horas. Es agradable comer en casa, pasar un rato con mi madre, que me cuente sobre los chismes de mis primas o de alguna de mis vecinas de la infancia...

Ese rato en familia me sienta bien porque me retrotrae a mis raíces.

Por la noche, ya en casa, justo antes de acostarme, miro el móvil. El número de Marcos sigue borrado, pero soy consciente de que no he bloqueado aun su contacto. Tampoco he eliminado el historial de nuestras llamadas. Ni sus notas de voz. Ni las dos escasas fotos que nos hicimos en la granja, aunque estén escondidas en una carpeta que titulé con ironía bajo el nombre de «*Recuerdos rurales*».

Lo dejo así. Como un armisticio.

Una tregua entre lo que quiero olvidar y lo que no quiero soltar.

Antes de dormir, cojo un cuaderno y escribo una frase:

«*Cerrar una herida no significa que haya dejado de doler. Solo que has decidido no rascarla más.*»

Cierro el bloc y apago la luz. Me quedo a oscuras, escuchando el silencio de mi casa… y también, muy bajito, ese murmullo interior que aún no quiere rendirse del todo.



Capítulo 19

Tomar una decisión



MARCOS

Llevo toda la mañana dando vueltas por la finca como un alma en pena.

Me encargo de llevar a cabo solo las tareas más esenciales e imprescindibles de las que no puedo desentenderme, aunque en realidad solo estoy posponiendo lo inevitable.

El teléfono vibra en el bolsillo. Otra vez.

Me lo meto más adentro, como si eso bastara para silenciarlo.

Pero no.

La llamada vuelve. Tercera vez en dos días.

Suspiro y, con resignación, deslizo el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—¡Marcos! Soy Berta. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—No sé si has tenido tiempo de pensártelo, pero necesito saber si te unes al equipo. La plaza sigue disponible, pero tenemos que cerrar los nombres esta semana.

—Ya… —Me froto la nuca, nervioso. Miro hacia los establos, donde acabo de apilar un par de balas de heno. Todo sigue en orden. Todo está en su sitio. Excepto yo.

—El proyecto está arrancando con fuerza. Te dije que era una oportunidad única.

—Lo sé. Y te lo agradezco. De verdad.

—¿Entonces?

No sé qué responder.

Cierro los ojos, buscando una señal, una frase que me resuelva el dilema. Pero solo escucho el zumbido de las abejas en los naranjos y el balido de las cabras en el corral.

—¿Puedo decirte algo mañana?

—Mira, si me aseguras que sí, puedo guardártelo hasta finales de esta semana. Pero necesito compromiso, Marcos. No podemos seguir esperando.

Asiento, aunque ella no me vea.

—Te llamaré, te lo prometo.

—Vale. Confío en ti. Hasta pronto.

Cuelgo. Me quedo allí parado, mirando al cielo como si fuera a encontrar la respuesta escrita en las nubes.

Cuando entro a la cocina, Rosa está fregando unas tazas con una lentitud que solo puede ser intencionada. Ni siquiera se gira para saludarme. Espero sus palabras, pero estas no llegan, así que soy yo quien se decide a romper el silencio.

—Venga, di ya lo que tengas que decir, tía —la apremio, dejando el móvil sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Yo? ¿Y sobre qué esperas que diga qué?

—Ya lo sabes.

—Yo no sé nada, Marcos. Tú eres el que parece no saber lo que quiere.

La miro, cansado.

—No es tan fácil.

—Claro que no. Tomar decisiones importantes nunca lo es. Pero lo que no puedes es seguir esperando a que algo o alguien las tome por ti.

—No estoy esperando nada —replico, enfadado.

—Estás huyendo. —Ahora sí me mira, secándose las manos con un trapo de cocina—. Como siempre que algo te asusta.

—No estoy huyendo —repito, aunque la palabra me duele más de lo que debería.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué sigues dándole vueltas a lo de Galicia si aquí tienes lo que realmente te importa?

—¿Qué me importa aquí, Rosa? ¿Te refieres a la granja?

—Me refiero a Carmen.

El nombre cae en la cocina como una losa.

Y, por un momento, el aire se espesa.

—Ella no quiere saber nada de mí, te lo recuerdo —susurro.

—¿Y qué esperas? ¿Que vuelva con los brazos abiertos después de que te hayas cerrado como un candado oxidado?

—Le he dado motivos para no confiar en mí. Lo sé. Pero no voy a ir detrás de alguien que ha dicho que no quiere verme.

—Entonces deja de pensar en ella. Acepta el trabajo, lárgate y empieza una nueva vida.

La forma en que lo dice me enfurece. Porque sé que lo hace para provocarme. Para hacerme reaccionar.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque la echo de menos, joder. —Me siento en una de las sillas, frotándome los ojos—. Porque pienso en ella desde que me levanto hasta que me acuesto. Porque cuando se fue después de ese fin de semana que pasó con mi tía, la imaginé recogiendo huevos, riéndose con las cabras, manchándose de barro. Y me sentí completo por primera vez en mucho tiempo.

Rosa se acerca despacio y me pone una mano en el hombro.

—Entonces no tomes decisiones por miedo. Hazlo por lo que deseas.

—¿Y si lo que deseo ya no me desea a mí?

—Ese ya no es tu problema. Tú haz lo que debas hacer. Luego, lo que tenga que pasar… pasará.

Cuando me quedo solo, salgo al porche con una libreta entre las manos.

Me siento en un banco de madera y la abro por una página en blanco.

Escribo *Carmen* en la parte superior.

Y tardo un buen rato en escribir la primera frase.

No sé cuánto tiempo paso allí. Solo sé que, cuando levanto la cabeza, el sol ha comenzado a ponerse y tengo la libreta llena de tachones, palabras a medio decir y frases que se me han escapado desde lo más profundo del pecho.

Pero he plasmado lo que necesitaba decir.

Lo que no fui capaz de contarle en persona.

No espero que me perdone. Ni siquiera sé si leerá estas palabras.

Pero al menos serán reales. Mías. Honestamente mías.

—¿Qué es eso? —pregunta Rosa cuando entro en la cocina de nuevo.

—Una carta.

—¿Para quién?

—¿Tú qué crees?

Ella me mira. Luego la toma con delicadeza.

—¿Quieres que se la dé?

—Si crees que lo merece, sí.

—¿Y si no?

—Entonces quémala. Ya no está en mis manos.

Rosa acaricia el sobre como si tuviera algo frágil dentro.

Y lo tiene. Porque, por primera vez en años, ahí dentro va todo lo que soy.

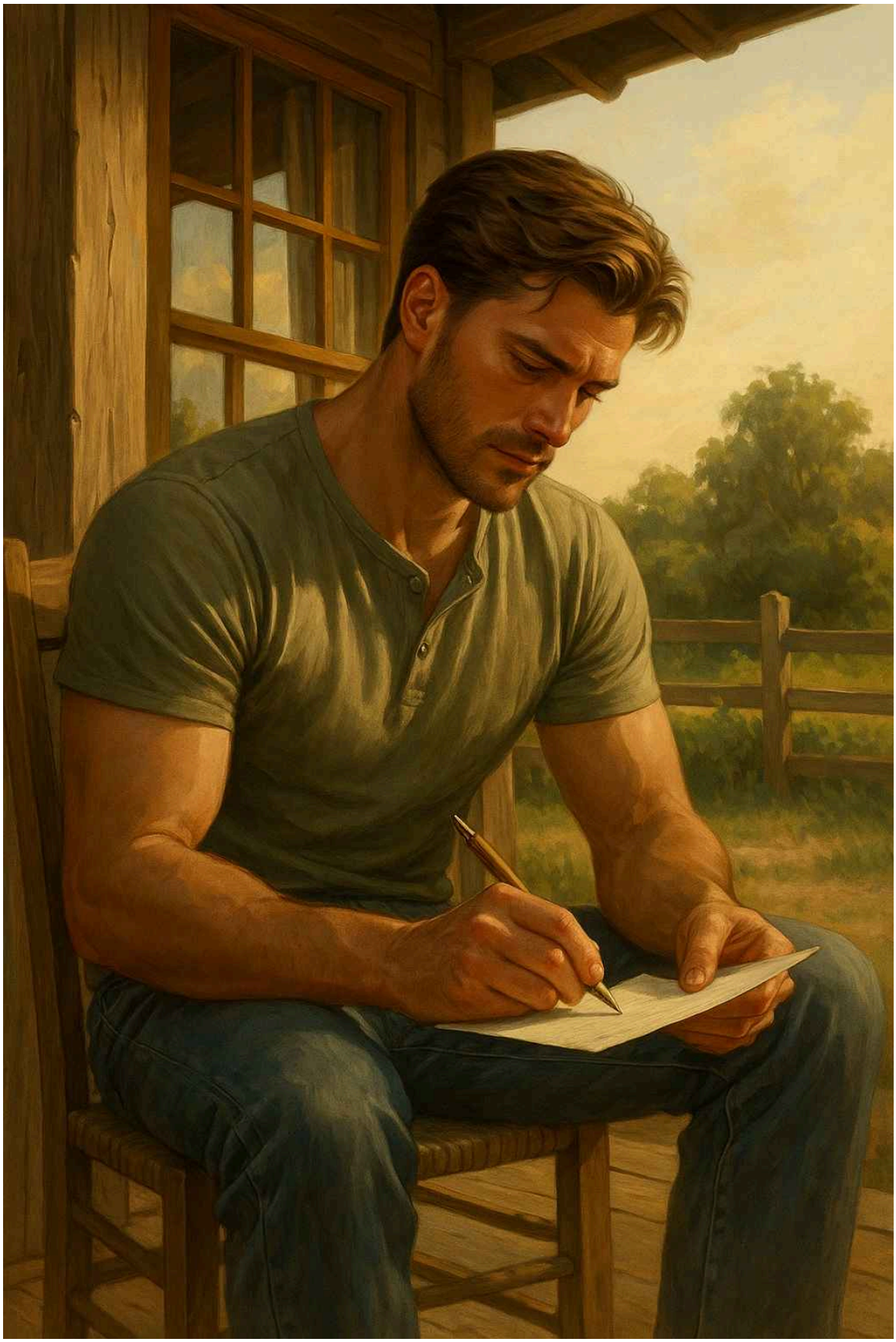
Cuando subo a mi habitación, ya es de noche. He cenado poco, he hablado menos y he evitado el tema con Rosa lo mejor que he podido. Me conoce demasiado como para insistirme. Sabe que, cuando el miedo me muerde, necesito mi espacio antes de reaccionar.

Me siento al borde de la cama con la libreta abierta sobre el colchón. La carta ya está escrita en un folio aparte, doblada con cuidado, pero me cuesta dejar de mirarla como si todavía la tuviera delante de mí.

Tantas versiones, tantas dudas, tanto tachón… como si mi corazón se negara a encontrar palabras limpias. Pero al final lo hice. Dejé de escribir con la cabeza y me lancé con el corazón.

Ahora siento el pecho menos apretado, como si hubiera soltado algo que llevaba años atorado.

Y por primera vez en días, duermo con la conciencia tranquila.



Capítulo 20

La carta



CARMEN

No es un día especialmente distinto. Es martes, tengo una reunión con el equipo de ciclo a las dos y media y una pila de cuadernos pendientes de corregir. Estoy en el aula preparando algunas fichas cuando veo por la ventana una figura que me resulta familiar.

Rosa.

Parpadeo dos veces, sorprendida. ¿Qué hace aquí?

—¿Carmen? —pregunta la portera al abrir la puerta del cole —. Te busca una señora. Dice que viene de parte de la granja escuela.

Mi estómago da un vuelco. Me seco el sudor de las manos en los vaqueros y salgo al vestíbulo. Allí está Rosa, con su bolso colgado del brazo y una sonrisa amable, aunque ligeramente contenida.

—Hola, hija —me saluda—. Perdona que venga sin avisar. He aprovechado que bajaba a Cádiz a unos recados y me he acercado a traerte esto. Es de parte de Marcos.

Me extiende un sobre.

Blanco. Cerrado. Con mi nombre escrito a mano, con una caligrafía impecable.

No lo cojo de inmediato. Me quedo mirándolo, como si fuera un animal que fuera a morderme si lo toco. Rosa lo sostiene con paciencia, sin decir nada. Al final, lo tomo entre los dedos.

—Gracias —murmuro, sin saber muy bien qué más decir.

—No te voy a pedir que lo leas. Solo que no lo tires sin hacerlo —añade con dulzura.

Asiento, aún sin saber si lo haré.

—¿Quieres pasar un momento al aula? —ofrezco, más por educación que por otra cosa.

—No, cielo. Solo vine a darte eso. Y a decirte que… bueno, que mi sobrino puede ser un zoquete para algunas cosas, pero lo que siente por ti no es ninguna tontería.

Me quedo en silencio. Rosa me da un golpecito en el brazo, se despide con un gesto y se marcha.

Me quedo allí de pie con el sobre entre las manos. Lo guardo en el bolso cuando regreso al aula, como si pesara más de una tonelada. Paso el resto de la jornada como en una nube. No sé si estoy enfadada, nerviosa o ambas cosas.

Cuando llego a casa, lo saco. Lo dejo sobre la mesa de la cocina, junto a la planta que me regaló. Le doy vueltas mientras me preparo una infusión. Llevo la carta al salón. La dejo sobre el sofá mientras enciendo la tele. A los cinco minutos la apago. Cojo el sobre.

Lo abro.

La carta tiene varias páginas escritas a mano. La letra es similar a la muestra el sobre: clara y ligeramente inclinada hacia la derecha. Me tomo un segundo antes de comenzar a leer.

«*Carmen,*

No sé cómo empezar esto sin que suene a excusa, y no quiero que lo sea. Lo que voy a decirte no busca que me perdones. Ni siquiera sé si querrás leer estas líneas, o si las romperás sin abrir el sobre siquiera. Pero necesito decirlo. Para ti. Para mí. Para no seguir callando todo lo que me arde por dentro.

Cuando te conocí, no esperaba que fueras a desmontar mi mundo. Yo tenía mi vida organizada, mi rutina, mi tierra. Las cabras, los huertos, los grupos de niños que vienen y van. Y entonces llegaste tú, con tus ojos curiosos, tus preguntas inteligentes y tu manera de mirar lo rural como si fuera algo extraordinario. Desde ese momento, supe que eras distinta, pero también fui consciente de

que venías de otro mundo. Y por eso mismo, quise dar un paso atrás; porque me gustaste más de lo que debería haber permitido».
Trago saliva. Continúo leyendo.

«*Me hiciste reír cuando no me apetecía, me hiciste hablar cuando llevaba años callado, y me hiciste sentir cosas que me asustan más de lo que me gustaría admitir.*

Sé que te decepcioné. Sé que fui un cobarde. Me escondí detrás de mis inseguridades y de mis fantasmas, tal vez porque temía que me juzgaras, como me ha pasado otras veces. Porque pensaba que, si te contaba ciertas cosas de mi pasado, la soledad que arrastro desde niño, ibas a verme roto. Y no quería que fuera así.

No sé si te conté que mi madre nos dejó cuando yo era pequeño. No quise saber más de ella, y ella tampoco quiso saber de mí. Después murió mi padre, y aunque Rosa y su marido me cuidaron, esa falta pesa más de lo que uno cree.

Pero ahora entiendo que eso no te hubiera alejado. Que fuiste valiente al acercarte. Que me ofreciste tu mano sin condiciones. Y yo la solté por miedo.

No sé confiar. Así, sin más. Me cuesta abrirme. Por eso no te conté lo de Galicia cuando debía. Me han hecho una oferta de trabajo muy interesante, una oportunidad que cualquiera en mi campo soñaría. Pero yo no estoy seguro de querer una vida allí. Porque lo que quiero no está a quinientos kilómetros. Está aquí. O al menos, lo estuvo.

Tú.

Tú, que eres la única que ha conseguido, en mucho tiempo, hacerme pensar que quizás hay algo más allá de esta granja y mis animales.

Si esto llega a tus manos y decides no contestarme, lo entenderé. Si has pasado página, no voy a interferir. Pero si hay una mínima posibilidad, una rendija por donde aún quepa la duda… entonces dímelo. Llámame. Escríbeme. Solo dame una señal. Una cualquiera.

Porque estoy dispuesto a cambiarlo todo si aún me quieres en tu historia.

Con todo lo que soy,

Marcos»

Cuando termino de leer, me quedo un buen rato inmóvil. El corazón latiéndome con fuerza contra el pecho.

Apoyo la carta en mi regazo y cierro los ojos. Noto cómo me tiemblan las manos. No sé qué hacer. No lloro, pero podría. La carta es hermosa, sincera, sin dramatismo, pero con verdad. Y esa mezcla me desarma por completo.

La doblo con cuidado. La guardo de nuevo en el sobre y la dejo sobre la mesilla que tengo al lado.

Me ducho, ceno algo. Pero no dejo de pensar en sus palabras.

No le escribo. No le llamo. Aún no. Porque necesito tiempo. Pero la carta… la carta me ha llegado a lo más profundo de mi ser.



Capítulo 21

Maldito orgullo



CARMEN

La carta sigue guardada en el cajón de mi escritorio, como si me quemara solo con mirarla. La he leído ya cuatro veces. La primera, con el corazón en un puño. La segunda, con rabia. La tercera, con lágrimas en los ojos. Y la última, hace apenas una hora, con una calma tensa, como quien intenta reconstruir un puzzle con las piezas que otro ha dejado caer.

No sé qué me desarma más: si la sinceridad con la que está escrita, o la sensación de que llega tarde.

Rosa tenía razón. Marcos es un hombre complicado, hecho a sí mismo, lleno de silencios que no siempre sabe explicar. Pero yo también tengo lo mío. No soy un trapo al que cualquiera puede tirar al suelo, pisotearlo, para cuando le venga en gana, volver a recogerlo.

Ha pasado dos días enteros desde que recibí la misiva y no he recibido ni un mensaje, ni una llamada, ni un «*¿la leíste*?» que me anime a creer que él está pendiente de verdad de mi respuesta. Lo que me lleva a pensar que ya está todo dicho, que por más emotiva que haya resultado la carta, no tiene lo que hay que tener para enfrentarme, mirarme a los ojos, y decirme que lo siente.

No es suficiente.

El orgullo es un enemigo traicionero. Y teniendo en cuenta de que se trata de un rasgo de mi carácter que tengo bien incrustado en el ADN, me descubro ahora atrapada en su interior, sin saber si quiero salir o quedarme allí, a salvo del daño... pero también del amor.

Cuando llega el viernes por la tarde, tengo la extraña sensación de que se repite la escena de cuando decidí no ir a la granja. El mismo nudo en el estómago, la misma lucha interna entre lo que deseo y lo que creo que debo hacer.

Mi móvil vibra sobre la mesa.

Es un mensaje.

De Marcos.

Contengo el aliento.

«¿Has recibido mi carta?»

Por fin da señales de vida, pero como es habitual en él, se limita a cuatro escasas palabras. Cuatro, que llegan como un puñetazo directo al centro del pecho porque no sé qué me molesta más: que lo pregunte o que no lo haya hecho antes.

No lo abro. Miro la notificación en la pantalla y dejo el móvil boca abajo. Ahora no puedo, o, mejor dicho, no quiero contestarle.

Ni siquiera sé si finalmente se ha ido a Galicia para embarcarse en su *interesantísimo proyecto.* Si ha sido así, entonces que se quede allí. Que no vuelva con palabras que no pueden transformarse en hechos. No quiero más promesas en papel. Quiero presencia, actos, certezas.

Pero, al mismo tiempo… me muero por verlo.

Quiero que me lo desmienta. Que aparezca, que me busque, que me diga que todo esto ha sido un malentendido y que sigue aquí. Que quiere quedarse conmigo. Pero no a través de un papel, sino cara a cara.

Me levanto con rabia contenida y empiezo a ordenar compulsivamente el salón. Doblo una manta. Quito el polvo del aparador que ya estaba limpio. Me detengo frente a la ventana y observo cómo cae el sol. Un viernes más sin él.

No sé por qué estoy hecha un lío. No sé en qué momento nos convertimos en esta pareja que no lo es pero que siente como si lo

fuera. En qué instante dejamos de hablar con el corazón y empezamos a escondernos detrás del miedo.

Respiro hondo. Miro el móvil, todavía boca abajo.

Si de verdad le importo, ¿por qué me ha hecho daño?

Dejo mi respuesta colgada ahí, como si ignorando su mensaje pudiera darme más tiempo. Porque si lo abro, ya no hay vuelta atrás. No puedo fingir que no ha pasado, que no ha llegado.

Pero si, por el contrario, me hago la ciega y sorda y no lo abro, ¿no estoy haciendo lo mismo que él hizo conmigo? ¿No estoy siendo igual de cobarde?

Suspiro, y me dirijo a la cocina con la intención de prepararme una infusión. Me siento en el sofá. Pongo una serie que termino por quitar a los tres minutos. Vuelvo a mirar el teléfono.

Mierda, mierda, mierda.

El mensaje sigue ahí. Inmóvil. Silencioso. Cargado de significado.

Y no contesto.

Ni esa noche, ni al día siguiente.

Y entonces pasa lo inevitable: empiezo a construir mis propias teorías.

Quizás la carta era solo una forma de cerrar el ciclo. Un gesto bonito para calmar su conciencia. Tal vez él, como sospecho, ya se ha ido a Galicia y esto es su manera de despedirse con elegancia.

Quizás ya tomó la decisión… y no quiso marcharse sin dejarme al menos una última palabra escrita.

Y esa idea, por absurda que sea, empieza a crecer en mi interior como una hiedra venenosa.

El lunes vuelvo al colegio con el alma hecha un nudo. Sonrío a los niños. Corregimos deberes. Hacemos una manualidad con cartulina y pegamento. Pero por dentro, estoy al borde del colapso.

Y no puedo contarle nada a nadie. Ni siquiera a mis amigas, porque si empiezo a hablar, me vendré abajo. Sé que ellas me entenderían, me animarían, pero bastante tiene cada una con sus propios problemas: Joe, con su compañero de trabajo que, aunque dice que no, le gusta más de lo que nos quiere mostrar. Mariluz, con el cabrón de su profesor que le ha fallado en todos los sentidos.

Mara, con su *dilema sevillano*, que le está haciendo que se le remuevan recuerdos pasados. Y yo…

Somos un cuarteto de pena… estamos como para presentarnos a los Carnavales. Más que gracia, íbamos a provocar lágrimas en el público.

Paso la semana sobreviviendo. Un día. Otro. Como una autómata. Como quien espera a que algo suceda… pero no se atreve a provocarlo.

Y entonces, el miércoles por la tarde recibo una llamada de Rosa.

—Hola, Carmen —me dice con tono afectuoso—. ¿Cómo estás?

Me pilla por sorpresa. No sé qué decirle.

—Bien —respondo, sin demasiada convicción.

—¿Has… leído la carta que te mandó Marcos?

Me asombra su franqueza. Asiento despacio y lo primero que pienso es que, el cobarde de su sobrino, en vez de llamarme ha mandado su tía a hacerle el trabajo sucio.

—Sí. La he leído.

—¿Y?

—Y nada. La he leído. Eso es todo.

Rosa guarda silencio durante unos segundos. Tengo la sensación de que quiere decirme algo, pero al final solo se limita a contestar:

—Entiendo. Bueno… si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

—Gracias —le digo. Y justo cuando estoy a punto de colgar, la oigo decir:

—Solo te pido que no cierres una puerta sin asegurarte antes de que no quieres volver a cruzarla.

Regreso a mi casa con esa frase taladrándome la cabeza.

¿Y si Rosa tiene razón?

¿Y si aún estoy a tiempo de…?

Pero entonces recuerdo que he dejado el mensaje de Marcos en visto, pero sin responder, porque el silencio, a veces, dice más

que mil palabras.

Y me convenzo de que es tarde.

Tarde para arreglar lo que se rompió. Tarde para intentar otra vez lo que ya nació torcido. Tarde para decirle que me removió hasta los cimientos.

Esa noche, antes de dormir, me siento frente al escritorio con una hoja en blanco.

Escribo «*Marcos*».

Y luego me quedo ahí, en silencio, mirando su nombre. Esperando que las palabras vengan solas.

Pero no vienen.

Porque todo lo que me gustaría decirle, ya me lo estoy diciendo a mí misma cada vez que miro el móvil, consciente de que el orgullo es una cárcel tan cómoda como solitaria.



Capítulo 22

Duele el silencio



MARCOS

El mensaje sigue sin respuesta.

Y Rosa, que siempre ha sido mi *Pepito Grillo* particular, no hace más que repetirme la misma pregunta, con tono neutro pero mirada dolida.

—¿No te ha contestado aún? —me soltó esta mañana mientras revisaba el pienso de las gallinas.

—No.

—Sin embargo, me comentó que sí había leído la carta.

—Ya lo sé. Me lo has dicho cien veces. Pero no quiere contestarme, no quiere saber nada de mí. ¿No te das cuenta?

Rosa suspira.

—Quizás necesita tiempo.

Tiempo… Ese que a veces cura y a veces mata.

He perdido la cuenta de las veces que he revisado el teléfono en los últimos días. De las veces que he vuelto a leer mi corto pero directo mensaje, como si cambiando una palabra pudiera provocar una reacción diferente.

«¿Has recibido mi carta?»

Cuatro palabras. ¿Demasiado escuetas? ¿Demasiado tarde?

Me siento como un idiota.

No por haberle escrito, porque eso lo volvería a hacer. Sino por esperar una respuesta cuando probablemente ya no queda nada

que decir.

La carta era mi forma de enfrentarme a mí mismo. De abrir la caja que siempre he mantenido cerrada con siete candados. No esperaba que me perdonara de inmediato. Pero al menos pensé que querría saber lo que llevo dentro.

Ahora, el silencio de Carmen pesa más que cualquier palabra.

Por eso, la oferta de Galicia se vuelve cada vez más tentadora. Aunque hace unos días le dije a Berta que no, la idea de volver a llamarla y sondear si todavía hay posibilidad de incorporarme al equipo me ronda por la cabeza con insistencia. Trabajo técnico, de campo… justo lo mío, aprovechando que es temporada baja aquí. Buen sueldo. Buen equipo. ¿Qué más se puede pedir?

Por eso, decido sentarme frente al ordenador de la oficina, dispuesto a escribir a mi antigua compañera. Cada día que pasa, estoy más convencido de que poner tierra de por medio es lo mejor que puedo hacer en estos instantes.

La pantalla parpadea ante mis ojos mientras mis dedos permanecen inmóviles sobre el teclado.

¿Qué le digo?

¿Que cuente conmigo porque tengo miedo de seguir esperando una señal de una mujer que no me quiere hablar?

¿O que no lo haga porque aún tengo la esperanza de que me llame?

Rosa entra sin llamar, como siempre, llevando un sobre blanco en la mano.

—¿Qué es eso?

—Una invitación. Para una feria de productores en Cádiz. Se celebra este fin de semana en la plaza de San Antonio. Vino, quesos, mermeladas, productos locales… quieren que vayamos con nuestros talleres y muestrarios de productos de la granja.

Frunzo el ceño.

—¿Este mismo fin de semana? Muy precipitado, ¿no te parece?

—¿Acaso tenemos algo mejor que hacer? —me inquiere, levantando una ceja, y dejándome la sensación de que algo trama—.

Supongo que ha debido caerse alguien del cartel, y la organización nos han mandado esto para evitar que el stand se quede vacío.

—¿Tú aceptaste?

—Aún no. Esperaba tu respuesta.

—Ya sabes lo que pienso de estos eventos. Mucho postureo y poco contacto real con la tierra.

—A veces hay que salir del campo para que la gente valore lo que haces en él.

Suspiro, cansado.

—No lo sé, Rosa. No estoy para paseíllos.

—¿Y para qué estás, entonces? Porque para lamentarte sí que tienes tiempo de sobra últimamente.

No respondo.

Ella se acerca, con una dulzura que solo muestra en momentos precisos.

—Mira, Marcos… Si no quieres ir por negocios, ve por ti. Por sacarte de este bucle en el que andas metido. Te vendrá bien distraerte.

—Estoy muy bien en mi *bucle.* Gracias —contesto, de mal humor.

—¿No has pensado que te la podrías encontrar allí?

No es necesario que me diga de quien está hablando. Parece que, para mi tía, no hay otro tema de conversación que no sea Carmen.

—Qué tontería… Ella no tendría por qué asistir; ni siquiera vive en Cádiz capital.

—Bueno, quizás le interese…

Miro a Rosa con suspicacia. Ya no me cabe duda: aquí hay gato encerrado.

—¿Qué estás tramando?

—¿Yo? Nada. Pero que tú no mantengas contacto con ciertas personas, no significa que yo no lo haga.

Mi mirada se vuelve inquisitiva.

—No te digo que la busques, Marcos… solo que salgas. Que te dejes ver. Que no parezca que te has rendido.

—No lo he hecho.

—Pero tampoco luchas. Estás en tierra de nadie.

Me callo, porque tiene razón.

Esa noche, me siento en el porche sin dejar de darle vueltas a la carta que le envié.

¿Y si ese mensaje fue mi error?

¿Y si debí haberla llamado?

¿Y si esta espera ha sido solo eso: un tiempo inútil y perdido?

Las preguntas no tienen eco.

Solo el silencio.

Y en ese silencio es donde más me duele vivir.

Rosa ha insistido durante la cena: deberíamos ir a la feria; nos conviene. Es bueno para la granja, para el negocio. Pero yo sé que detrás de ese «nos conviene» hay otra intención. Rosa cree que allí puedo encontrármela. Que, en un evento como ese, en Cádiz, ella podría ir por curiosidad, por casualidad… o por destino.

Sin embargo, yo no creo en este último. Pero sí en los errores. Y creo que cometí uno demasiado grande como para que un encuentro fortuito lo arregle.

No obstante, Rosa logra su propósito. El sábado lo tenemos todo preparado para llevar nuestros productos al stand que nos han asignado.

—Has tomado la decisión correcta, sobrino.

—Iré, tía. Pero no pienses que me verás sonreír.

—Tampoco te pido tanto. Con que no pongas cara de funeral me basta.

—¿Y si me la encuentro?

Rosa se encoge de hombros.

—Entonces mírala. Y, si te atreves, háblale. Pero no esperes nada. No vayas con expectativas. Ve como quien entrega lo último que le queda.

La feria está abarrotada.

Colores, olores, sonidos… todo me resulta abrumador. Demasiado estímulo para alguien que lleva semanas encerrado entre la rutina y la culpa.

Nuestro puesto está bien montado. Rosa habla con una pareja mayor, les explica el tipo de queso que hacemos, las diferencias entre las hierbas que usamos para aromatizarlo. Yo me ocupo del muestrario de hierbas secas y de los tarros de miel artesanal.

Pero mi mirada va y viene, escaneando entre la multitud, buscándola, aunque me repita que no debo hacerlo.

No la veo por ningún lado. Estoy seguro de que no ha venido.

Lo que sí hay es gente mirando los puestos con curiosidad, algunos empujando carritos de bebé, con bolsas de papel llenas de productos… pero de ella, ni rastro.

Y, al mismo tiempo, respiro con cierta mezcla de alivio y frustración. ¿En serio, qué haría si apareciera? ¿Qué le diría? ¿«¿Hola, soy el idiota que no supo quererte bien»? ¿«Perdóname por alejarme cuando más cerca estaba de ti»?

El día avanza lento.

Las horas pasan entre conversaciones superficiales, presentaciones de géneros, muestras que se acaban rápido y sonrisas forzadas que se me gastan con cada intento de parecer un hombre entero.

Hasta que, casi al final de la tarde, ocurre.

No es que la vea llegar. Es que, de pronto, la siento.

Como si su presencia alterara la atmósfera. Como si mi cuerpo la reconociera antes que mis ojos.

Giro la cabeza y ahí está.

A unos metros, hablando con una chica morena que no conozco. Tiene una bolsa de tela colgada al hombro y una blusa blanca que le sienta como un suspiro de verano.

De manera automática, mi corazón da un vuelco. Brutal. Irrefrenable.

Ella no me ha visto… aún.

Me debato entre acercarme o esconderme. Entre huir o enfrentar. Y es entonces cuando ella gira la cabeza… y me ve.

Nuestros ojos se cruzan.

No hay sonrisa. No hay saludo.

Solo una mirada larga, intensa, llena de todo lo que no nos hemos dicho.

Y luego, se da la vuelta.

Se va.

Así, sin más.

Sin drama. Sin gestos exagerados. Sin palabras. Solo una retirada silenciosa que me deja congelado junto al puesto de miel como si me hubieran clavado al suelo.

Rosa aparece a mi lado justo entonces.

—¿La has visto? —pregunta, aunque por su expresión, ya conoce la respuesta.

—Sí.

—¿Y?

—Y nada —me encojo de hombros—. Me miró y se fue.

Rosa suspira. Tarda unos segundos en decir algo.

—A veces, el silencio es una forma de gritar.

Yo no contesto. Porque no puedo. Porque estoy mudo por dentro. Porque ese segundo en el que se han cruzado nuestras miradas ha sido más brutal que cualquier reproche que pudiera haber salido de su boca.

Sé que ha leído mi carta.

Sé que sabe que le escribí.

Y ahora también sé que ha decidido que no quiere hablar conmigo.

La feria termina. Recogemos el puesto, cargamos las cajas y regresamos en silencio, sintiéndome más cansado en lo emocional que en lo físico, a pesar de habernos llevado horas de pie.

Ya en casa, Rosa me entrega una taza de café caliente y me la pone entre las manos.

—¿Y ahora qué?

La miro sin responder. Porque no sé qué decir. Porque he cruzado la línea que separa la culpa de la resignación.

—¿Y si ya no hay nada que hacer? —pregunto, casi en un susurro.

Rosa se sienta frente a mí y me observa con una ternura que duele.

—Entonces, al menos sabrás que lo intentaste. Que te abriste. Que luchaste por ella, aunque no bastara.

—¿Y si no luché lo suficiente?

—Eso solo lo sabes tú, Marcos. Pero si crees que aún no es tarde… haz algo. Lo que sea. Pero no sigas dejando que el silencio lo decida todo.

Miro mi taza sin beber. En mi interior, la frase de Rosa resuena como un disparo en mitad de un campo vacío.

Porque allí donde más duele el silencio… es donde aún queda algo por decir.


MIEL
ARTESANAL
DEHESA DEL ROBLE

Capítulo 23

Miradas



CARMEN

No tenía que haber ido a esa feria. No tenía que haberme dejado arrastrar por Rosa. Ni tampoco por Mariluz, que fue al final quien me acompañó, cuando por teléfono me dijo:

—Te va a venir bien airearte un poco, mujer. Cádiz está preciosa en esta época, en la que ya no hace tanto calor, ni hay tantos turistas.

Y yo, como una tonta, dije que sí. Porque no quería quedarme en casa, porque me estaba volviendo loca mirando esa carta una y otra vez sin hacer nada. Y porque, en el fondo, una parte de mí… Una parte de mí quería verlo.

Sin embargo, dudé de que llegara a suceder. Las ferias están siempre muy concurridas y no es improbable que pasáramos desapercibidos el uno para el otro entre tanta multitud.

Pero el universo es un bromista cruel.

Porque cuando me giré, cuando noté que el aire se había tensado como si alguien hubiera contenido el aliento, lo vi. Allí, de pie junto a un puesto de miel, con la misma camisa remangada de siempre y esa expresión de no saber si correr o quedarse.
Y nuestros ojos se cruzaron.

Fue solo un segundo. Quizás menos. Pero sentí cómo el suelo temblaba bajo mis pies. No porque fuera romántico, mágico, o

bonito. Sino porque fue como abrir una herida que todavía no había terminado de cerrarse.

No hubo saludo. No hubo gesto.

Solo lo miré.

Y me di la vuelta.

No sé cómo no me derrumbé allí mismo, entre los puestos de quesos y las catas de vino artesanal.

Mi amiga Mariluz me preguntó si estaba bien, pero yo no le dije la verdad. Porque de haberlo hecho, de haberle dicho que allí estaba Marcos —de quién tanto ha oído hablar—, hubiera querido conocerlo. Y yo, no quería acercarme a él.

—Sí, es solo que aquí hace mucho calor —mentí, sin pestañear—. Vayamos a los puestos que están allá, donde hay más sombra.

Mentir es fácil cuando se trata de protegerte de lo que duele. Aunque me sienta mal por ocultarle la verdad a una de mis chicas. Más adelante ya se lo explicaré y no dudo de que ella lo entenderá.

Pasamos unos minutos más recorriendo la feria, pero yo ya no estaba allí. Mi cuerpo sí, claro, sonriendo a medias, pronunciando un *«qué buena pinta»* cada vez que me ofrecían algún producto. Pero mi mente se había quedado anclada en ese cruce de miradas. Aferrada a todo lo que no dijimos.

En lo que callamos… o callé. Por orgullo.

Porque eso es lo que nos ha roto. No la falta de amor, ni una pelea irreparable, ni un engaño imperdonable.

No.

Lo que ha matado esto —si es que de verdad está ya muerto — ha sido el maldito orgullo. Su miedo y mi silencio. Su distancia y mi reacción. Nos hemos ido construyendo barreras sin ladrillos, pero igual de resistentes. Y ahora no sé cómo derribarlas.

Cuando llego a casa esa noche, me quito los zapatos en la entrada como si llevara plomo en los pies. Me dejo caer en el sofá, en silencio, y miro el techo como si allí fuera a encontrar la respuesta a los problemas del mundo, o, al menos, los que me atormentan a mí.

La carta sigue guardada en el cajón del escritorio. Su mensaje, sin contestar. Y yo continúo aquí, atrapada en este limbo en el que no soy capaz de dar un paso hacia adelante… pero tampoco hacia atrás.

Miro el móvil y lo desbloqueo. Abro la galería y me detengo en una foto que me hice con Rosa en la granja, el último día que estuve allí. Las dos sonriendo con una cabra asomada al fondo. Fue un buen fin de semana, a pesar de todo. A pesar de él.

Pero ni siquiera de eso soy capaz de disfrutar sin que el nudo en la garganta me apriete.

Cierro la galería y abro el WhatsApp. El mensaje de Marcos sigue inamovible, esperándome.

«¿Has recibido mi carta?»

Una pregunta estúpida, después de tanto tiempo.

Una pregunta que no se atreve a ir más allá.

Una pregunta que, en el fondo, esconde el miedo de quien no quiere escuchar la respuesta.

Y yo tampoco soy lo que se dice valiente.

Ahora que lo he visto, que he sentido que todavía me importa más de lo que debería… me doy cuenta de que el orgullo me queda demasiado grande. De que no me protege. Solo me aísla.

Cojo una libreta y empiezo a escribir sin pensar demasiado:

«Lo he visto hoy. Estaba allí, entre una multitud. Y, aun así, ha sido como si todo el mundo desapareciera. Nos hemos mirado. Y luego me he dado la vuelta como una cobarde. Como alguien que no sabe si quiere arreglarlo o seguir en guerra.

No sé qué hacer.

No sé si merece la pena.

Pero lo que sí sé es que, aunque no se lo diga, me ha removido hasta el alma.

Y que si me volviera a mirar así… no sé si tendría la fuerza para huir de nuevo.»

Cierro la libreta, como si guardar esas palabras fuera la forma de mantener a raya lo que late en mi interior. Pero no sirve, porque lo siento igual.

Y en mitad de esa noche silenciosa, pienso que quizás lo que callamos por orgullo es justo lo que más necesitamos decir.

Con la resaca de haberlo visto ayer, me despierto tarde. El sol entra por la ventana con descaro, como si también él quisiera empujarme a actuar. Pero yo no tengo fuerzas. O no tengo ganas. O no tengo valor. No sé cuál de las tres cosas es peor.

Pongo la cafetera, me sirvo una taza y me siento en el balcón. Observo a los vecinos salir de sus casas, a una pareja que pasea al perro, a una mujer que cuelga ropa en su tendedero. La vida sigue, incluso cuando uno se siente detenido por dentro.

Y entonces lo pienso: ¿Qué pasaría si simplemente… le escribiera?

No para volver. No para decirle que todo está bien. Sino para decirle que lo vi. Que lo sentí. Que su carta no ha caído en saco roto, aunque aún no sepa qué hacer con lo que expone en ella.

Pero no lo hago.

En vez de eso, llamo a Mariluz. Necesito hablar con alguien que no me diga lo que quiero oír, sino lo que necesito escuchar. Quizás estoy siendo un poco tendenciosa, porque de todas mis amigas, estoy acudiendo a la más romántica del grupo.

—¿Tienes un momento? —le pregunto, casi en un susurro.

—Por supuesto. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondo, y esa duda (además del tono de mi voz) ya lo dice todo.

—Me da que esto no es un tema para tratar por teléfono. ¿Por qué no nos vemos?

Quedamos en una cafetería cerca del paseo marítimo. Mariluz llega con su melena recogida en una coleta alta, gafas oscuras y esa energía suya que siempre parece tener un plan para arreglar el mundo.

Le cuento lo de la feria —la verdad, no la trola que le metí—, lo de la mirada, lo de cómo me di la vuelta.

No me juzga. Se limita a escuchar con atención, como si cada palabra pudiera ser una pista en el rompecabezas de mi corazón.

—¿Y tú qué quieres hacer ahora? —me pregunta, sin rodeos.

—Ojalá lo supiera. A veces pienso que debería pasar página. Otras veces… solo quiero abrazarlo.

Mariluz se inclina hacia adelante y se baja un poco las gafas para mirarme a los ojos.

—Carmen, una cosa es el orgullo… y otra el miedo. ¿Cuál de los dos sentimientos te está hablando ahora?

La pregunta me sacude.

—Supongo que ambos.

—Pues entonces hay que callar al menos a uno. El orgullo se silencia con valentía. El miedo, con sinceridad.

—¿Y si me vuelve a hacer daño?

—¿Y si no? —pregunta a su vez con suavidad—. Nadie puede asegurarte que no lo hará. Pero tampoco puedes seguir así, atrapada en este limbo. O cierras del todo esta historia, o la abres otra vez… Si me preguntas, mi consejo es que no sigas girando en círculos o terminarás por marearte.

Sus palabras se me quedan grabadas.

Y esa noche, mientras miro una vez más la carta que sigue en mi escritorio, noto como algo cambia.

No es que de repente todo esté claro. Ni que el dolor haya desaparecido. Sin embargo, oigo una voz dentro de mí que me repite: *No puedes seguir esperando que sea solo él quién arregle lo que tú también ayudaste a romper.*

Así que me siento frente al escritorio y escribo. No una carta, no un mensaje.

Escribo para mí, como si fuera un ejercicio de los que pongo cada día a mis alumnos. Una forma de ordenar el caos.

"*Te vi.*

Y no sé si fue una señal o una despedida.

Pero te vi.

Y durante ese instante, volví a sentirlo todo.

Lo bueno y lo malo.

La emoción y el miedo.

El deseo y la herida.

Y aunque me giré, aunque me fui, quiero que sepas que no fue por indiferencia, sino por todo lo contrario.

Porque si me quedaba, no sé si iba a ser capaz de irme."

Cierro la libreta. No tengo claro si le enviaré alguna vez estas palabras. Lo más probable es que no. Sin embargo, consiguen que me sienta más ligera.

Me voy a la cama con la sensación de no llevar una losa pegada a la espalda. Como si hubiera sufrido una catarsis. Y cuando, durante la mañana, Rosa me llama para decirme que la granja está organizando un nuevo taller de elaboración de miel, con vistas a la visita que tengo previsto realizar con los niños en primavera, me invita a que me pase, por si quiero ver cómo lo hacen… no digo que no de inmediato.

—Lo pensaré —respondo.

—Vale —dice Rosa, y puedo adivinar la sonrisa en su voz—. Tómate tu tiempo, pero no tardes demasiado.

Cuando cuelgo, miro el cielo desde el balcón.

Sigo sin saber qué quiero. Bueno, eso no es del todo cierto. Lo quiero a él. Lo que no estoy segura es de querer pasar por esta tortura de nuevo.

Lo que tengo claro es que por fin he dejado de esconderme de lo que siento.



Capítulo 24

La excusa perfecta



CARMEN

El sábado ya está aquí. Ha amanecido con un cielo tan claro que parece pintado a brocha gorda. No tengo colegio, ni reuniones, ni excusas. Solo una cita conmigo misma… y con lo que decida hacer con este día.

Llevo días dándole vueltas a la invitación de Rosa. El taller de miel, los niños, la primavera… Es una excusa perfecta, lo sé. Pero también una oportunidad. Y no para ver abejas, claro está.

Me visto con ropa cómoda pero cuidada. Un vaquero claro, camisa blanca y una chaqueta ligera. Me recojo el pelo en una trenza baja. No voy arreglada en exceso, pero tampoco voy descuidada. Es solo que no quiero parecer que he venido a impresionar a nadie. Aunque, seamos honestas, sí que quiero lucir un poquito más que bien.

Conduzco hasta la granja con las manos temblorosas sobre el volante. El paisaje se abre ante mí como una postal que ya conozco de memoria, pero que, por alguna razón, hoy me emociona más que otras veces.

Aparco y me bajo del coche. Noto cómo el corazón se me dispara cuando lo veo.

Está junto al invernadero, con la camiseta azul de siempre, los vaqueros gastados y una caja en las manos. Me ve antes de que

yo pueda decidir si acercarme o no. Se queda quieto de repente, como si no supiera si mi presencia allí es real o un espejismo.

Me froto las manos con nerviosismo y me doy cuenta de que me sudan un poco, así que, de manera disimulada, me las seco en el pantalón mientras me acerco a él.

—Hola —digo, intentando sonar natural.

—Hola —responde, dejando la caja en una mesa de madera —. No sabía que fueras a venir.

—Ya… —Desvío la mirada un instante, antes de volver a posar mis ojos en él—. Rosa me habló del taller de miel. Pensé que sería interesante verlo… para cuando traiga a los niños en primavera.

La excusa sale sola, pero me sabe a mentira.

Él asiente, pero sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de sorpresa, alivio y miedo.

—¿Solo has venido por eso?

Silencio.

No puedo evitarlo. Bajo la mirada un segundo. Respiro. Y entonces le contesto con toda la honestidad de la que soy capaz:

—No. El taller solo es una excusa.

Marcos se queda inmóvil, como si esa frase hubiera detenido todo a su alrededor. Luego da un paso hacia mí, sin brusquedad, solo para acercarse un poco más.

—¿Entonces?

—Es que… necesitaba volver. Verte. Saber si…

No termino la frase porque no sé cómo hacerlo. Él solo asiente despacio.

Nos quedamos un rato en silencio. Como es habitual en este lugar, el aire huele a campo, a madera, a tierra húmeda. Y hay algo que flota entre nosotros, un hilo invisible que no se ha roto del todo.

—Entonces, ¿quieres ver cómo va a desarrollarse el taller? —pregunta, intentando aligerar la tensión—. Todavía no es más que un proyecto en desarrollo, pero creemos que puede resultar interesante.

—Claro.

Caminamos hacia la zona donde están montando la actividad. Hay colmenas didácticas, tarros de miel alineados en mesas de

madera, panales de cera y carteles informativos. Todo huele dulce y cálido. Rosa me saluda desde lejos con una sonrisa que va más allá de la cortesía.

Durante un rato hablamos de cosas prácticas: recordamos las fechas previstas para la excursión, el número de alumnos, los materiales educativos. Pero no tardamos mucho en que la conversación cambie de tono.

—He leído tu carta —le digo, sin mirarlo—. De hecho, reconozco que la he leído muchas veces, si te soy sincera.

—No sabía si responderías.

—No sabía cómo hacerlo. Ni qué decirte. Tampoco si estaba preparada para hablar de todo lo que ha pasado.

Marcos asiente. Su rostro está serio, pero en su mirada luce un brillo de expectación… una súplica muda que me conmueve.

—Gracias por escribirla —añado, y sus ojos se abren ligeramente—. Fue valiente por tu parte.

—Fue lo único a lo que me pude agarrar para tratar de arreglar mi error. La única tabla salvavidas a la que aferrarme, la única forma que se me ocurrió para intentar reparar lo que ya creía perdido.

Nos paramos junto a una valla de madera, frente a las cabras. Él se apoya con los antebrazos en el travesaño. Yo lo imito, sin apartar la vista del horizonte.

—Marcos —digo al cabo de un rato—. Esto… no es fácil para mí.

—Para mí tampoco.

—Ya, pero me fallaste, Y, aun así, estoy aquí.

—Te he echado de menos, Carmen. Jamás pensé que pudiera extrañarte tanto, pero he vivido un calvario sin ti. A pesar de que nuestros encuentros han sido escasos, he añorado nuestras conversaciones, tener la certeza de que estabas ahí. Y soy consciente de que no he estado a la altura.

—No, en efecto, no lo has estado.

—¿Existe siquiera la posibilidad de arreglar esto? —Nos señala a los dos con la mano—. Haría lo que fuera si de esa manera pudieras olvidar lo que pasó.

—No te voy a engañar, Marcos. Todo esto me ha hecho reflexionar mucho. Soy una mujer urbanita, no lo voy a negar. Que haya descubierto que en el campo no se está nada mal, no implica que no me guste el gentío, las tiendas, salir con mis amigas. Y eso…

—Eso es incompatible conmigo, ¿no? ¿Es lo que me quieres decir?

—Solo quiero decir que tú me importas, pero que también debemos respetar nuestros espacios. No tiene que ser todo blanco o negro. También hay grises; de muchos tonos, además.

—Creo que los dos debemos poner de nuestra parte, si queremos que lo nuestro llegue a algún sitio.

—Exacto. ¿Estarías tú dispuesto a poner en la ecuación esa parte de ti que no te gusta?

Él gira la cabeza hacia mí. Sus ojos brillan. Yo también lo miro. Y durante un instante, no hay nada más.

Sin pensarlo, sin calcularlo, Marcos da un paso hacia mí. Me toma la cara con ambas manos, despacio, con una dulzura que me desarma. Acaricia mis mejillas con las yemas ásperas de los dedos y siento que vuelvo a estar donde debo. Entonces, me besa.

Es un beso cargado de dudas y certezas. De preguntas sin respuesta y respuestas que no necesitan palabras. Es un beso que duele y alivia al mismo tiempo.

Cuando se separa, nuestras frentes se quedan unidas unos segundos.

—Quédate —me susurra—. Quédate este fin de semana conmigo.

Muevo la cabeza de lado a lado, con los ojos cerrados. Es una oferta tentadora, pero…

—No he traído ropa.

—No me importa.

Alzo la frente y puedo ver sus ojos cargados de deseo.

—No te hagas ilusiones —digo, medio en broma, medio en serio—. Conmigo vas a tener que currártelo.

Marcos sonríe. Y esa sonrisa es distinta. Es la de un hombre que, por primera vez, no tiene miedo de querer.

—No me importa nada de eso. Solo quiero que no te vayas.

Nos miramos, y algo dentro de mí se rinde.

Nos quedamos así, abrazados junto a la valla, durante unos segundos que saben a tregua. A oportunidad. A promesa silenciosa.

Después, nos separamos sin romper del todo el contacto. Caminamos el uno junto al otro hacia el camino que lleva a la casa, sin necesidad de hablar.

Rosa está en la cocina cuando entramos, colocando unos frascos de miel en una caja de madera. Levanta la vista con una ceja arqueada cuando nos ve aparecer.

—Vaya, vaya… —dice, sin disimulo—. La profesora ha vuelto.

—Hola, Rosa.

Ella me mira, luego a Marcos, y sonríe con una complicidad que provoca que me ruborice.

—¿Te quedas a comer? —pregunta, como si fuera algo de lo más habitual.

—Si no molesto…

—Tú nunca molestas —responde ella, guiñándome un ojo—. Haré arroz con verduras. Sano y sabroso.

—Además, Carmen se queda a dormir también —anuncia Marcos.

—Bueno, eso ya lo veremos —replico con cierta coquetería.

Nos quedamos a ayudar a Rosa a poner la mesa en el porche. El sol ha bajado un poco y corre una brisa agradable. Marcos trae la jarra de limonada y yo dispongo los platos y los cubiertos. Durante la comida hablamos de cosas sencillas: los talleres, la nueva temporada, los niños del colegio. Rosa no interviene demasiado, pero cuando lo hace, es fiel a su estilo: lanzando una semilla que germina más tarde.

—Los buenos ingredientes hacen las mejores recetas —dice mientras sirve el arroz—. Pero hace falta fuego lento para que todo se cocine bien.

Yo me atraganto con la limonada. Marcos se ríe sin levantar la vista.

Después del postre, Rosa se marcha con la excusa de que va a hacer una visita *muy larga* al corral. Nos deja solos a la mesa, con el mantel arrugado y el murmullo de los pájaros de fondo.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunta él.

Asiento.

Salimos sin prisa hacia el sendero que bordean los árboles frutales. Todo está en calma, en paz.

—Me gusta que hayas decidido venir —me dice, mientras camina con las manos en los bolsillos.

—Me costó decidirme, la verdad.

—¿Por qué lo hiciste?

Lo miro de reojo. Tiene el ceño fruncido, pero su voz es suave.

—Porque me removió verte en la feria. Porque me removió tu carta. Porque me removiste tú.

Él se detiene. Yo también.

Nos miramos. No hay música de violines de fondo. No hay luces mágicas que brillen sobre nuestras cabezas. Solo nosotros dos. Y siento que el mundo entero ha hecho una pausa para que este momento exista.

—Te juro que no sé cómo hacerlo bien, Carmen —me dice, bajando la voz—. Pero quiero intentarlo. Quiero aprender a estar contigo sin huir de mí.

Mi cuerpo se acerca al suyo como por instinto.

—Yo tampoco sé cómo se hace. Pero estoy aquí, y eso es ya un comienzo.

Nos abrazamos. Con la cabeza apoyada en su pecho, escucho su corazón. Late fuerte, vivo, como si quisiera hablarme.

Cuando volvemos a la casa, el sol ya cae y lo tiñe todo de naranja. En la entrada, me detengo.

—Marcos…

—¿Sí?

—Me voy a quedar esta noche.

Sus ojos brillan. Parece que no se lo creyera del todo.

—¿De verdad?

—Pero no te hagas ilusiones —añado enseguida—. No tengo ninguna intención de acostarme contigo. No quiero hacer las cosas deprisa. Ni mal. Si me voy a quedar… que sea para ir un paso detrás de otro.

Marcos asiente, con lentitud a la vez que me toma las manos.

—No te preocupes. No tengo prisa. Lo único que quiero… es que no te vayas.

Sus palabras me atraviesan.

Por primera vez en semanas, no siento que esté escapando de nada.

Únicamente siento una suave certeza que se acomoda en mi pecho: estoy donde quiero estar.



Epílogo

Primavera en la granja



CARMEN

Las flores silvestres han estallado por todos los rincones del camino, como si el campo quisiera presumir de colores para darnos la bienvenida. El sol calienta sin agobiar, y una brisa suave arrastra el olor a romero, tierra y algo dulce… quizás miel.

No sé si es el paisaje o la emoción, pero tengo el estómago encogido mientras bajo del autobús escolar.

—Chicos, en fila y sin empujar —digo, aunque sonrío al verlos tan ilusionados.

Es nuestra excursión, la que llevamos meses preparando. Y esta vez no es una cualquiera. Esta vez, es especial para mí. Esta vez, es personal.

Porque estamos en la granja. En su granja. En la nuestra, si me atrevo a decirlo así.

Mientras los niños se agrupan frente a la valla, yo respiro hondo y me dejo envolver por ese aire distinto, limpio, lleno de una esencia que no puedo describir del todo, pero que reconozco como hogar. Tal vez porque aquí encontré aquello que no esperaba: a él.

Veo a Rosa esperándonos en la entrada, con su delantal de flores y una sonrisa tan amplia como el campo.

—¡Carmen! —grita—. ¡Bienvenida de nuevo!

Los niños corretean por el patio de entrada a la granja con la energía inagotable de quien acaba de llegar a un lugar nuevo y fascinante. Hoy es solo el primer día de la excursión, y en el programa tenemos muchas actividades por delante: se ocuparán de los animales, aprenderán cómo se recoge la fruta del huerto, harán pan casero con Rosa y, por supuesto, descubrirán todo el proceso de elaboración de la miel. Dormirán en los dormitorios compartidos del ala este, y yo dormiré en la habitación de invitados, como la primera vez. Con la diferencia de que ahora... todo es distinto.

—Hola, Rosa —respondo, cruzando la valla—. ¿Todo listo para la invasión infantil?

—Por supuesto. Más que listo.

Río, y mientras ella les da las primeras indicaciones a los alumnos, mis ojos lo buscan. No puedo evitarlo. Como un reflejo, como una brújula interna que siempre apunta hacia él.

Marcos aparece desde el invernadero, con una caja entre las manos y su habitual camiseta gastada. Ha dejado de afeitarse todos los días —¡cómo me gusta con esa barbita incipiente! — y tiene el pelo un poco más largo. Me sonríe cuando me ve con esa sonrisa leve que se le forma más en los ojos que en la boca. Me devuelve a nuestros comienzos. A nuestros finales.

Y a lo que hay entre medias.

Me acerco con paso sereno mientras le echo una mirada de advertencia a uno de los alumnos que ya está metiendo la mano en un cubo de pienso.

—¡Pedro! ¡Eso no se toca sin permiso! —le digo, con tono firme, aunque por dentro me hace gracia su curiosidad.

—Lo siento, seño —responde, con esa vocecita inocente que desarma a cualquiera.

Marcos se ríe bajo, a mi lado.

—Vas a necesitar energía para tres días —me susurra, divertido—. Espero que tengas reservas.

—¿Yo? Estoy más que acostumbrada a bregar con estas fieras. Sois vosotros quienes las vais a necesitar. Además, aunque estuviera cansada, tengo a alguien que me va a masajear los pies

por la noche y a preparar café por las mañanas —le lanzo una mirada cómplice.

—Entre otras cosas… —responde con una mueca divertida.

—Calla, tonto. No olvides que en esta ocasión estoy aquí por trabajo —lo señalo con el ceño fruncido como aviso—, no por placer.

—Ya veremos…

Nos quedamos unos segundos en silencio, rodeados del bullicio de la chiquillería y del canto de los pájaros. Y en ese instante, no necesito más.

—¿Sabes? —le digo—. A veces no entiendo cómo lo hemos conseguido.

Marcos me mira con las cejas en alto, divertido.

—¿El qué? ¿Que los niños no se hayan comido unos a otros en el autobús?

—No, bobo —río—. Lo nuestro.

Él se apoya en la valla, como tantas veces, y asiente despacio.

—Yo tampoco. Supongo que queríamos intentarlo con tantas fuerzas como para encontrar la manera. Y eso nos basta, por ahora.

—Por ahora —repito, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Porque hemos aprendido a no poner etiquetas a todo. A no apresurar las cosas.

—Y a no dejar que el orgullo nos gane la partida.

—Eso también.

Me besa en la frente con ternura. Y yo me dejo llevar por esa sensación de paz.

Después de aquel fin de semana en que aclaramos nuestra situación, vinieron muchos otros. Conversaciones sinceras. Dudas. Tardes de silencio. Comidas en la ciudad. Paseos por el campo. Horas de carretera. Reencuentros con sabor a despedida… hasta que dejamos de despedirnos.

Nos encontramos en un punto intermedio, sin rendirnos a la comodidad de nuestros respectivos mundos. Yo no me he convertido en granjera, ni él en urbanita. Pero él ha aprendido a estar cómodo en mis planes improvisados de ciudad, y yo he aprendido a amar la

quietud de los domingos en su casa, con las manos manchadas de tierra y el alma tranquila.

Hemos hecho espacio. En nuestras agendas, en nuestras casas, en nuestros corazones.

Hemos aprendido a no huir.

A quedarnos.

Y ahora estamos aquí.

Juntos.

Los niños se reparten en grupos. Algunos corren hacia las cabras, otros curiosean las colmenas didácticas. Rosa los guía como una experta, sin perder nunca la sonrisa, y yo me uno a uno de los grupos, no como profesora, sino como cómplice. Me detengo a observar cómo una niña acaricia a una oveja sin miedo, cómo otro se asombra al ver salir a las abejas de una colmena. Y me descubro emocionada.

Marcos se ha unido a otro grupo. Está de pie, explicando a los niños cómo se extrae la miel sin dañar a las abejas. Lo hace con calma, sin imponerse, dejando espacio a las preguntas. Algunos de los críos lo miran como si fuera un mago del campo.

Y yo… yo también lo miro así.

En un momento dado, nuestras miradas se cruzan por encima de las cabezas de los críos. Él sonríe, y yo, también. Es una sonrisa de esas que lo dicen todo: estamos bien. Estamos donde debemos y queremos estar.

Al final de la mañana, nos reunimos todos en el porche para comer al aire libre. Rosa ha preparado bocadillos caseros con pan de pueblo, tomate, queso y jamón. Los niños se sientan en bancos largos, riendo, peleando por el zumo y compartiendo anécdotas.

Yo me quedo un poco apartada, observando.

Y Marcos se acerca por detrás, con dos vasos de limonada.

—¿Descansando, profe?

—Solo un minuto —respondo, aceptando la bebida.

Nos sentamos en el escalón del porche, codo con codo, viendo el bullicio con una complicidad tranquila.

—¿Estás contenta? —me pregunta.

—Mucho. No solo por la excursión. Por todo. Por lo que tengo. —Y desvío la vista cargada de esperanza hacia él.

Marcos asiente y luego me mira de reojo de forma divertida.

—¿Crees que estos enanos serán capaces de no volcar una colmena antes de irse?

—Yo confío más en las abejas que en ellos —respondo, y ambos reímos.

Pasamos así unos minutos. En silencio, a gusto. Con los pies colgando y la vida corriendo delante de nosotros.

—Oye —comenta, en voz baja—. Gracias por no rendirte conmigo. —No es la primera vez que lo dice, pero me emociona igualmente.

Me giro para enfrentarlo.

—Gracias a ti por dejar de huir. —Y pongo el corazón en cada palabra.

No hace falta más. El mundo ya ha dicho suficiente.

Salimos sin prisa hacia el sendero que bordea los árboles frutales. Todo está en calma (de momento). Mañana los niños tendrán su taller de pan casero a primera hora, y por la tarde les enseñarán a alimentar a los cerdos y recoger huevos. El último día, antes de volver, harán una actividad conjunta: una especie de *gincana* entre colmenas, árboles y animales, con premios y diplomas incluidos. Todos en la granja se han esmerado en el programa y los críos están entusiasmados.

Cuando el tercer día el autobús parte de vuelta, con los niños cantando a coro canciones inventadas, Rosa y Marcos se detienen en la valla. Yo me despido con un gesto, y él me lanza un beso al aire, haciéndome sonreír como una adolescente.

Me acomodo en el primer asiento, junto al conductor. El sol vespertino entra por la ventanilla, calentándome la piel. Miro a mis alumnos, con sus caritas cansadas pero felices, y pienso que esta excursión no solo les ha dejado recuerdos a ellos.

Siento que la primavera no solo ha llegado al campo.

Su calidez también me ha alcanzado a mí, a mi vida, para hacerla florecer.

Porque después de tanto miedo, de tanto orgullo, de tantas dudas, nos elegimos. Una y otra vez. A pesar de todo. Por encima de todo.

Ahora sé que no hace falta entender cómo se alcanza un final feliz. Solo es necesario sentirlo y permitir que todo fluya con naturalidad.

Por supuesto, ignoro cómo será el futuro, pero tampoco es que me asuste no tener todas las respuestas.

Lo importante es tener claro con quién quieres estar.

Y yo, en ese sentido, no tengo ni una sombra de duda.

Mi granjero.

Mi cactus rural.

Mi amor.

FIN

Gracias, querido lector, por haber llegado hasta el final de esta serie. Espero, de corazón, que te haya gustado la historia de estas cuatro amigas, cada una distinta, pero con un denominador común: el cariño incondicional que se tienen.

No quiero despedirme sin antes pedirte algo muy sencillo: tu opinión. Una valoración, por breve que sea, supone un gran apoyo para los autores autopublicados, pues nos ayuda a crecer, mejorar y, sobre todo, a que más lectores puedan descubrir nuestras novelas.

Te estaré inmensamente agradecida por dedicar unos minutos a compartir tu experiencia.



NO TE ENAMORES EN OTOÑO

No te enamores en la oficina

El amor no está en su lista de prioridades, pero a veces el corazón tiene otros planes.
Joe tiene dos pilares fundamentales: su hija y su trabajo. Se siente satisfecha con la vida serena y predecible que ha forjado con esmero a lo largo de los años, y no permitirá que nada ni nadie altere su apacible existencia.

Pero, ¡zas! Todo cambia cuando Enzo, un experto en marketing digital con una sonrisa cautivadora y mirada divertida, irrumpe en su vida. De repente, su mundo perfectamente equilibrado empieza a tambalearse, y lo que comenzó de manera forzada como una colaboración profesional se convierte en una atracción imposible de ignorar. Enzo la empujará a salir de su zona de confort, y Joe deberá enfrentarse a la gran pregunta: ¿está lista para arriesgarlo todo por una segunda oportunidad en el amor?

Descubre No te enamores en la oficina, una historia de segundas oportunidades y nuevas perspectivas que te atrapará desde la primera página.

No te enamores en la biblioteca

Luz, una bibliotecaria de 41 años, ha pasado su vida entre libros alimentando un sueño secreto: convertirse en una autora reconocida de novelas románticas. Sin embargo, su miedo al fracaso ha sido siempre su mayor enemigo. Cuando organiza un taller de escritura en su querida biblioteca y consigue que su autor favorito, el enigmático Gael, lo imparta, todo parece un sueño hecho realidad.

Pero Gael, tras varios fracasos literarios, oculta su propia lucha interna y su necesidad de volver a sentirse relevante en el mundo editorial.

Entre clases de escritura y charlas de café, el vínculo entre Luz y Gael crece, llenando sus días de complicidad y emociones inesperadas. Pero mientras Luz comienza a abrir su corazón y su talento a este hombre al que siempre ha admirado, una traición inesperada se cierne sobre sobre ella.

Una historia sobre sueños, traiciones, segundas oportunidades y la delicada frontera entre el amor y la ambición.

No te enamores en el Caribe

Mara no cree en el amor desde que su luna de miel terminó en un desastre que cambió su vida para siempre. Desde entonces, ha levantado muros infranqueables y se conforma con una vida tranquila trabajando en una agencia de viajes que no le apasiona. En un intento de desconectar de su rutina, decide embarcarse en unas vacaciones al Caribe, donde espera disfrutar del sol, la playa y, quizás, alguna aventura pasajera sin ataduras.

En el paraíso, sus planes de desconexión toman un giro inesperado cuando Isaac se cruza en su camino. Un hombre atractivo, persistente y con una forma de ver la vida muy diferente a la suya que se ha propuesto derribar las barreras que ella ha construido durante los últimos años.

Entre paisajes idílicos, momentos inesperados y conversaciones bajo las estrellas, Mara tendrá que decidir si merece la pena enfrentarse a lo que más se teme.

Books By This Author

Dama de Noche

Dama, una joven panadera sevillana, se encuentra atrapada en una relación tóxica cuando su vida toma un giro inesperado. Siguiendo a su novio a Madrid, descubre un mundo de oportunidades, pero también de opresión. En su camino se cruza con Oscar, un atractivo investigador de objetos antiguos del Museo Naval.

En medio de la quietud del museo, Dama tropieza con un antiguo manuscrito que oculta secretos del pasado. A medida que investiga, se ve envuelta en regresiones en el tiempo, sumergiéndola en una travesía de autodescubrimiento y superación personal.

"Dama de Noche" es una historia apasionante sobre el poder del amor, la resiliencia y la redención.

La Perla de Cartagena

En el exótico telón de fondo de Cartagena de Indias, Felipe Guzmán, un ambicioso escribano español, busca su destino en una tierra de promesas y peligros. Pero su llegada no solo marca el comienzo de una nueva carrera profesional, sino también el encuentro con Flora Orellana, una panadera local cuya belleza eclipsa incluso la luminosa ciudad conocida como La Perla del Caribe.

Mientras se oculta un romance prohibido, el destino de Cartagena se ve amenazado por la sombra de una flota británica implacable, dispuesta a conquistar y someter, no solo los derechos de sus habitantes, sino también el de un estilo de vida próspero y ejemplar. En medio del caos y la incertidumbre, héroes inesperados emergen:

desde el valiente Virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, hasta el legendario don Blas de Lezo, cuya astucia y coraje desafían a un enemigo formidable.

¿Acaso en los momentos más oscuros se revelan los verdaderos héroes? Aventúrate en esta épica narrativa de historia, pasión y valentía, donde el amor y el deber se entrelazan en una batalla decisiva por la supervivencia.

Viernes de Pecado

Un regalo sorpresa lleva a Alana a Los Viernes de Pecado, una sala en la que el anonimato es la excusa perfecta para dar rienda suelta a la lujuria, a las pasiones desenfrenadas y a los contactos clandestinos. En su primera experiencia en ese local, coincide con un hombre cubierto por un antifaz de zorro a quien de inmediato identifica como el compañero de trabajo que la trae de cabeza y, a pesar de su innata timidez, se deja arrastrar a un excitante laberinto de sexo desconocido para ella. Pero la cosa se complica cuando la química entre el zorro y ella entra en combustión, llevándola más allá de lo que iba a ser un simple encuentro sórdido y furtivo. Poco a poco descubrirá que las apariencias engañan, y que las cosas y algunas personas no son como ella creía.

Adéntrate en Los Viernes de Pecado, una novela en la que los sentidos despiertan y el amor aparece sin buscarlo.

El Profesional

La vida de Emma, monótona y aburrida, necesitaba un aliciente que le hiciera volver a sentir que, además de madre, seguía siendo mujer. Para ello, decide buscar los servicios de un profesional del sexo que sacuda su existencia durante unas horas y le ayude a salir del aburrimiento de su anodina vida diaria. Sin embargo, su particular Eros resulta ser una sorpresa que pondrá del revés su aposentada y tranquila rutina. Una noche de hotel. Cuatrocientos

euros. Y un secreto q saldrá a la luz después de 8 largos años. ¿Te animas a descubrirlo?

Dos vidas para llegar a ti

Ares era un hombre feliz. Tenía todo cuanto había deseado en la vida: una familia a la que adoraba, el trabajo que siempre había soñado y una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Pero una noche, el destino se cruza en su camino y le arrebata todo cuanto tenía. Camino a Madrid para cubrir la coronación del nuevo rey, Felipe VI, sufre un accidente de coche que cambiará por completo todo cuanto ha conocido.

Varado en un mundo donde nada tiene sentido y cuyas normas no alcanza a comprender, tendrá que luchar por encontrar el equilibrio entre lo que su mente sabe que es lo mejor para aquellos que le rodea, y lo que su corazón y sus principios le dictaminan.

¿Será capaz de encontrar la armonía entre sus dos vidas sin renunciar a lo que más ama?

Un Okupa en mi corazón

Sabrina, arquitecta y diseñadora de interiores, mantenía vivo un sueño desde hacía años: devolver a La Alborada, aquel palacio de cuentos de hadas sucio y abandonado que veía de niña en sus paseos, el esplendor y la belleza de tiempos pasados. Por eso, cuando la oportunidad de su vida se presenta, se aferra a ella dispuesta a conseguirlo como sea.

Sin embargo, no contaba con que la mansión de sus sueños encerrara un "regalo" inesperado: el príncipe también venía incluido con la casa y con él allí, las extrañas leyendas que corrían por la ciudad sobre el palacio comenzaban a cobrar sentido.

Nunca pudo sospechar que aquel "príncipe encantador", en

ocasiones molesto y desquiciante, pero también pícaro y divertido, consiguiera con su simple presencia que todo su mundo, sus creencias, sus objetivos y sus principios cambiaran radicalmente. Pero sobre todo, lo que nunca imaginó fue que lograra colarse en sus pensamientos, en sus sueños y en su corazón de manera irremediable y eterna.

Al Sur

Una despedida de soltera... Una reunión de negocios...
La noche une a Luna y a Pablo, haciendo que entre los dos nazca la atracción y el deseo mutuo desde el primer momento. Pero ella no puede permitirse más líos de los que ya tiene, así que prefiere huir de la tentación y desaparecer sin dar a Pablo ningún dato que le permita encontrarla. Pero él no es un hombre que se rinda fácilmente. Tiene muy claro lo que quiere y ha decidido buscar la manera de encontrar a aquella joven misteriosa de la que solo sabe su nombre.

Una casualidad la pondrá de nuevo en su camino, y para evitar que se le vuelva a escapar, le propondrá un negocio que podría suponer a Luna un importante espaldarazo a su incipiente carrera como diseñadora de moda flamenca.

¿Será capaz de rechazarlo y seguir con su planificada vida? ¿O lo arriesgará todo, sacrificando su aparente equilibrio por el interés profesional?

Camino al Paraíso

Finalista Premio RNR-Vergara 2014. Edición 2018

Sevilla. Año de Nuestro Señor de 1.493.

Tras el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Occidentales por el ya almirante Cristóbal Colón, Javier Alonso,

capitán de una de las naves que acompañarán al descubridor en su segunda expedición, está ansioso por zarpar con el deseo de formar parte del asentamiento que está previsto establecerse en la isla de La Española. Manuel Espinosa, su mejor amigo, también va a participar en la empresa colonizadora, dejando a su prometida, Mariana Balboa, en Sevilla. Pero, a diferencia de Javier, su viaje está motivado por la ambición y la codicia, no por el deseo de conocer otras culturas y nuevos horizontes.

Lo que Manuel ignora al marchar es que la joven destinada a ser su esposa es una muchacha indómita que no acepta la imposición del compromiso concertado por su familia, especialmente después de haber conocido al capitán Alonso. Decidida a conseguir el amor de Javier, Mariana inicia una intrépida aventura que romperá con los convencionalismos de la época, aún a costa de su buen nombre y el de su familia.

En Busca de la Redención

Manuel es un hombre atormentado por sus fantasmas. En el pasado, viajó al Nuevo Mundo y allí cometió un terrible crimen movido por los celos y por su carácter misógino y carente de honor. Con sus fechorías les ha fallado a su mejor amigo, a la que fue su prometida y, sobre todo, al mejor hombre que ha conocido nunca, su padre.

Su mala vida le lleva a enfrentarse cara a cara con la muerte. Este hecho le demuestra que es imposible que su existencia pueda ser más indigna y resuelve que la mejor manera de saldar las cuentas que tiene pendientes con Dios es poniéndose en manos de la justicia de los hombres.

Cuando comprende que su existencia no tiene sentido y que sus malas acciones de antaño no le hacen merecedor de una segunda oportunidad, aparece un ángel en forma de mujer dispuesta a liberarlo de los demonios que le atormentan y a hacerle creer que todo ser humano, incluido él, merece la redención cuando

su arrepentimiento y sus ansias de enmienda son sinceras. Pero solo tiene una manera de conseguir saldar sus viejas cuentas con el Altísimo: renunciar a ese ángel que le ha llenado de esperanza, convirtiendo la separación en su mayor penitencia.

El Sendero de la Venganza

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.

La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.

El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su propósito. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que provocara, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como la atracción que lo lleva en su dirección está fuertemente en oposición con el objetivo que se ha marcado.

Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. ¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que nadie está dispuesto a transigir, y en el que los dos pierden de todas formas?

Descúbrelo en esta tercera y última parte de la Serie Conquista: El Sendero de la Venganza.

About The Author

Mar Álvarez



Puedes seguirme a través de los siguientes canales:
www.maralvarez.es
Instagram: @maralvarez_escritora
Facebook: Mar Alvarez
Tik Tok @mar.alvarez.escritora / @mar.alvarez.historia